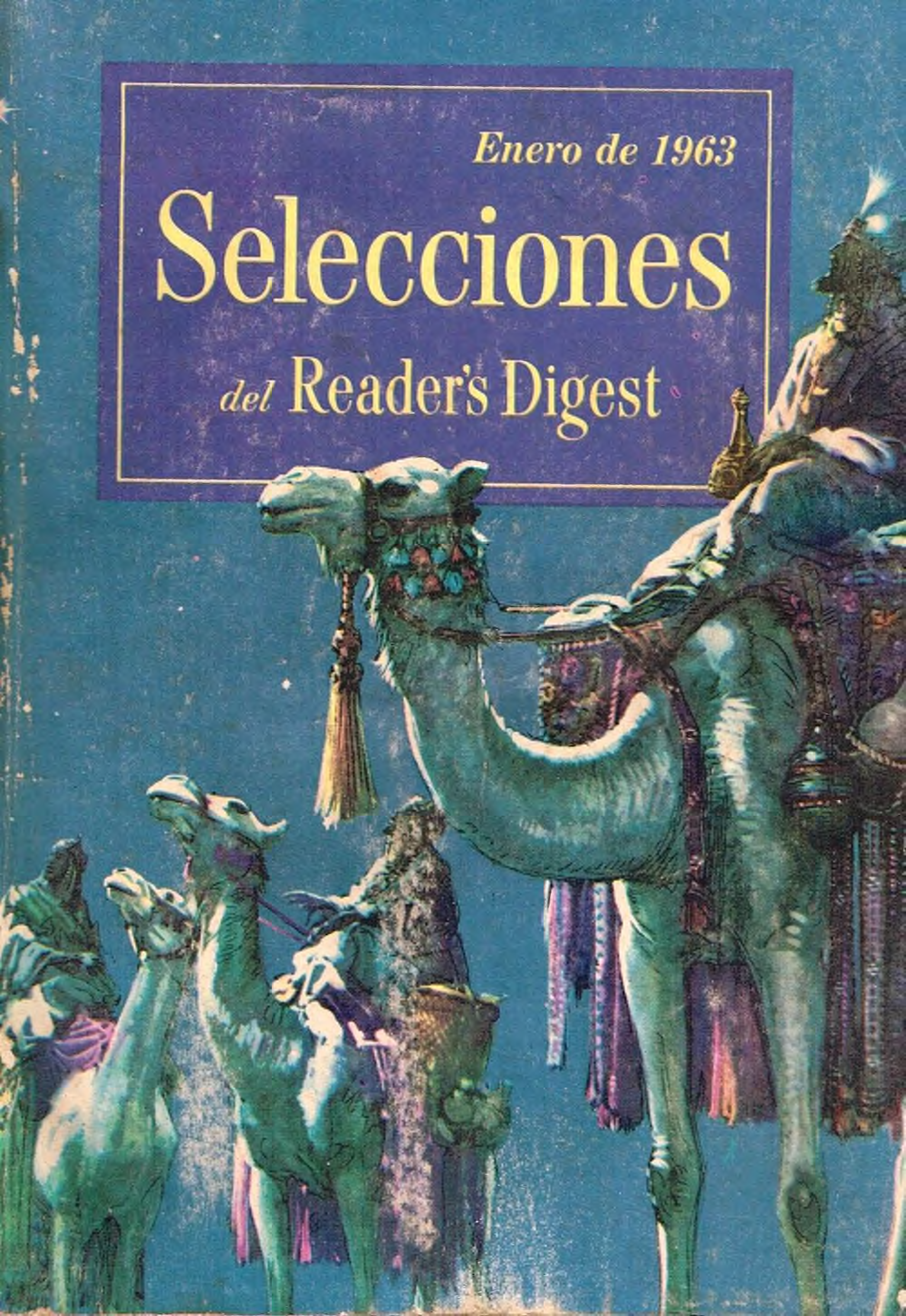
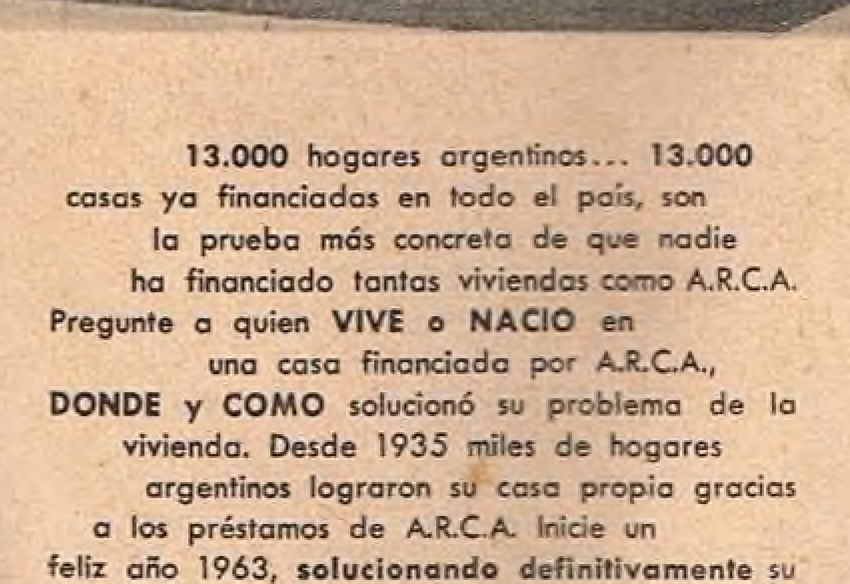


Enero de 1963
Selecciones
del Reader's Digest



en el nuevo año



13.000 hogares argentinos... 13.000 casas ya financiadas en todo el país, son la prueba más concreta de que nadie ha financiado tantas viviendas como A.R.C.A. Pregunte a quien **VIVE** o **NACIO** en una casa financiada por A.R.C.A., **DONDE** y **COMO** solucionó su problema de la vivienda. Desde 1935 miles de hogares argentinos lograron su casa propia gracias a los préstamos de A.R.C.A. Inicie un feliz año 1963, **solucionando definitivamente** su problema de la vivienda.

A.R.C.A.
inspira fe con realidades!

inicie **su casa propia**
con un certificado de ahorro y préstamo
con reajuste contra la inflación

A.R.C.A. SOCIEDAD ANONIMA

Decana de las Sociedades de Ahorro y Préstamo para la Vivienda

NOMBRE
DOMICILIO T. E.
LOCALIDAD F. C.
DIA Y HORA EN QUE PUEDE SER VISITADO



PERSONERIA JURIDICA OTORGADA EL 4 DE JULIO 1935 - DECRETO N 62986
de la Cámara Argentina de Ahorro y Préstamo para la Vivienda

EN SU LOCAL DE SIEMPRE:
CARABELAS 344 esq. DIAGONAL NORTE - T. E. 35 - 1774 y 8829

Agencia Norte: ARISTOBULO DEL VALLE 1570, VICENTE LOPEZ, T. E. 797-1558
Agencia Oeste: MARTIN YRIGOYEN 413, CASTELAR, T. E. 629 - 5410
Agencia Sud: BOEDO 230, Planta Alta, LOMAS DE ZAMORA

GRAFITEC S A PUBLICIDAD

Ahora...sin competencia!



Band-ita SUPER-STICK

con tirotricina

el apósito más moderno ¡y efectivo!



Mucho más adhesivo - BAND-ITA SUPER-STICK mantiene inalterable su adherencia gracias a su sistema patentado exclusivo de protección por aletas de plástico especial.

Mucho más efectivo - BAND-ITA SUPER-STICK asegura protección integral, pues contiene tirotricina, poderoso microbicida que evita infecciones.

Superior en fabricación y presentación - Johnson & Johnson produce BAND-ITA SUPER-STICK con tela adhesiva y gasa quirúrgica estéril de primera calidad. Obsérvela ¡y compare!

Band-ita SUPER-STICK

es otro producto de confianza de 







Mantenga siempre provisto su Botiquín de Primeros Auxilios, con Algodón Johnson, Tela Adhesiva, Compresas de Gasa, y toda la Línea completa de productos de Johnson & Johnson



Silueta de Verano

Verano, playa, malla, silueta... peso! No, no es más un problema! Porque ahora tiene usted los deliciosos bocadillos LIMMITS para moldear su silueta de verano! LIMMITS es un método ideal para bajar de peso o mantenerlo en su equilibrio justo. Puede acompañarse con cualquier líquido y satisface como un menú... para que adelgazar sea algo fácil, cómodo y sin sacrificio alguno!

Cada caja tiene 9 bocadillos: 3 para cada comida del día, y se presentan en diversos sabores: Vainilla, Chocolate y Limón, y Queso, para que usted pueda variar "a gusto" su desayuno, almuerzo o cena.

LIMMITS puede llevarse a todas partes y – por qué no? – también a la playa, para pasar un delicioso día al aire libre, sin tener que llevar "incómodas" meriendas. Realmente ideal.

En venta en todas las farmacias. - LEAS CLIFF PRODUCTS



SELECCIONES
del Reader's Digest

Tomo XLV Nº 266 Enero de 1963

Revista mensual publicada por Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Teléfonos 27-4671 al 4676.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Redacción

Director . . . . Jorge Cárdenas Nannetti
Jefe de Redacción . . . . Pablo Morales

Consejeros de redacción: Julio Casares, Eduardo Cárdenas. *Redactores*: Marco Aurelio Galindo, Lilian Davies Roth, Luis Marrón. *Redactores asociados*: Dmitri Ivanovich, C. E. Eggers Lecour, Arturo Aldama, Manrique Iglesias. *Director artístico*: Emilio Gómez.

Administración

Carlos Escallón, *gerente*; Douglas W. London, *vicepresidente*; Raúl Sánchez Ortiz, *tesorero*; Carlos Aldao Quesada, *gerente de publicidad*, Ricardo Robinson y Enrique Trench, *representantes*; Salvador Passarello, *Discoteca de Selecciones*; Jorge de Heredia, *Biblioteca de Selecciones*.

THE READER'S DIGEST, fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores, se publica en inglés en Pleasantville, Estados Unidos, y también en Inglaterra, en el Canadá y en Australia. Ediciones en otras lenguas: *Stuttgart (alemán)* Anne Mörike; *Cairo (árabe)* M. Zaki Abdel Kader; *Copenhague (danés)* Onni Kyster; *Helsinki (finlandés)* Seere Salminen; *París (francés)* Pierre Dénoyer; *Montreal (francés)* Pierre Ranger; *Amsterdam (holandés)* Aad van Leeuwen; *Milán (italiano)* Mario Ghisalberti; *Tokio (japonés)* Seiichi Fukuoka; *Oslo (noruego)* Astrid Øverbye; *Río Janeiro (portugués)* Tito Leite; *Estocolmo (sueco)* Olle Gustafson.

EDICIONES INTERNACIONALES: Paul W. Thompson, *gerente general*; Adrian Berwick, *jefe de redacción*.

SELECCIONES

se vende en las principales

librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 25,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.
Bolivia (Bs. 2500,00*) — Librería Selecciones, Avenida Camacho s/n, La Paz.
Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.
Colombia — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 Nº 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Agencia Selecciones, Maracaibo 47-52, Medellín.
Costa Rica (₡1,50*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Bazar de las Revistas, Apartado 1924, San José.
Cuba (20 cts.*) — Agencia de Publicaciones Madiedo, Consulado 108, La Habana.
Chile (Eº 0,30*) — Sales y Larios Ltda., Avenida Bernardo O'Higgins 137, Santiago.
Rep. Dominicana (RD$0,25*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.
Ecuador (5,50 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.
El Salvador (60 cts.*) — Almacén y Librería "El Siglo", Apartado Postal Nº 52, San Salvador.
Guatemala (Q0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.
Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de publicaciones Selecta, Tegucigalpa.
México ($3,00*) — Selecciones Distribuidora, S. A., Plaza de la República 48, México, D. F.
Nicaragua (C$1,95*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.
Panamá (B/0,25*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.
Paraguay (G 30,00*)—Nicasio Martínez Díaz, Palma 565, Asunción.
Perú (S/6,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.
Puerto Rico (25 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.
Uruguay ($2,50*)—A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.
Venezuela (Bs. 1,00*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz, 178; *Suscripciones*: Avenida Ávila y El Parque, San Bernardino, Caracas.

(**Precio por número suelto*)



SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume XLV, Nº 266, January 1963. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US $4.00 per year. Entered as second class matter at the Post Office at Pleasantville, N. Y., under the act of March 3, 1879. Additional entry at the Post Office, Miami, Fla.

Impreso en la Argentina · GUILLERMO KRAFT LTDA. · Reconquista 319

Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones



CORREO ARGENTINO CENTRAL (B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144



GORDON'S DRY GIN

el alma de un buen cocktail

Exija en bares y confiterías que su cocktail sea de GORDON'S... Tenga en su casa una botella de este famoso gin, imposible de imitar desde 1769, "alma" del mejor cocktail y base de las más deliciosas y refrescantes bebidas veraniegas. GORDON'S DRY GIN —el de la etiqueta con el tradicional jabalí— es elaborado por TANQUERAY, GORDON & COMPANY (Destilerías Argentinas S. A.) con la fórmula original inglesa. ¡Satisfaga su sed de buen gin... con GORDON'S DRY GIN!

Distr. por: GUILLERMO PADILLA LTDA. S.A.C. e I.

CITAS CITABLES

QUIEN SÓLO busca el aplauso de los demás, pone su felicidad en ajenas manos.

— Oliver Goldsmith

SI LOS rusos se sintieran de veras tan orgullosos de su experimento comunista, levantarían la cortina de hierro y pondrían en su lugar un escaparate.

— A. D.

TRES SON los medios de atraerse la ruina: las mujeres, el juego y solicitar ayuda de los expertos.

— Georges Pompidou, Primer Ministro de Francia, citado en *Newsweek*

NO ES arte pequeño el de dormir: para llegar a dominarlo hay que pasarse todo el día despierto.

— Nietzsche

DE VEZ en cuando suspiramos por aquellos días en que podíamos levantar la mirada hacia las estrellas sin que nos preocupara a quién pertenecían: si a nuestros rivales o a nosotros.

— B. V.

SIEMPRE que se reúnen dos personas, están presentes seis. Está cada una de ellas tal como se ve a sí misma, tal como la otra persona la ve, y tal como es en realidad.

— William James

NADIE ESTÁ exento de decir tonterías. Lo malo es afanarse demasiado por decirlas.

— Montaigne

LA ÚNICA razón por la cual algunos individuos oyen razones es porque así ganan tiempo para rebatirlas.

— *News-Republican*, de Boone (Iowa)

EJEMPLO notorio del progreso moderno es que cada año se necesita menos tiempo y más dinero para ir donde uno va.

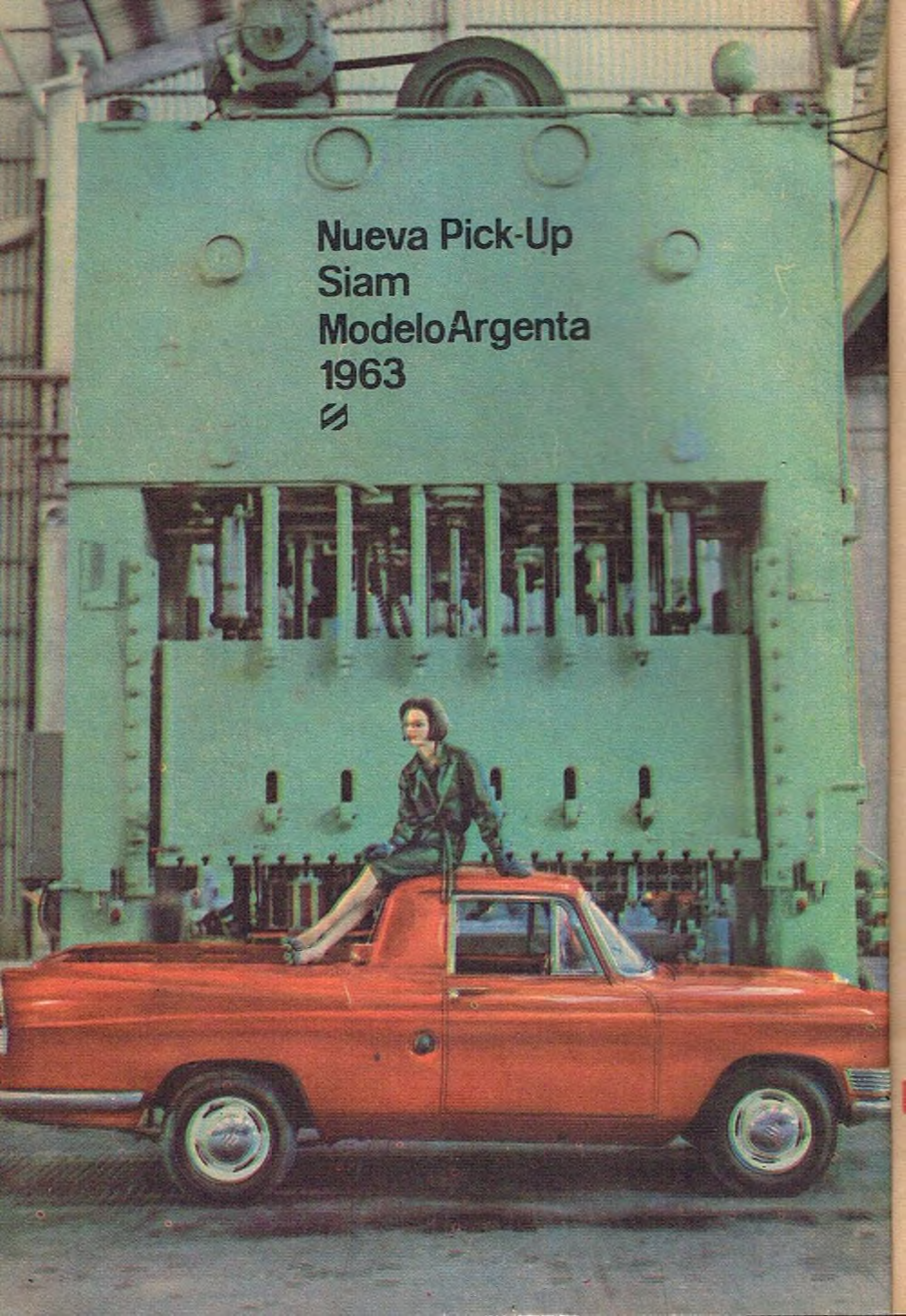
— E. W.

MUCHAS ideas crecen mejor cuando se trasplantan a una inteligencia diferente de aquélla en que nacieron.

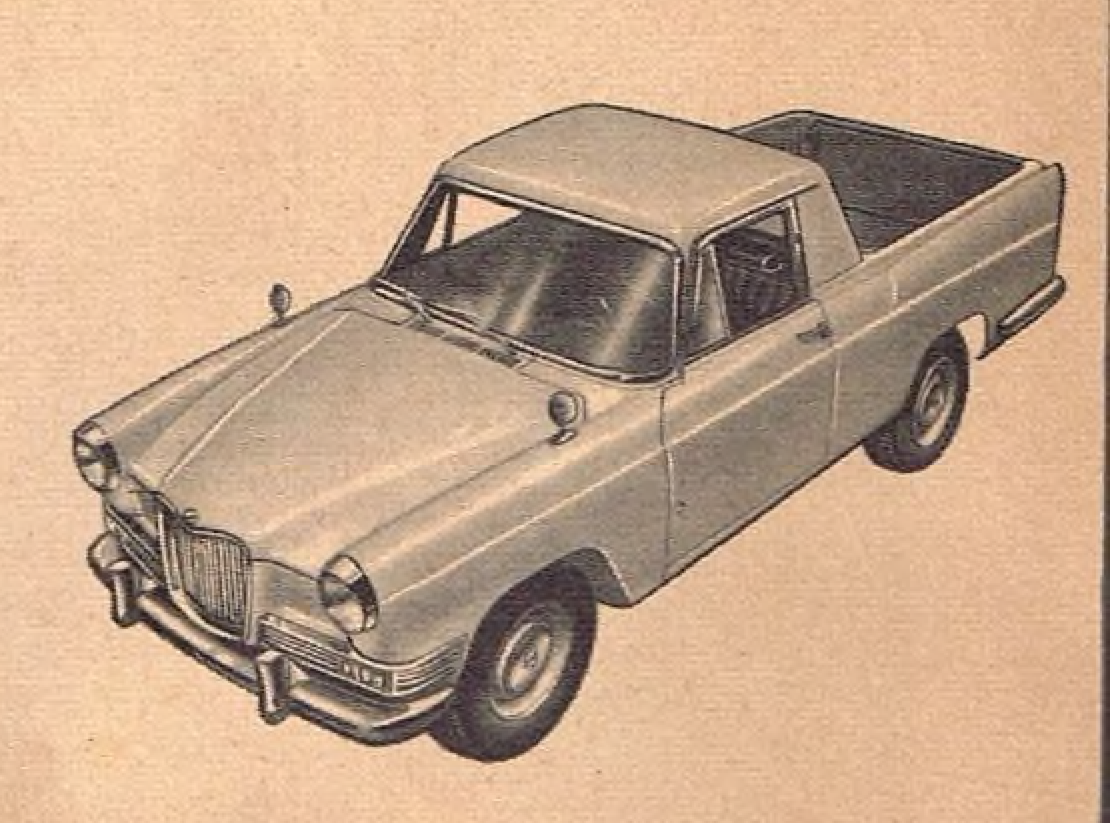
— Oliver Wendell Holmes

EL HOMBRE es el único animal que ríe y llora; porque es el único que se da cuenta de la diferencia que hay entre las cosas como son y como debieran ser.

— William Hazlitt


Nueva Pick-Up
Siam
Modelo Argenta
1963





Lo práctico...
en gran estilo

MODAS INSTANTÁNEAS

El otro día alguien dejó sobre mi escritorio un trasparente cartucho de celofán. Adentro iba un traje, nueva esperanza de la moda veraniega.

El traje en cuestión es parte de un grupo de Modas Instantáneas (nombre registrado) hechas de un tejido de punto de nilón llamado *antrón*. El *antrón*, aunque suena a remedio contra el resfriado, es en realidad algo que la firma du Pont inventó a principios de 1961. Es un nilón desprovisto de esa sensación helada y quebradiza que tenía el primitivo. La textura de esta fibra es sedosa, palabra que antes se tenía por ofensiva en los laboratorios du Pont, pero que hoy se escucha allí con mayor indulgencia. El *antrón* posee todas las virtudes de lo artificial mas viene también en atractivos colores y en dibujos a cuadros, escoceses y abstractos.

Aunque muchas de las Modas Instantáneas son de mayor precio, el vestido encerrado en el cartucho de celofán es un simple *chemise* de dos costuras que cuesta unos cuantos dólares. El fin que persiguen los fabricantes es vender a cada cliente media docena de estos vestidos a la vez (en diferentes dibujos), como se venden los gises de colores.

— Eugenia Sheppard en el *Herald Tribune* de Nueva York

¿CEÑUDAS O MOFLETUDAS?

A menudo he visto trastornada la armonía doméstica por la repentina decisión de una esposa de seguir una dieta de hambre porque se juzga "muy gorda". Si no toma más que jugo de piña al mediodía, al atardecer estará hecha un ácido limón. Es decir, que de avispa tendrá la lengua antes que la cintura.

Jean Kerr, popular comediógrafa y novelista, opina que los maridos prefieren a sus mujeres más bien gordinflonas que gruñonas, mejor rollizas que enojadizas. "Para conservar al marido, escribe, la mujer debe ser para él una compañera agradable. Y la que no ha tomado más alimento desde las nueve de la mañana que tres huevos duros, le resultará tan grata compañía como pueda serlo el casero".

Los dietistas parecen estar de acuerdo en que los hábitos juiciosos de alimentación constituyen la mejor manera de adelgazar y mantenerse delgado. Pero si la mujer insiste en embarcarse en uno de esos regímenes que hacen bajar de peso bruscamente, por amor de Dios, que se apiade de su cónyuge y se lo comunique por adelantado. Las esposas debieran tener por lo menos la decencia de colgarse un letrero que diga: "¡Cuidado! ¡Mujer a dieta!" Esta pequeña dosis de precaución podría salvar más de un matrimonio.

— Claudette Colbert en *This Week Magazine*

EL SEXO CALCULADOR

La automatización será en adelante la razón de peso que aduzcan las mujeres para justificar su abandono

del hogar. En una encuesta celebrada hace poco en Nueva York sobre las "Perspectivas de trabajo para la mujer", se predijo que durante los próximos ocho años miles de esposas abandonarán tranquilamente la cocina para dedicarse al servicio y cuidado de complicadas máquinas. Las siguientes razones explicarán este éxodo: 1) las amas de casa constituyen la última reserva de capacidad mental no especializada; 2) disponen de más tiempo para entregarse a un adiestramiento intensivo que les permita ocupar los muchos empleos técnicos que han sido creados por la rápida automatización.

Los expertos en asuntos laborales vaticinan que en el curso de los próximos años, la "revolución tecnológica" atraerá a sus filas una creciente proporción de la población femenina mayor de 35 años.

Esos expertos no ven razón alguna para vincular el desempleo masculino con esta nueva invasión de operarias femeninas. Según ellos, la mayoría de las mujeres se emplean en trabajos para los cuales faltan hombres; están llenando vacantes más bien que usurpando puestos. — *The Insider's Newsletter*

NOTA BREVE

La revista *Scientific American* revela que los pies de la mujer desarrollan algo así como 100 *ges* (100 veces la aceleración de la gravedad) cuando sale de una habitación taconeando furibunda. — Women's News Service

PROGRAMA PILOTO

La voz femenina llama tan poderosamente la atención dentro de la cabina de un avión, que se está usando en el Hustler B-58, el bombardero más veloz de los Estados Unidos, para dar la alarma si se incendia un motor o se acaba el combustible en alguno de sus depósitos. Este sistema se conoce con el nombre de NORVIPS (Sistema Northrop de Interrupción Vocal con Prioridad) y sus señales sonoras no remplazarán sino que complementarán las luces de alarma que van en el tablero del avión.

Los ensayos efectuados por la Northrop Corporation demuestran que, por término medio, un piloto tarda 12 segundos en reaccionar a las señales luminosas. En dos distintos experimentos las luces pasaron inadvertidas para los tripulantes durante un lapso hasta de 15 y 39 minutos. Como el Hustler es capaz de volar a una velocidad mayor de 2100 kilómetros por hora, de unos segundos puede depender que una crisis subsanable no se convierta en un desastre.

La señora Gina Drazin, una de las secretarias de la Northrop que posee una dicción excepcionalmente clara, ha grabado cerca de 20 señales de alarma. El piloto, al oír su voz, sabrá al punto que algo anda mal.

— R. W. en el *Times* de Nueva York

SEIS RAZONES POR LAS CUALES LOS DUEÑOS DE UN JOHNSON SE DIVIERTEN MAS QUE USTED

Llevan un fornido gigante en la popa de sus embarcaciones: El gigante Johnson, que les ayuda a arrancar un poco más rápidamente, ir un poco más lejos, y llegar un poco más pronto que usted. ¿Por qué? He aquí seis razones de técnica magníficamente aplicada:

1 Potencia duradera de 2 ciclos—Cada carrera de pistón produce impulso motor y aceleración de incomparable rapidez y funcionamiento a todo motor el día entero.

2 Arranques más rápidos—Basta con que haga girar la llave o hale de la cuerda para que su motor comience a funcionar. Nunca se habían visto arranques tan fáciles.

3 Protección de embrague deslizante—Deja que la hélice de su Johnson "ceda" ante los obstáculos sumergidos. Le permite maniobrar casi en todas partes.

4 Nuevo estilo compacto—Nada de piezas sobrantes ni de adornos innecesarios. Un motor reducido a puro músculo, pero de aspecto clásico y que le hace honor a toda embarcación.

5 Silenciamiento de ruido encerrado—Nunca tendrá que gritar para que lo oigan. El sonido de los motores Johnson queda totalmente encerrado y se pierde en el mar detrás de su embarcación.

6 Rendimiento comprobado en fábrica—Los motores Johnson tienen que pasar las pruebas más completas y exigentes—tienen que demostrar su capacidad para darle años de servicio sin fallas ni molestias.

Una lista imponente. ¡Por eso no sorprende que en todo el mundo sea mayor el número de dueños de motores Johnson que de cualquier otra clase de motores fuera de borda! Un surtido completo de 10 motores fuera de borda, desde 3 hasta 75 CF, para darle la más amplia selección. El distribuidor local de motores Johnson le ayudará a elegir el modelo preciso para satisfacer sus necesidades.

OUTBOARD MARINE INTERNATIONAL S. A.
Dept. J 47-1 Box 830 · Nassau, Bahamas



Casa Stewart, S.A.
Paraná 771
Buenos Aires

HUMORISMO MILITAR



DURANTE unas maniobras aéreas en cierta apartada y montañosa región, un amigo mío saltó en paracaídas. El viento lo llevó lejos del objetivo, pero mientras iba descendiendo bajo la gran bóveda blanca de su paracaídas, vio un claro en el bosque y pensó que allí podría dirigirse al aterrizar. En el claro había una cabaña y una docena de niños de diversas edades. El mayor de ellos, al ver al paracaidista ya a poca altura, corrió a la casa gritando: "¡Papá, papá! ¡Trae la escopeta! Ahora la cigüeña los está trayendo ya creciditos". —S. D. G.

EL EX-PRESIDENTE Dwight D. Eisenhower cuenta que una vez, durante la campaña de Normandía, sintió los zapatos muy estrechos. Llevaba puesta una gabardina que ocultaba su uniforme de general, y así entró cojeando en la proveeduría. Al verlo, el sargento encargado le dijo: "Siéntate, viejo; en seguida te atiendo".

Después de despachar a otros dos o tres soldados, el sargento se dirigió a Eisenhower: "¿En qué puedo servirte, viejo?" Eisenhower le explicó el problema y mientras el suboficial se había retirado a buscar otro par de zapatos, se quitó la gabardina. Al regresar el sargento con el calzado en la mano, se quedó de una pieza al ver las cinco estrellas que el general llevaba en las charreteras y exclamó: "¡Válgame Dios! ¡Si es toda la Vía Láctea!" —P. C. H.

EN EL Fuerte Baker un oficinista recibió en el curso de sus ocupaciones cierto documento. Poniéndole sus iniciales, le dio traslado al oficial para quien iba dirigido. No tardaron en devolvérselo con la siguiente anotación:

"Esto no es de su incumbencia. Sírvase borrar sus iniciales y autenticar la borradura con su firma".

— H. C., en *Chronicle*, de San Francisco (California)

EN EL baile del casino, dos soldados compartían los favores de una chica. Cada vez que empezaba la música, sacaban una baraja, cortaban los naipes y uno de ellos salía a bailar con la muchacha, mientras el otro se quedaba sentado a la me-


¿QUE PUEDE
HACERSE HOY CON
$ 20?
LAVAR, ENCERAR y LUSTRAR SU COCHE CON
CELOWAX
Cada día más coches brillan por su presencia con CELOWAX. El envase de CELOWAX cuesta sólo $ 140 y contiene 7 medidas. Con cada medida, usted lava, encera y lustra un coche grande, en una sola y fácil operación. ¡Use CELOWAX!
Una medida de Celowax... un balde de agua... ¡y limpio el coche!
CELOWAX
PLASTIFICADORA S. A. - SAN MARTIN 1141 - T. E. 32-3898 / 31-0996
En venta en: Automóvil Club, Grandes Almacenes, Ferreterías, Bazares, Estaciones de Servicio, etc.

sa. El arreglo parecía tener contentos a todos los interesados, así que nos sorprendió grandemente ver que de un momento a otro la chica recogió su bolso y sus guantes y se marchó enfadada. Pregunté qué había sucedido. Los muchachos me explicaron que habían estado marchando todo el día y ya no podían resistir los pies... y la joven acababa de descubrir que había estado bailando no con el que ganaba sino con el que perdía a las cartas.
—R. M.

Al llegar un destructor norteamericano a Hong Kong cierto almirante inglés invitó a los oficiales a una fiesta en tierra. El capitán yanqui, sabiendo que los ingleses no acostumbran servir bebidas frías, envió a tierra una lancha con varias vasijas de hielo para la fiesta. No obstante esa precaución, no les sirvieron a los norteamericanos ni una sola bebida helada en toda la noche. Ya para regresar a su barco, el capitán fue a despedirse de su anfitrión inglés.

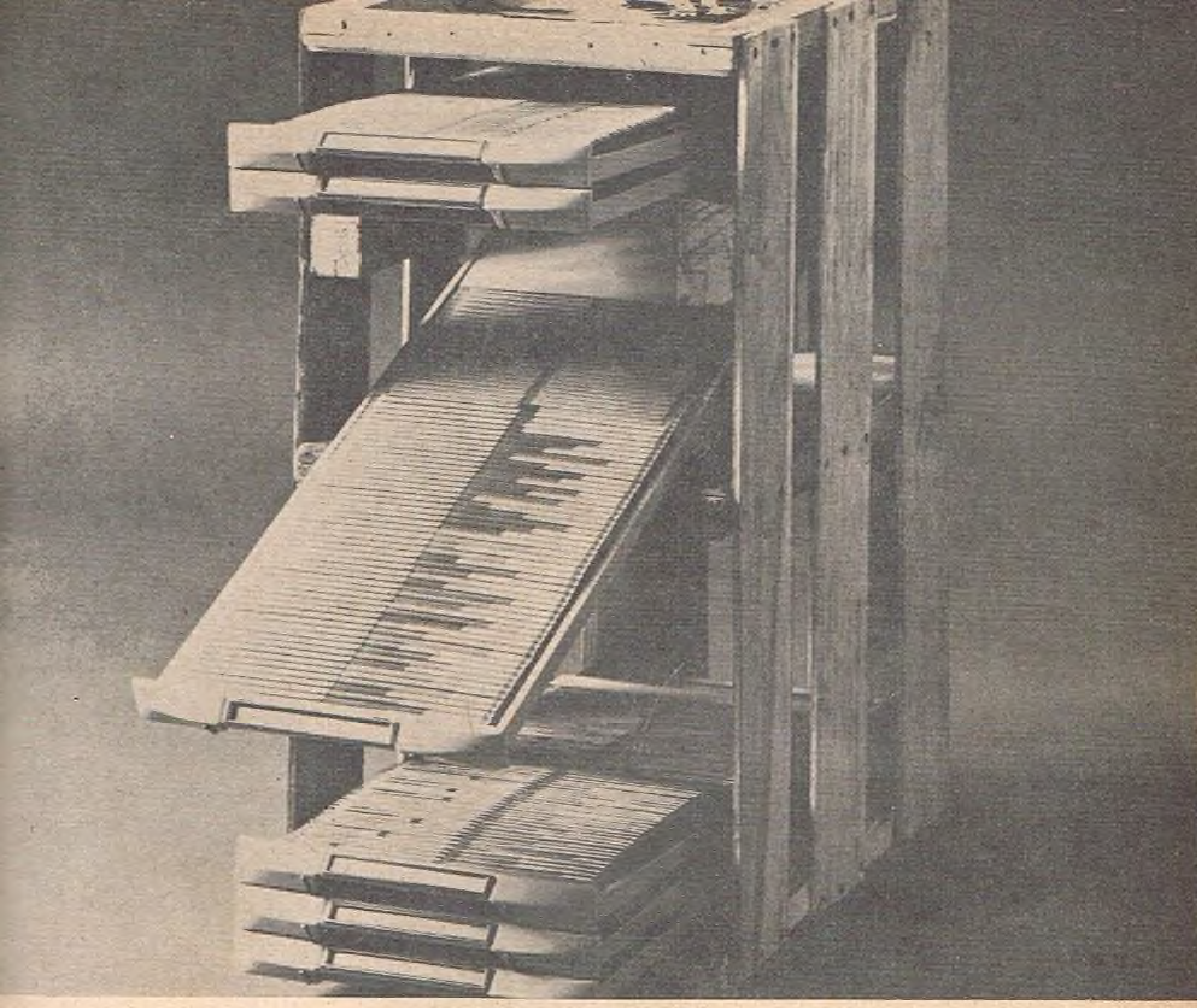
—A propósito —dijo el almirante—. Debo darle las más cumplidas gracias por el hielo que me envió. Hacía varias semanas que no había podido tomar un baño frío.
—J. F. N.

Estando en un muelle vi a dos marineros que, por turnos, miraban por un telescopio de esos que funcionan echándoles una moneda. En lugar de dirigirlo hacia los barcos en el mar, sin embargo, lo enfocaban hacia la playa y con él escudriñaban el paseo. Después de algunos minutos se retiraron a toda prisa. No alcancé a darme cuenta de lo que habían estado buscando hasta poco más tarde, cuando me los encontré paseando por la playa con dos muchachas lindísimas. —G. K.

Un soldado norteamericano en Inglaterra acababa de coger una ortiga. "¡Bonito lugar! —exclamó enfadado—: aquí los automóviles andan por el lado contrario de la calle, las llaves del agua están invertidas, la gente come con la mano izquierda, la cerveza se sirve caliente... y las flores pican". —A. L. D.

El capitán de un trasporte anclado en la bahía de Subic, en las Filipinas, invitó a un grupo de las esposas de los oficiales a nadar en la playa reservada a éstos. Como allí no había lugar para cambiarse, las señoras tendrían que salir del barco en traje de baño. Al mismo tiempo el capellán había organizado otro grupo para ir a bañarse en la playa principal de la bahía de Subic, donde sí había casetas para desvestirse.

Puede imaginarse el efecto que causó el siguiente anuncio difundido por los altavoces del buque: "¡Atención! El grupo de bañistas del capitán saldrá a las 13 horas. Las señoras que vayan con él deben llevar puesto su traje de baño. El grupo del capellán saldrá a las 13:30. Las que vayan con el capellán no necesitan ponerse traje de baño".
—W. G. T.



¡Lo que vale está dentro!

Este es un utilísimo registro de información para el perfecto control de su negocio.

Utilísimo porque la información está dentro.

Y Ud. puede conseguirla en un instante.

Un buen sistema de registro depende de lo que Ud. ponga dentro. La clase de mueble no importa para nada.

Los Sistemas Kardex® de Remington Rand no son una simple colección de gabinetes. Por el contrario, están individualmente diseñados para proporcionar el mejor control de su negocio.

Estas son unas cuantas ventajas que ofrece un buen sistema: Puede reducir el tiempo de la contabilidad en una mitad. Puede hacer que una sola tarjeta le realice el trabajo de diez. Puede hacer que dos gabinetes le rindan el servicio de una docena. Puede decirle a Ud. lo que está pasando . . . lo que no está pasando . . . ¡y la fecha además!

¿Cuánto tendría que pagar a un perito para preparar todo esto?

Nada. Nosotros nos encargamos de eso.

El interior de este sistema Kardex presta el mismo servicio en una caja de madera como en su propio gabinete.

Ahora bien, si Ud. insiste, le dejaremos que nos compre el gabinete también.

PARA MAS DETALLES, COMUNIQUESE CON EL REPRESENTANTE DE LA

Remington Rand

SUDAMERICANA

Tucumán 829 - T. E. 35-0066/69 - Buenos Aires

Aqui hay calidad...

LIEBIG

LIEBIG
PATE DE FOIE

LIEBIG
MATAMBRE ARROLLADO ADOBADO

Sandwiches, meriendas, platos rápidos, ideales para esta época, se los dá "servidos" la selecta linea de productos envasados **LIEBIG**. Pruebe **LIEBIG**

PATE DE FOIE • PATE DE FOIE CON TRUFAS • PICADILLO DE CARNE • FIAMBRE DE HIGADO • PECHO VACUNO • MATAMBRE ARROLLADO • MATAMBRE ARROLLADO ADOBADO • LENGUA DE VACUNO • CORNED BEEF • TUCO DE CARNE • CONDIMENTO • EXTRACTO DE CARNE



Tomo XLV
No. 266

Selecciones
del Reader's Digest

ENERO
de 1963

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

EL HOMBRE QUE NO MATÉ

POR ANDRÉ CHAMSON
de la Academia Francesa

AQUELLA mañana el termómetro marcaba 28°C. bajo cero. La tierra helada resonaba a nuestro paso como losas de catedral, las ramas escarchadas de los árboles se quebraban igual que cristales cuando las tocábamos y hasta el aire cortaba como un cuchillo. Hay en el mundo pocos hombres acostumbrados a tan baja temperatura, y entre ellos no figurábamos por cierto nosotros, pues no éramos ni canadienses, ni escandinavos, ni finlandeses, sino franceses, y procedíamos de las regiones más soleadas de Francia. Estábamos en febrero de 1940 en las montañas de los Vosgos, durante la llamada "guerra falsa".

Era uno de esos días en que nada sale bien. Lo usual era no pasar de la trinchera que constituía nuestro frente, pero habíamos recibido órdenes de reconocer las posiciones enemigas. A eso de las siete de la mañana nos pusimos en marcha un sargento, tres soldados y yo, que era entonces capitán.

Desde el principio resultó una expedición distinta de las que habíamos hecho hasta entonces y mucho más difícil. En la guerra, el soldado

ANDRÉ CHAMSON, hombre de letras, escritor y soldado, fue, hasta la segunda guerra mundial, director del Castillo y el Museo de Versalles. Luchó activamente en el movimiento de resistencia durante la ocupación alemana de Francia.

Junto con André Malraux, organizó la brigada de Alsacia y Lorena, y tomó parte en la liberación de Alsacia. Es uno de los más distinguidos escritores de su generación y fue elevado a la Academia Francesa en 1956.

debe estar en condiciones de oír el menor ruido, pero a 28 grados bajo cero, echar hacia atrás el gorro de lana y dejar una oreja al descubierto constituye una aventura peligrosa. Es preciso destaparse y cubrirse en forma alternada y rápida la oreja derecha y luego la izquierda sin dar tiempo a que se congelen. También hay que limpiar todo rastro de grasa de las armas sin quitarse los guantes, pues el metal helado quema como hierro al rojo.

Primero nos dirigimos a una casa abandonada en el bosque entre las dos líneas y al borde de un arroyo. Ni nosotros ni los alemanes intentamos nunca ocuparla de manera permanente, pues estaba demasiado distante de las crestas en que nos habíamos instalado a ambos lados del valle, pero a menudo nos encontrábamos allí por la noche con patrullas enemigas y por lo común quienes la ocupaban sorprendían a los que llegaban posteriormente.

Dimos una vuelta cautelosa en torno a la casa y, al no ver a nadie, corrimos dentro con las armas prontas y el ojo alerta, dispuestos a disparar. Al encontrar las habitaciones desiertas, se quebró la tensión y soltamos la carcajada por haber llegado a creer que el juego podía ser peligroso.

—Hace demasiado frío —dijo el sargento— y esos caballeros no salen hoy. No son tan estúpidos como nosotros.

Seguimos adelante en doble fila india. Los campos, el bosque, las empinadas orillas del arroyo, la cuesta de la colina, todo parecía más solitario que nunca. No se veía un pájaro en el aire ni señal de vida por ninguna parte. Había algo amenazador en el silencio que se cernía sobre nosotros, y nos manteníamos casi dolorosamente en escucha.

Al aproximarnos a la línea de vigías enemigos, nos echamos al suelo y empezamos a arrastrarnos. La tierra, a trechos desnuda, otros salpicada de nieve o láminas de hielo, se sentía como un elemento llegado de otro mundo.

De pronto vi que el soldado a mi derecha se detenía y hacía la señal de alarma con los dedos. Me apresuré a reunirme con él. Estábamos en lo alto de una curva del terreno,



desde la cual podía divisarse un pequeño valle.

—¡Un teutón! —susurró el soldado.

E indicó a cosa de setenta metros un agujero que señalaba el puesto de un centinela. Éste se hallaba de espaldas a nosotros, con la cabeza envuelta en un gorro de lana negra que le cubría las orejas y el cuello.

Mis compañeros alzaron sus carabinas, pero yo hice con la mano una seña que significaba:

—Es para mí.

Entonces tomé cuidadosamente puntería sobre aquel soldado que estaba ahí como un blanco fijo en un puesto de tiro. Con un ojo cerrado dirigí la visual sobre el cañón de mi fusil hacia ese desconocido cuyo rostro no podía ver, con la mira en línea recta a la nuca cubierta enteramente por el gorro de lana.

En el instante en que iba a apretar el gatillo, el alemán empezó a saltar y a mover los brazos como un oso.

Sobresaltado, perdí la puntería y abrí ambos ojos. Comprendí que lo que hasta entonces había sido sólo un blanco era en realidad un hombre, un hombre como yo, que sufría por el frío como yo, a quien le dolían los pies, tenía las manos entumecidas y las orejas congeladas y que sólo pensaba en defenderse del frío; un hombre que había olvidado por completo la guerra.

No pesé el pro y el contra, no tuve que tomar ninguna decisión: el cañón de mi arma se bajó por sí solo y no traté de levantarlo de nuevo. Con un ademán ordené a mis compañeros que se retirasen y nos arrastramos vientre en tierra hasta el valle, donde volvimos a ponernos de pie y nos dirigimos a la casa del bosque.

Una vez dentro, el sargento dijo:

—Usted tenía razón, mi capitán. El pobre diablo tenía demasiado frío... No era posible matarlo.

Los demás rieron y sus carcajadas demostraron que estaban de acuerdo. Habíamos cumplido lo ordenado. Sabíamos dónde estaba la línea de vigías. También sabíamos dónde se hallaba la fortificación que el enemigo había establecido en la cima.

—¡Misión cumplida! —exclamó el sargento.

—Ese pobre diablo tenía mucho frío —dijo otro de los hombres.

El frío nos había hecho olvidar la guerra.

¿Por qué permanece tan vívido en mi memoria el recuerdo de aquel día señalado por ese extraño episodio, más que muchos otros días marcados por los terribles acontecimientos que llevaron a la invasión y la derrota de mi patria? No lo sé. Todo lo que puedo decir es que conservé indeleble la visión de ese centinela alemán cuya vida salvé sin haberle visto siquiera el rostro, la visión de ese gorro negro de lana que durante unos segundos estuvo en la mira de mi fusil.

Una tarde de invierno de 1943 me encontraba en el andén de la estación ferroviaria de Montaubán.



Se detuvo frente a nosotros un pesado tren de trasporte que marchaba a ese otro mundo de los campos de concentración y varios soldados alemanes se apostaron como centinelas frente a los vagones. Una sensación de horror se apoderó de mí cuando de pronto, a cincuenta metros a mi derecha, vi la nuca de uno de ellos, cubierta por su gorro de lana negra. Parecía que fuese precisamente el centinela que yo me había negado a matar tres años antes. ¡Sí, era él! Estaba seguro de haberlo reconocido y me acusé amargamente por no haberlo matado el día que lo tuve al alcance de mi arma.

En los años oscuros que siguieron sentí varias veces el mismo remordimiento y una especie de furia por haber dejado vivir a aquel hombre. Cuando teníamos que trabajar a las órdenes del enemigo durante la ocupación me quedaba como hipnotizado si mis ojos caían sobre una nuca cubierta por el gorro de lana, sobre un hombre cuyo rostro no necesitaba ver para decirme:

—¡Es él! ¡Y soy yo quien lo ha dejado vivir!

Sin embargo, el tiempo pasa y hemos vuelto a la paz. El enemigo se ha convertido en un vecino amistoso y ha dejado de ser para mí esa monstruosa abstracción que fuera para todos nosotros durante los años de la guerra.

Hace poco, en una conferencia internacional celebrada en la Selva Negra, me encontré por primera vez después de la guerra con escritores e intelectuales alemanes. Durante una fiesta campestre, vi al atardecer a uno de esos antiguos

enemigos a corta distancia de mí, a la derecha, de espaldas y con el cuello envuelto en una bufanda negra de lana. Sin poder evitarlo, me quedé con la vista clavada en su nuca, en una especie de desvarío, y en ese preciso instante un amigo me tomó por el brazo para presentármelo. Por primera vez veía su rostro, un rostro de intelectual, algo solemne, un poco triste, pero iluminado por la serenidad del pensamiento. Parecía, como muchos de nosotros, sobreviviente de algún espantoso cataclismo.

Nuestra conversación nos demostró que teníamos los mismos gustos, que él se dedicaba a los mismos estudios que yo, y nos hicimos rápidamente amigos. Mientras hablábamos, algo muy hondo en mi interior se trasformaba, sin esfuerzo alguno de mi parte. El viejo remordimiento por haber dejado vivir a mi enemigo, esa amargura que tan vivamente experimentara durante los años dolorosos de la ocupación, se convirtió en alegría, y me sentí repentinamente lleno de júbilo al pensar que probablemente era la vida de ese hombre la que había salvado.

Me dije que si lo hubiera conocido como empezaba a conocerlo entonces, no habría podido hacer nunca fuego contra él. Una milagrosa casualidad le había hecho sacudir los brazos para darse un poco de calor y despertar así en mi corazón la noción de la fraternidad humana. El penetrante frío que uno y otro sufríamos nos hacía hermanos. ¡Pero cuán insignificante era esa fraternidad en comparación con las demás que realmente unen a los hombres! ¿Quién de nosotros podría matar a su semejante si en verdad lo conociera como todo hombre es capaz de conocer a otro? Se puede matar a un soldado enemigo si no es más que un muñeco sin nombre y sin rostro. Pero ¿cómo es posible matar a un carpintero, un labrador, un pintor o un filólogo; un hombre que tiene hijos, esposa, madre, que puede sentir el hambre o el frío como nosotros, que vive en la tristeza o en la esperanza, un ser igual, igual a nosotros?

El recuerdo del centinela alemán cuya vida me negué a tomar aquel día, el más frío de mi vida, me ha permitido comprender, con más fuerza de la que habría tenido la mera reflexión, que si cada uno de nosotros pudiera ser reconocido personalmente por su semejante, en todas sus virtudes potenciales y sus indudables defectos, nunca más habría otra guerra.



Después de dirigir la palabra al círculo literario de señoras le preguntaron a un eminente sicólogo si no opinaba que el mejor juez de la mujer es la mujer misma. "No sólo el mejor juez —repuso el profesor— sino también el mejor verdugo". — *The Wall Street Journal*

AUTOMATIZACIÓN: ¿un bien o un mal?

Por Lester Velie



Una nueva especie de "máquinas inteligentes" está causando profundo efecto en la industria. En un futuro más próximo de lo que se piensa traerá cambios radicales en nuestro modo de vida: en el trabajo y en el ocio, en los sistemas de enseñanza y en la economía de los países.

Acabo de regresar de un viaje a un mundo futuro que ya se nos echa encima.

En la cámara de control de una torre de destilación de petróleo, de 20 pisos de altura, un perito en refinación me presentó una nueva especie de empleado de oficina: una máquina de escribir automática conectada a un computador electrónico.

Si el perito necesitaba un análisis de la gasolina y los otros productos que fluían de la torre, no tenía más que oprimir los botones de un tablero provisto de un sistema nervioso de varios centenares de instrumentos capaces de percibir calor, presión, flujo y demás; es decir, que el computador disponía de los datos necesarios para calcular la solución buscada. La respuesta la daba por medio de una máquina de escribir, y la información requerida salía escrita en guarismos y palabras.

Pero este sistema hace mucho más que trasmitir informes a los seres humanos que lo manejan. El "robot" mantiene una vigilancia constante sobre toda la operación automática de manufactura, lee los instrumentos y compara lo que éstos dicen con lo que, según la "memoria" que forma parte del computador, deben decir. Si se necesita más calor o menos caudal, el computa-

dor trasmite la orden correctora. En caso de avería envía una señal de alarma que indica a un empleado de conservación el sitio exacto donde está el mal.

Me di cuenta entonces de que estaba en presencia de un infatigable empleado de oficina, capaz de inspeccionar, analizar, calcular, llevar registros, dar órdenes... e incapaz de reclamar mejores condiciones de trabajo. Como otros elementos de la nueva técnica, este computador ha alterado radicalmente la vida de los trabajadores humanos que lo rodeaban. La refinería, dirigida por la American Oil Co., está situada en Whiting, una aldea de Indiana, pero podría tratarse de cualquier otra. Más de un tercio de los 6500 empleados, hombres y mujeres, que allí trabajaban seis años antes, han quedado cesantes... remplazados por la máquina. (La compañía les buscó otro trabajo en el oeste medio del país.) El ochenta por ciento de los que permanecieron en la refinería cambiaron ocupaciones que no requerían habilidad alguna por otras en que se necesitaba cierta especialización, para lo cual siguieron cursos intensivos de capacitación establecidos por la empresa.

Con las nuevas máquinas también habían venido al mundo industrial hombres nuevos. Hablé con cuatro de ellos —todos entre los 20 y los 30 años— que estaban revisando y acondicionando el computador. Estos jóvenes, aficionados a la mecánica, en otras circunstancias hubieran dado por terminados sus estudios al salir de la escuela secundaria, aprendido algún oficio especializado y habrían llevado un mono como ropa de trabajo. Ahora, en cambio, trabajaban con camisa blanca y cobraban un sueldo en lugar de jornal. Al tiempo que trabajaban recibieron la instrucción equivalente a dos años de colegio y denominación de "mecánicos de conservación".

Este brevísimo ejemplo de los cambios introducidos en una refinería forma parte de una trasformación que afectará sin duda la vida de todos nosotros. Nuevas máquinas capaces de producir mayor número de artículos con una ayuda humana cada vez menor, han sido siempre factor indispensable en el desarrollo económico de la humanidad. Han creado nuevas industrias y ocupaciones; han contribuido a alimentar, vestir y alojar, en un nivel de vida en continuo ascenso, a una población que aumenta rápidamente.

A veces se dice que la automatización (sistema en el cual unas máquinas dan órdenes a otras), no es sino otra forma de la ya conocida mecanización. Sin embargo, la primera llega muchísimo más allá que ésta. Las primeras máquinas se limitaron a remplazar el esfuerzo físico de los humanos. Las nuevas máquinas dirigidas por computadores remplazan el cerebro e incluso el sistema nervioso del hombre. La promesa que encierra la "máquina inteligente" es enorme. Ésta hace posible la realización del

viejo sueño de los hombres: abundancia para todos y supresión de la pobreza.

Pero un viraje hacia lo nuevo nunca es posible sin trastornar lo viejo, y el cambio que hoy tiene lugar promete alterar nuestras horas de ocio, nuestra preparación para el trabajo y nuestra educación, más profundamente que ninguna otra cosa ocurrida en nuestra vida.

Si pensamos en cualquier ocupación humana veremos que es muy probable que ya exista una "máquina inteligente" que la desempeñe:

Banca. En uno de los bancos más grandes de la ciudad de Nueva York intenté seguir la pista a un cheque que pasaba por una máquina lectora, clasificadora y contabilizadora. ¡Imposible! El ojo humano no es capaz de seguirlo. En el término de seis horas la máquina lectora y computadora de cheques dio curso a 600.000 transacciones: una labor que antes habría ocupado a 700 contadores durante todo un día. Esos 700 hombres están siendo remplazados por 90 pautadores, mecánicos de conservación y otros especialistas que cuidan de las máquinas.

Archivo de documentos. En Washington, "máquinas inteligentes" vienen arrasando en cuestión de horas verdaderas montañas de papeles; antes, el ordenar esos documentos mantenía ocupados por meses enteros a verdaderos ejércitos de burócratas. Por ejemplo, los computadores llevan cuenta de todos y cada uno de los zapatos, granadas, *jeeps* y de otros dos millones de objetos almacenados en 150 depósitos por el Sistema de Aprovisionamiento de Defensa. Llevando cuenta diaria del material militar que éste tiene diseminado por todo el globo, los computadores evitan que se exceda en las compras, y con ello se han reducido los gastos militares estadounidenses en 2500 millones de dólares anuales.

Almacenamiento. En el enorme almacén de la Johnson & Johnson en Nueva Brunswick (Nueva Jersey), presencié algo fantástico: ver salir a los muelles de carga cajas y más cajas de alimentos para niños, cepillos de dientes y vendajes bajo la vigilancia de un solo hombre: el operario del computador que "se encarga" de aquella dependencia. Si uno quiere media docena de cajas de parches medicinales, una caja de papel higiénico y una de champú, no tiene más que insertar una tarjeta perforada en el computador; éste busca entonces en su "memoria" el compartimiento en que está almacenado el producto y abre luego una compuerta que da paso a una caja y la envía por un plano inclinado hasta una correa trasportadora.

Fabricación de hierro. En la fundición de la Inland Steel Company en Indiana Harbor (Indiana), un computador dirige y controla un alto horno, leyendo instrumentos a razón de 20 mediciones por segundo y trasmitiendo las órdenes nece-

sarias para que el horno automático funcione normalmente.

Hay computadores que traducen documentos del ruso al inglés para la Dirección Central de Inteligencia de los Estados Unidos, dirigen la circulación en el bulevar Sunset de Los Ángeles, o pagan las apuestas en el Hipódromo Hialeah de Miami (Florida). También se están preparando otras "máquinas inteligentes" que se encargarán de analizar datos médicos —síntomas — y formular dictámenes facultativos. En breve habrá otras que archivarán en su memoria bibliotecas jurídicas enteras y citarán un precedente legal en menos tiempo del que necesita un abogado para exclamar: "¡La pregunta es improcedente!"

Mientras que la vieja revolución industrial necesitó unos 150 años para desenvolverse, dando al hombre tiempo para adaptarse, la nueva era de la automatización se nos está echando encima con la velocidad del rayo. En efecto, fuerzas enormes se han puesto en movimiento a fin de agitar los vientos de la renovación. Una de ellas es la guerra fría. Con urgencia propia de los tiempos bélicos, se acometen la creación de armas nuevas y, recientemente, la carrera hacia la Luna. Ello ha dado lugar al establecimiento de una nueva industria: la de investigación y desarrollo. Sólo en los Estados Unidos, ésta emplea a 1.300.000 científicos e ingenieros y técnicos ayudantes, y en gran volumen realiza un único producto: la trasformación técnica.

Si bien el gobierno norteamericano sufraga el 60 por ciento de los gastos, también las industrias privadas tienen imperiosos motivos de renovación: el aumento en los costos de producción y la competencia extranjera. Especialmente en las industrias esenciales, el afán de innovación ha llegado a ser una verdadera pasión. A cada paso se opera algún cambio.

Una venturosa evolución se está llevando a cabo en ciudades como Dallas (Tejas), donde nuevas industrias claman en demanda de personal. La evolución ha resultado trágica en centros industriales más viejos, como Lowell y New Bedford (Massachusetts), donde los manufactureros han cerrado sus fábricas para construir nuevas instalaciones automatizadas en otros sitios. Allí, hombres maduros, que antes tenían el trabajo asegurado en los oficios especializados que habían practicado muchos años, sufren hoy un angustioso desempleo, y la ciudad entera tendrá que adaptarse de algún modo a la nueva situación.

A la vez favorable y desfavorable es el cambio que se observa en zonas tales como el sur de California, donde el gobierno federal está derramando millones de dólares en la nueva industria del espacio y cubriendo el panorama de grandes grupos de fábricas. Allí son más los empleos que los solicitantes. Pero como al mismo tiempo las antes

activas fábricas de aviones han suspendido sus operaciones, también hay gente que busca empleo.

El año pasado la División de "Autonética" de la North American Aviation, Inc., en el sur de Los Ángeles, buscó nuevos empleados en 125 universidades sin poder conseguir más que una tercera parte de los 1500 trabajadores profesionales que necesitaba. Pero "Autonética" también tuvo que rechazar el año pasado a 137.000 solicitantes de trabajo que carecían de la instrucción o la capacidad requerida.

La idea de un "robot" dirigiendo una fábrica evoca en muchos de nosotros el espectro de una disminución en el número de empleos. Sin embargo, sabemos que las máquinas —si se cuenta con ese rico presente que es el tiempo— han creado siempre más ocupaciones de las que han eliminado. En 1919 la población de los Estados Unidos era de 105 millones; hoy se acerca a los 190 millones de habitantes. ¿De dónde han salido los nuevos empleos para este 77 por ciento de aumento de la población? Son resultado de un más alto nivel de vida, obra de las máquinas; de los servicios adicionales que los norteamericanos pueden permitirse disfrutar. Hace cuarenta años sólo trabajaban 14 millones de norteamericanos en las industrias llamadas de servicio: entre ellos contábanse vendedores, trasportadores y almacenistas de mercancías; médicos, enfermeras, maestros, artistas, banqueros. Hoy 35 millones de personas se dedican a esas actividades... y a otras nuevas, tales como trasportes aéreos, moteles y atracaderos para embarcaciones de recreo.

También las nuevas máquinas de hoy producen nuevas industrias. La industria del espacio representa una inyección de 8000 millones de dólares anuales para la economía del país. Se calcula que para 1970 tendrá un valor hasta de 20.000 millones. La invención del transistor ha creado una industria de semiconductores con un valor de 500 millones de dólares. El producir, conservar, vender y manejar los nuevos computadores requiere una creciente multitud de hombres y mujeres. Así como el automóvil trajo las fábricas de neumáticos y las industrias relacionadas con la construcción de carreteras, el computador engendra ahora una nueva, gigantesca industria de la comunicación y la información. Y el sector de servicios de la economía seguirá desarrollándose rápidamente, según afirma la Secretaría del Trabajo de los Estados Unidos.

Pero entre tanto los trastornos que ocasiona el advenimiento de la automatización, de no ser remediados, pueden convertirse en catastrófica enfermedad social. En esta gran convulsión de las condiciones de trabajo, el peso de la transición gravita abrumadoramente sobre el trabajador más viejo cuyas aptitudes no son ya necesarias. La carga más pesada de todas, sin embargo, recae sobre cierto sector de la juventud: sobre esos muchachos y

muchachas de 16 a 21 años que abandonaron la escuela antes de terminar sus estudios secundarios. Faltos de instrucción o preparación, van convirtiéndose paulatinamente en ciudadanos repudiados de todos. El Dr. Jaime Conant, distinguido pedagogo y estadista, afirmó en una conferencia sobre el desempleo entre la juventud, que en un barrio bajo de cierta gran ciudad había encontrado sin trabajo al *70 por ciento* de esos jóvenes.

Esos muchachos, junto con los desempleados de edad madura, constituyen el cuadro clínico que nos da la medida de una nueva dolencia social: el desempleo estructural, es decir, la desocupación causada por los cambios básicos operados en la industria. A mediados de julio de 1962 este gráfico señalaba un desempleo del 5,5 por ciento entre los 72 millones de trabajadores de los Estados Unidos. En algunas zonas en crisis esa proporción llega hasta el 25 por ciento. Además, como ahora un número mucho menor de trabajadores fabrica muchísimos más artículos, el gráfico de la desocupación revela, con cada nueva depresión, cierto recrudecimiento del mal, mientras que al producirse una reacción favorable, la recuperación es sólo parcial. El Dr. Seymour Wolfbein, jefe de la nueva Sección de Automatización y Fuerza Laboral de la Secretaría de Trabajo de los Estados Unidos, dice: "Cada mes anuncio triunfalmente nuevos máximos en el índice de los trabajadores empleados. Y luego se me cae el alma a los pies cuando tengo que decir a los periodistas que también el índice de desempleo señala nuevos máximos".

El Dr. Wolfbein tiene más motivos de inquietud todavía. Durante los diez años siguientes la población laboral norteamericana aumentará en 29 millones, o sea, a razón de 56.000 trabajadores más cada semana.

Todo ello representa un problema dentro de otro problema.

En primer lugar, es preciso aliviar los sufrimientos que la transición causa a los desplazados y, reeducando a los trabajadores, adaptarlos a las ocupaciones disponibles. En los anuncios de oferta de empleo que aparecen en los diarios se solicitan con urgencia ingenieros, técnicos en fibras, técnicos en óptica, operadores de sistemas de referencia, pautadores... Pero ¿de qué sirven esos anuncios a un hombre que no sabe más que soldar?

En segundo lugar, es necesario examinar seriamente la cuestión de la educación superior, lo que enseñan las escuelas secundarias, y los años que dedican los niños a los estudios. Por cada nuevo ingeniero que ingresa a trabajar en la industria se necesitan tres nuevos técnicos para prestarle ayuda. Estos trabajadores, al igual que los mecánicos de conservación de los computadores, requieren una preparación ligeramente inferior a la universitaria, pero superior a la del antiguo trabajador especializa-

do. Sólo en los Estados Unidos se necesitan anualmente unos 200.000 de estos técnicos, y apenas se dispone de 15.000.

Una cosa resulta indudable: propiamente aplicada, la automatización constituye un bien que habrá de contribuir al desarrollo del mundo entero y a la supervivencia del sistema democrático de vida.



La perspectiva de las cosas. Un joven sacerdote se paseaba nerviosamente de un lado a otro la víspera de su primer sermón.

—No soy digno de esta sagrada misión —comentaba con un amigo—. Me parece demasiado presuntuoso de mi parte arrogarme la facultad de conducir a los fieles a la vida eterna.

—Padre —le dijo el amigo— recuerde usted que tan sólo tiene que hablarles de Dios; no hacer de Dios. —J. H.

La madre tierra

El que primero usó la expresión "coserse con la tierra" sabía muy bien cuáles son las cosas importantes. Quienquiera que tenga que ver con la tierra y los elementos, aunque sólo cultive un pequeño huerto, tendrá buen sentido del tiempo y buen sentido de las proporciones. La oratoria no acaba con las malas hierbas, ni los insectos dañinos se someten a arbitraje. Tampoco se puede dictar una ley para que el tomate madure en 60 días. — Hal Borland, en *This Hill, This Valley.* (Editores: Simon and Schuster)

Observando a mi vecina que con gran actividad desyerbaba su jardín, le pregunté:

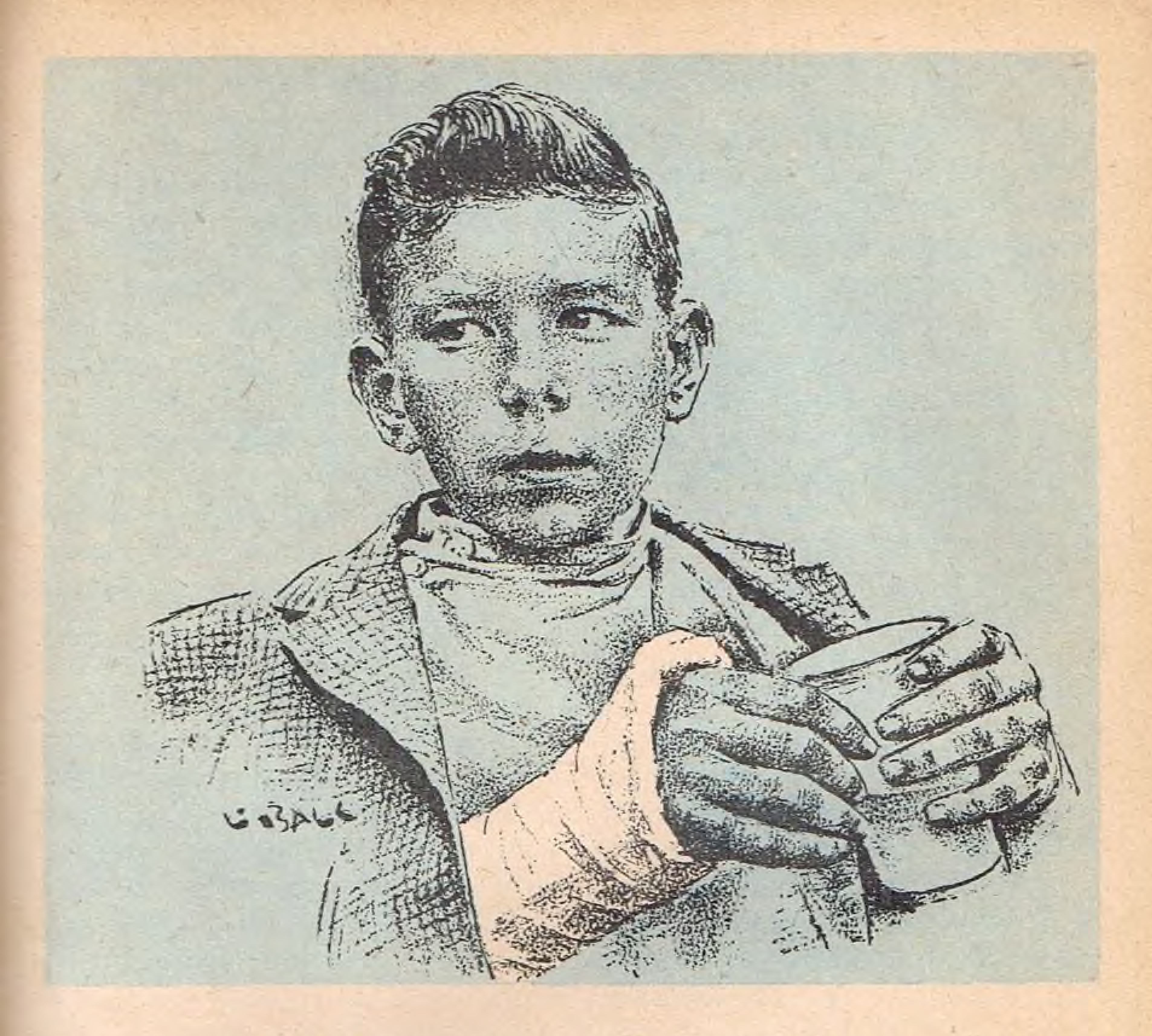
—¿Por qué trabaja usted tanto? ¿No sabe que la maleza pronto vuelve a brotar? Además podría aplicar sustancias químicas para acabar con las malas hierbas en vez de arrancarlas con tanto esfuerzo.

—Esto me hace mucho bien —repuso ella con toda seriedad—. En el mundo hay muchas cosas que andan mal y que me desagradan intensamente, pero yo no las puedo liquidar con mis manos. Las hierbas sí . . . ¡un tirón y se acabó, con raíz y todo! —J. L. O.

Cierta señora, que había comprado un saco de musgo en una tienda, pagó con un cheque. Como era desconocida para el dependiente, dijo:

—Supongo que querrá usted alguna identificación.

—No hace falta, señora —dijo el tendero sin titubear—. Los estafadores no compran musgo. —A. L. T.



El brazo derecho de Eduardito Knowles

Por FLETCHER KNEBEL • *Condensado de "Look"*

La historia de un niño de 12 años que perdió un brazo... y de la operación que se lo restituyó. Una página gloriosa en la historia de la medicina.

DE PIE junto al terraplén, Eduardo Knowles, un chiquillo de 12 años, risueño, pecoso y pelirrojo, observaba el paso del tren de Boston y Maine que, rechinando, cruzaba lentamente por la plaza Gilman, en Somerville,

suburbio de Boston. Eran las 2:20 de la tarde del 23 de mayo de 1962. Eduardo regresaba a su casa de la escuela y había decidido correr una aventura: viajar de polizón en un furgón de carga.

Cuando uno de los vagones cargados de grava pasaba junto a él, saltó al estribo de acero y asió con fuerza el pasamano. Eduardito, de metro y medio de estatura y 40 kilos de peso, iba triunfante. El tren avanzaba gimiendo hacia el este y la brisa primaveral agitaba la chaqueta y la camisa de algodón del niño.

Algunos segundos después el mundo quedó envuelto en tinieblas para él. Su cuerpo inclinado chocó violentamente contra un pilar de piedra que sostenía el paso superior de la calle Medford. Su brazo derecho crujió, y el chico cayó a la vía, con el pulgar y los dos primeros dedos de la mano izquierda quebrados. Durante unos momentos quedó allí tirado como un fardo, aturdido, hasta que pasó el tren.

Estaba seguro de que tenía roto el brazo derecho, gracias al cual había ganado, como lanzador, varios juegos en las competencias infantiles de béisbol. Una mancha de sangre se esparció sobre su camisa, precisamente debajo del hombro, en el punto en que la chaqueta se le había rasgado. Sosteniéndose el brazo derecho con la mano izquierda destrozada, se puso de pie trabajosamente, trepó por el empinado terraplén y se encaminó a su casa.

Cruzaba pesadamente frente a la plataforma de carga de la Handy Card & Paper Company, cuando Norman Woodside, el capataz, al ver la ensangrentada y sucia figura del niño, le gritó a Richard Williams, un prensista: "¡Agárralo!" Williams acostó a Eduardito sobre el suelo de madera de la plataforma mientras Woodside telefoneaba a la policía de Somerville.

Woodside volvió con una de las empleadas, la señora Alice Chmielewski, que trató de aplicar un torniquete de trapo al brazo de Eduardito. Repentinamente la señora Chmielewski sintió que se iba a desmayar. En el sitio donde pretendía aplicar el torniquete sólo halló el vacío. Eduardo Knowles había caminado más de 90 metros, en su mayor parte cuesta arriba, sujetándose un brazo que se hallaba totalmente separado de su cuerpo.

Tratando de contener la hemorragia, le puso unos trapos en el muñón del hombro. "Tengo que irme", gimió el niño. Ella lo retuvo con dulzura y le limpió el sudor de la frente. Eduardito no lloraba. A decir verdad, no vertió una sola lágrima durante todo aquel día.

A los dos minutos llegó un automóvil de la policía, y a las 2:40 de la tarde el chico tuvo la buena fortuna de ser internado en el Hospital General de Massachusetts, uno de los mejores de los Estados Unidos.

Al tiempo que Ferdinand Strauss, administrador de la sala de urgencia, y su ayudante, Michael Hooley, lo conducían a la sala de operacio-

nes, Hooley le preguntó su nombre, dirección, número de teléfono y religión. El niño contestó a todo esto con claridad. En seguida, Hooley puso en acción un complejo mecanismo. Llamó por una parte a casa de los Knowles y por otra al sótano, al registro central de enfermos, donde están archivados 1.500.000 nombres. Afortunadamente Eduardo había estado internado allí con anterioridad. Antes de cinco minutos su historia clínica y su tipo de sangre llegaban a la sala de operaciones. Ya le estaban aplicando 250 centímetros cúbicos de plasma a través de una incisión que se le practicó en la pierna; luego se le suministró con la cánula de trasfusiones el primer cuartillo de los tres litros de sangre que habría de recibir. "Me duele el brazo", decía Eduardito a los médicos. "¿Se me va a desprender?"

Las enfermeras Mary Brambilla y Frances Brahms lo levantaron de la camilla y lo acostaron sobre la mesa de operaciones. La señora Brahms cortó con tijeras la ropa del niño. Fue entonces cuando todos se percataron de que el brazo derecho de Eduardito se hallaba a una distancia de ocho a diez centímetros del muñón del hombro. Ni una sola fibra de piel cubría la brecha. "¿Me quedará bien el brazo? ¿Me lo podrá usted salvar?" preguntó Eduardito. El Dr. S. B. Litwin, cirujano de guardia, apenas afirmó con la cabeza. "Sí, hijo". Pero en ese momento nadie lo hubiera podido decir.

El Dr. L. Henry Edmunds, hijo, el cirujano de turno, dio rápidamente las órdenes habituales: inyección antitetánica, atropina, inyecciones de penicilina y estreptomicina, una inyección sedante, toma del pulso y tensión arterial. La tensión del niño estaba baja, su pulso era de 120, se hallaba frío, sudoroso: todos los síntomas del "shock". El Dr. Edmunds observó un detalle alentador: la arteria del brazo derecho sobresalía de la carne dañada casi dos centímetros y medio y con cada pulsación latía y se dilataba... pero no manaba sangre. Uno de los milagros de la naturaleza es esta propiedad de auto-obstrucción de una arteria seccionada. Es tan grande la elasticidad de los vasos, principalmente en una persona joven, que se cierran pocos segundos después de sufrir una ruptura.

El Dr. John Head, cirujano de plantilla, y el Dr. John Burke, consultaron con el Dr. Edmunds. Los tres advirtieron que el brazo desprendido, aunque magullado y lastimado, estaba bastante completo. El Dr. Edmunds ordenó a la enfermera Brambilla: "Ponga ese brazo en hielo". Mary Brambilla llenó dos palanganas con hielo molido, colocó el brazo sobre ellas y lo rodeó de bolsas de hielo.

Para entonces buen número de médicos había acudido al lado del Dr. Edmunds, entre ellos el Dr. Ronald Malt, de 30 años de edad, cirujano residente, y quizás la persona más importante que Eduardo Knowles habría de ver ese día. Los

médicos salieron a conferenciar en el pasillo. Nunca, en toda la literatura médica, habían leído de caso alguno en que un miembro principal hubiera sido venturosamente restituido al cuerpo. Mas el caso del brazo de Eduardito parecía brindarles la ocasión ideal para intentarlo. Cada una de las operaciones necesarias (unir de nuevo venas, arterias, huesos, músculos y piel) se había venido practicando desde hacía algunos años. ¿Podrían hacerlas todas de una sola vez?

Mientras los médicos hablaban, el sacerdote Chanel Cyr, capellán de guardia en el hospital, dio a Eduardito la extremaunción. Llegó luego el padre del chico, empleado de una fábrica de conservas de carne que trabajaba durante las noches y estaba en casa durmiendo cuando lo llamaron por teléfono. Los médicos le explicaron la situación. ¿Permitiría el señor Knowles que se practicara una operación de restitución del miembro? Knowles firmó la necesaria autorización.

El Dr. Malt pidió al Dr. John Herrmann, su ayudante de cirugía, que llevara el brazo a la sala de operaciones Nº 5. Allí, el Dr. Herrmann se lavó, se puso una bata quirúrgica, y comenzó a trabajar. Primero localizó los tres principales troncos nerviosos del brazo y los vasos sanguíneos desgarrados. Parecían estar lo suficientemente intactos. Colocando una jeringa en la arteria, llenó los canales sanguíneos con heparina, un anticoagulante, con antibióticos y con una solución similar a los flúidos del organismo. Los antibióticos sirvieron para destruir las bacterias de gangrena o tétanos que estuviesen desarrollándose. El brazo no presentaba laceraciones. El Dr. Herrmann halló el hueso roto y mellado (con uno de sus lados más largo que el otro), pero no estaba triturado. Luego inyectó en la arteria una solución opaca a los rayos X y un técnico tomó radiografías para determinar si había vasos sanguíneos obturados.

Mientras tanto, Eduardito era conducido a la sala de inducción anestésica. Allí, a las 3:40 de la tarde, la doctora Joan Flacke le inyectó en la pierna un relajante muscular y por vía intravenosa le aplicó tiamilal, un sedante. "Acabo de acordarme de una cosa", le dijo Eduardito. "Mi familia iba a salir de vacaciones dentro de unas semanas, y supongo que con esto les he echado a perder sus planes".

Malt examinó las radiografías del brazo. El miembro parecía estar bien. No había coágulos de sangre ni obstrucciones. A las 4:05 de la tarde el Dr. Malt tomó la decisión suprema: tratarían de restituir el brazo a Eduardito Knowles por medio de suturas. Malt ordenó a la doctora Flacke que diera comienzo a la anestesia. Luego telefoneó al Dr. Robert Shaw, experto en cirugía vascular que estaba trabajando en otro de los edificios del hospital. "Robert", le dijo, "aquí hay un niño que perdió un brazo y me parece que tenemos probabilidades de res-

tituírselo". Shaw acudió apresuradamente.

A la luz de la gran lámpara del techo de la sala de operaciones No. 5, la doctora Flacke colocó una mascarilla sobre la cara de Eduardito. El niño comenzó a respirar una mezcla de halotano, óxido nitroso y oxígeno procedente de tres tanques, y pronto se quedó profundamente dormido.

Por primera vez en muchos meses de ver operaciones, la señora Judy Moberly, enfermera auxiliar, empezó a sentirse mal. La vista de un brazo sobre una mesa y de un niño en otra, la había trastornado singularmente. "¿Es necesario que yo vea?" preguntó. Pero tan pronto colocaron el brazo cerca del chico, se le pasó la desagradable sensación.

A la sazón rodeaban al niño tres médicos, dos enfermeras, tres anestesistas y dos asistentes. Arriba de ellos, el anfiteatro cubierto de cristal se hallaba atestado por una veintena de médicos y enfermeras que habían llegado al correrse la voz por el Hospital General de Massachusetts de que un miembro iba a ser restituido.

Se volvió a Eduardito sobre el lado izquierdo, el muñón sangrante fue irrigado con suero y cubierto con compresas grises, y el Dr. Shaw procedió a dirigir la fase inicial: la sutura de las venas. Éstas tenían que conectarse primero para que la sangre tuviera por donde regresar al corazón una vez reparada la arteria. El brazo tiene dos venas superficiales y un plexo profundo entrelazado alrededor de la arteria. Pasando por alto las venas superficiales, Shaw seleccionó dos venas del plexo interior. Con las pinzas sujetó la minúscula aguja curva unida al hilo Dacrón 6-0, verde, pero apenas visible. Pasó la aguja a través de una vena, la soltó, la sujetó por el otro lado y tiró de ella. Repitiendo la maniobra una y otra vez, dio 30 puntadas a la vena.

Fue un trabajo muy laborioso. Salvo alguna que otra observación que los médicos murmuraban a través de sus mascarillas de gasa, la sala entera guardaba silencio. La labor del Dr. Malt requería una paciencia extremada. Tenía que sostener firmemente el brazo de Eduardito para que no hubiese el menor movimiento. De vez en cuando, Herrmann lo ayudaba. La más ligera inclinación podría rasgar las venas sutilmente suturadas. Una vez reunidas las dos venas, los médicos bromearon un poco para romper la tensión nerviosa.

Luego Shaw acometió la arteria braquial, que permanecía cerrada por sí sola y palpitaba con cada latido del corazón. Esta tarea fue más fácil, ya que la arteria del niño era grande: como de las dos terceras partes del tamaño de un lápiz. Aun así, el procedimiento fue complicado y tardó 45 minutos. La anastomosis, o sutura de los vasos sanguíneos, se terminó exactamente a las tres horas y media de que el chico se cayera del tren.

Llegó entonces el momento cul-

minante. Mientras el Dr. Malt seguía sosteniendo firmemente el brazo, Shaw retiró las pinzas que sujetaban la arteria. La sangre se precipitó por todo el brazo. La gente que llenaba el anfiteatro enmudeció. Alrededor de la mesa de operaciones nadie decía palabra; todos observaban. Lentamente, el miembro céreo comenzó a recuperar su color natural. Cierto fulgor parecía envolver el brazo. Los médicos sintieron deseos de aplaudir. En el anfiteatro hubo exclamaciones de júbilo.

—¡Qué bien! —comentó Malt—. Está sonrosado, ¿verdad?

Judy Moberly, la enfermera auxiliar, tocó la mano y la sintió caliente.

Entre los cirujanos allí reunidos estaban el Dr. Bradford Cannon, especialista en cirugía plástica, y el Dr. David Mitchell, ortopedista. Había llegado el momento de reparar el hueso.

Consultando con otros especialistas en huesos y con Malt, el Dr. Mitchell decidió que habría que reforzar el hueso. Si no se le mantenía firmemente en su lugar, podría romperse y desgarrar otra vez los vasos sanguíneos. Hay muchas formas de varillas de acero inoxidable para fijación intramedular, como llaman los médicos a esta operación. Mitchell probó a introducir varias en la médula ósea, pero no quedó satisfecho. Finalmente, él y Malt se decidieron por el clavo de Küntscher que, visto en corte trasversal, tiene más o menos la forma de una hoja de trébol y sujeta firmemente. Midieron la longitud requerida: quince centímetros y medio. Con un mazo de acero inoxidable, Malt introdujo parte del clavo en la médula del hueso del muñón. Luego Mitchell sostuvo el brazo y lo ajustó al clavo. Eran las ocho de la noche.

El paso siguiente era suturar los nervios. Los médicos tropezaron en este punto con un obstáculo inesperado. No lograban encontrar todos los nervios del muñón, y no podían estar seguros de la magnitud del daño que hubieran sufrido los nervios localizados. La más leve cicatriz en una terminación nerviosa podría impedir la curación total, lo que daría a Eduardito un brazo natural pero inútil. Atento al reloj, pues el niño llevaba ya cuatro horas en la mesa de operaciones, el Dr. Malt tomó otra de las incontables decisiones adoptadas aquel día: resolvió aplazar la reunión de los nervios para una operación ulterior.*

Luego, Malt cortó el tejido muerto para evitar infecciones. Normalmente, esto se habría hecho con anterioridad, pero los médicos lo aplazaron porque, mientras no se hubiera restablecido la circulación, no sabrían con certeza qué cantidad de tejido quedaría muerto a la postre. Después, Malt unió el músculo con 12 grandes puntadas de catgut.

---

*La operación para unir cuatro de las principales ramas de nervios del brazo de Eduardo se realizó el 11 de setiembre de 1962.

Era evidente que ahora hacía falta un injerto de piel, ya que a la vista estaba una herida extensa, descarnada. Pero Malt se opuso a un injerto inmediato. Tardarían 45 minutos en hacerlo, y disponían de poco tiempo. Ya pasaban de las 10 de la noche y aún faltaba mucho por hacer. Aplicaron un apósito seco al brazo ya restituido, y envolvieron al paciente en unos vendajes enyesados dispuestos en espica, que lo cubrían desde los hombros hasta la parte superior de las caderas y le sostenían firmemente el brazo suturado, doblado por el codo.

Aún quedaba por curar la mano izquierda del muchacho. Le quitaron el tejido muerto del pulgar y los otros dos dedos aplastados y le aplicaron un injerto de la piel de su pie derecho.

Era cerca de la una de la madrugada cuando llevaron a Eduardito a la sala de recuperación, ocho horas y media después de comenzada la operación. Cuando salía de los efectos de la anestesia, sonrió a la doctora Joan Flacke. "¿Cómo está mi brazo roto?" preguntó. Luego, asaltado por una idea, agregó: "La próxima vez, no me den más que gas. No me gustan esas agujas".

Permaneció hasta el amanecer en la sala de recuperación y luego se le trasladó a un cuarto privado en el duodécimo piso. Aun cuando su brazo había vuelto a formar parte integral de él, la vigilia de los médicos apenas comenzaba. Como pasaron los días sin que se presentasen indicios de infección, los cirujanos respiraron con alivio. Al quinto día tomaron de su muslo derecho un extenso pedazo de piel y se lo injertaron en dos distintos sitios de su brazo. Al duodécimo día le cambiaron el vendaje de yeso, y al decimoquinto hicieron otro tanto. Trascurridas tres semanas, el 13 de junio, Eduardito regresó a la casa de sus padres.

Eduardito no está a salvo aún de operaciones. Hasta fines de 1963 los médicos no podrán saber si tendrá un brazo casi normal. Sin embargo, sea cual fuere el resultado final, Eduardo Knowles, un valeroso chiquillo que en ningún momento lloró, contribuyó a marcar nuevos rumbos a la ciencia médica. El Dr. Ronald Malt, por su parte, en su breve informe oficial, describió lacónicamente la operación como "Sutura de la extremidad superior derecha".

Distinciones geográficas

La idiosincrasia de cada pueblo se revela hasta en los nombres que se dan a los proyectiles-cohetes. Los norteamericanos llaman los suyos Titán, Thor, Júpiter y Atlas; los ingleses los bautizaron Caballero Negro, Sabueso y Ave Tronadora; los franceses les han puesto Mónica y Verónica.

— *Quote*

NUEVA YORK
construye un gran centro para el arte

POR IRA WOLFERT

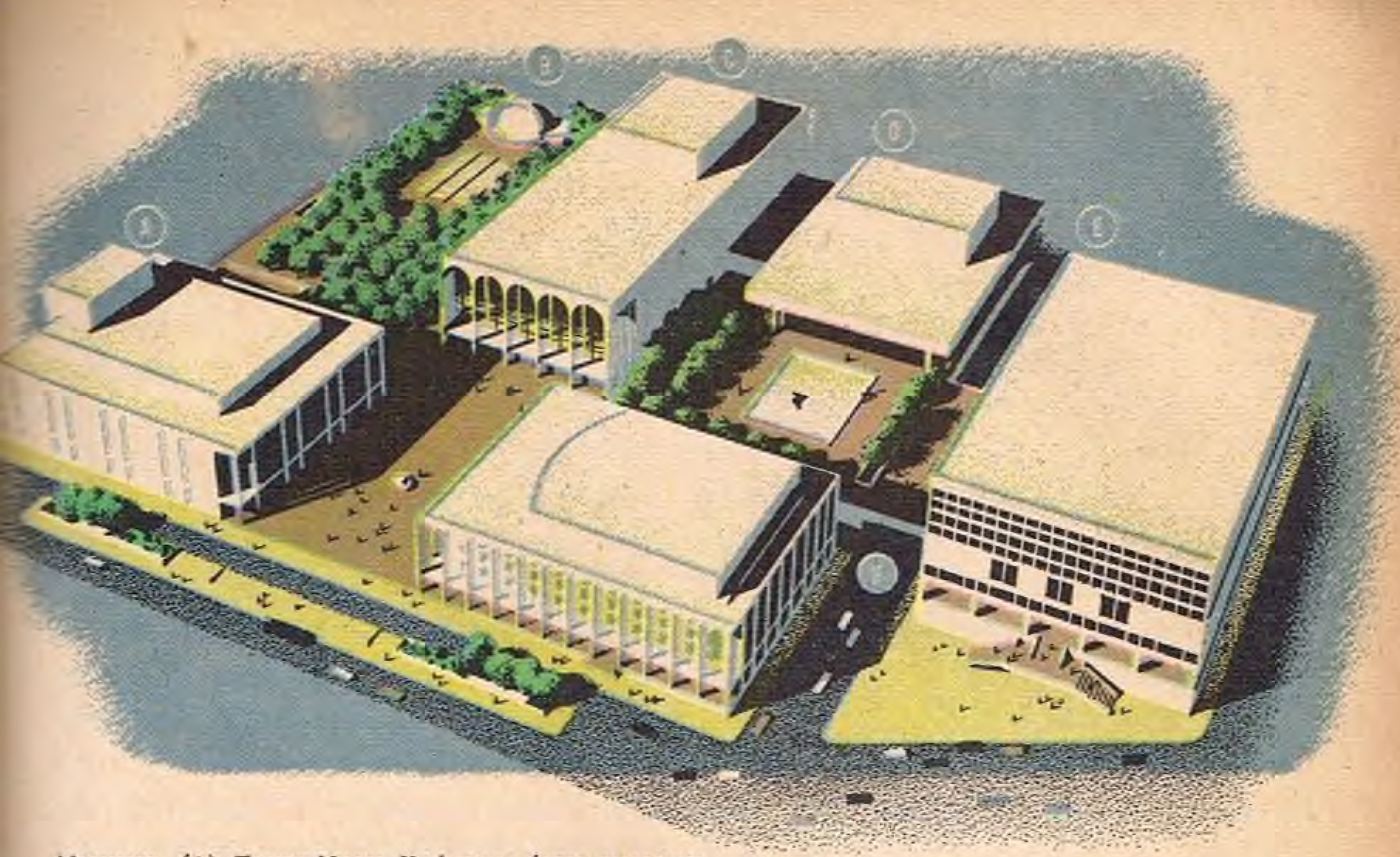
EL TIMES de Nueva York, diario que se enorgullece de no entusiasmarse fácilmente, dijo acerca de este proyecto: "Es el paso más importante y trascendental en el campo de la cultura que se haya realizado en Nueva York en el curso de varias generaciones y tal vez en toda su historia". Y el *Times* de Londres, que se precia de no entusiasmarse jamás, comentó: "Es una de las obras de interés público más generosas realizadas por la iniciativa privada".

Se denomina Centro Lincoln de las Artes Interpretativas, y en sus ámbitos florecerán la música, el teatro y la danza con las obras geniales que en estos dominios mueven el ánimo del público a entrar en contacto con la grandeza del alma humana. Una vez terminado, el Centro abarcará unas cuatro manzanas de la ciudad de Nueva York, en la avenida Columbus, entre la calle 62 y la 66, y estará compuesto por un grupo de teatros cuyo costo total será de 142 millones de dólares, cada uno proyectado por un arquitecto de renombre.

"El Centro Lincoln de las Artes Interpretativas es un regalo incomparable que el presente hace al futuro".

—William Schuman, presidente

El Teatro Filarmónico, único edificio hasta ahora concluido, ofrece a primera vista un aspecto de bella sencillez que luego se convierte en una impresión sencillamente bella. Fue inaugurado la noche del 23 de setiembre con un concierto de la Orquesta Filarmónica de Nueva York dirigida por Leonard Bernstein. Fue una función de beneficio, y el público pagó de 100 a 250 dólares por cada una de las 2644 localidades del salón. Junto a él, se encuentran, aún en construcción, el



Maquetas: (A) Teatro Nueva York para danza y opereta;
(B) Concha acústica Guggenheim para conciertos al aire libre; (C) Teatro Metropolitano de la Ópera;
(D) Teatro Vivian Beaumont, Museo y Biblioteca; (E) Conservatorio Juilliard; y (F) Teatro Filarmónico.

nuevo Teatro Metropolitano de la Ópera, el teatro Vivian Beaumont para obras de repertorio, el Conservatorio Juilliard, que tendrá cuatro salas distintas, el Teatro del Estado de Nueva York para la danza y la opereta y un Museo y Biblioteca de las Artes Interpretativas. El conjunto deberá estar terminado hacia 1966.

Todos estos edificios están agrupados en torno a una plaza más grande que la famosa de San Marcos en Venecia. Junto a ella hay un pequeño parque donde se alza la concha acústica Guggenheim, dotada de 3650 asientos para conciertos al aire libre. El Centro servirá además como sede a dos escuelas secundarias oficiales, a la Escuela Superior de Música y Artes Plásticas, a la Escuela Superior de Artes Teatrales y a la sección urbana de la Universidad de Fordham.

¿Cuál es el origen de este sueño convertido en realidad? Ante todo, la necesidad. A medida que las nuevas generaciones disponen cada día de mayor tiempo libre, cobra más importancia la cuestión de saber a qué han de dedicarlo. "El ocio —declaró John Rockefeller (nieto), presidente de la junta del Centro — puede ser o un peligro, ya que brinda mayor tiempo a nuestras inquietudes, o bien una oportunidad, puesto que se dispone de más tiempo para lograr la plenitud creadora".

El disfrute de las grandes obras de arte es a la vez un acto creador y de realización, pero el genio artístico no se distingue por sus aptitudes aritméticas y a menudo es

más lo que cuesta poner en escena ciertos conciertos y espectáculos que lo que entra en taquilla. (El Teatro Metropolitano de la Ópera, de Nueva York, pierde unos cuatro mil dólares por función, aunque se agoten sus localidades.) En el Centro Lincoln, las aportaciones privadas para la realización de este magno plan ascienden a 102 millones de dólares, 75 de los cuales proceden de unas 300 compañías comerciales e industriales y de 7400 particulares, así como de 67 fundaciones filantrópicas privadas. Los gobiernos nacional, estatal y municipal contribuyen con otros 40 millones. Alemania Occidental, que desde hace años admira el alto nivel alcanzado por el Teatro Metropolitano de la Ópera, inició la colecta en el extranjero con una donación de 2.500.000 dólares especialmente destinada a la construcción del nuevo teatro.

Además, el Centro está organizando un Fondo de Educación y Fomento Artístico, con diez millones de dólares, fondo que inició hace dos años su programa docente. Más de 250.000 jóvenes han escuchado ya en reuniones escolares versiones abreviadas, a cargo del Estudio del Metropolitano de la Ópera, de *Cosi fan tutte* y *El barbero de Sevilla*, así como breves recitales de música de cámara organizados por el Conservatorio Juilliard; los alumnos de más de 200 escuelas secundarias han sido invitados a una serie de conciertos dedicados a la juventud que dará la Orquesta Filarmónica.

"El Fondo es para mí el corazón mismo de todo el plan", me dijo el presidente del Centro, William Schuman. "No nos reducimos a los grandes intérpretes. También traemos a los profesores de grupos de aficionados a la música, la danza y el teatro de todo el país, a presenciar la labor que aquí desempeñan los profesionales. Luego los profesionales irán a observar cómo trabajan aquéllos en sus respectivas ciudades.

"Cuando todos nuestros teatros estén en funcionamiento, podrán acomodar 11.000 espectadores por noche, pero con nuestro Programa Educativo y nuestro Instituto de Profesores llegaremos a la vida misma de la nación".

Cuando visité el Teatro Filarmónico aún no estaba listo para un concierto, pero uno oí de todos modos... dado por un carpintero que en el escenario vacío cortaba una tabla con una sierra de mano que parecía esparcir pequeños diamantes sonoros. Hasta los viejos teatros refuerzan hoy su acústica con altavoces, y es raro que el público tenga ocasión de oír los sonidos naturales. Sin embargo, los producidos por la sierra viajaban sin ayuda electrónica alguna sobre 42 filas de butacas y a través de 25.000 metros cúbicos de espacio para ir a concluir su inmenso recorrido en la última fila de la tercera galería alta, tan frescos como una rosa.

En cualquier sitio de la sala en que me detenía, oía el sonido con tal pureza que podía contar cuán-

tos eran los dientes de la sierra que cortaban la madera. Al final, cuando el carpintero dejó la sierra con la suavidad con que trata sus herramientas un obrero cuidadoso, sentí deseos de aplaudir. El breve y tenue golpe del mango de madera contra el piso vibró exquisitamente en toda la sala con el chasquido seco de una castañuela.

En la construcción del Teatro Filarmónico se dio primordial importancia a la acústica, que estuvo bajo la dirección del especialista Dr. Leo Beranek, de Cambridge (Massachusetts), con la doctora Hope Bagenal, de Inglaterra, como consultora, y los trabajos que ellos dispusieron representan un gasto de casi 1.500.000 dólares, dentro del impresionante total de 15.400.000 dólares a que llega el costo del edificio, que es de nueve pisos. Sin embargo, hasta que la crítica y el público den su fallo sobre los efectos orquestales alcanzados en los conciertos, los miembros de la junta no podrán saber si, como me dijo uno de ellos, "son hombres de gran visión o si deben ser examinados por un siquiatra".

Al escuchar música en un salón, no sólo oímos las notas que están siendo emitidas en un momento dado, sino también el eco de las notas emitidas un poco antes. Esto es lo que da a un sonido su calidad de "vivo", como dicen los músicos. Si los ecos no perduran en el aire el tiempo suficiente, la música suena seca a nuestro oído, y si por el contrario se prolongan demasiado tiempo, la música parece hueca y altisonante; es decir, que tiene excesivo "rebote". La diferencia entre uno y otro extremo es sólo una fracción de segundo.

El padre de la acústica moderna, Wallace Clement Sabine, de la Universidad de Harvard, descubrió en su obra maestra, que fue el Symphony Hall de Boston, construido en 1900, la fórmula apropiada para la duración del eco. También midió los coeficientes de absorción del sonido que poseen los diferentes materiales: ladrillo, vidrio, yeso, madera, etcétera, y el propio auditorio. Entonces los arquitectos de salas de concierto creyeron definitivamente resueltos sus problemas.

Sin embargo, pronto se comprobó que esos hallazgos técnicos no bastaban. Aun aquellas salas donde la música seguía percibiéndose "viva" desde cualquier lugar, carecían de ese algo indefinible que los músicos llaman "intimidad": salvando una tras otra las filas de butacas, la música debe llegar hasta el oyente más alejado y darle la sensación de que los instrumentos están tocando especialmente para él.

Mientras se daba a las salas de concierto la forma de cajas largas y angostas, las fórmulas del Dr. Sabine permitían obtener una satisfactoria "intimidad", pero cuando se les dio mayor amplitud, surgió un obstáculo: el intervalo entre los sonidos que llegan por vía directa desde el escenario y los que llegan por repercusión en las paredes o el techo. El Dr. Beranek está conven-

cido de que por vivos y audibles que sean los sonidos producidos por una orquesta, parecerán forzados y duros ("hostiles" dicen los músicos) si el intervalo entre su audición directa y la indirecta es demasiado grande.

Para someter a prueba sus teorías, aquél se entrevistó con 23 distinguidos directores de orquesta y otras 21 autoridades en música y les pidió que calificasen las grandes salas de concierto del mundo en lo tocante a su acústica e hicieran una lista de sus cualidades y defectos. De dicha encuesta la mejor resultó ser la Grosser Musikvereinssaal de Viena, construida en 1870; en segundo lugar quedó el Symphony Hall de Boston y la Concertgebouw de Amsterdam, que data de 1887, en tercero. Los valores acústicos preferidos, según descubrió el Dr. Beranek, son: intimidad, vida, calor, claridad, brillo, volumen, equilibrio y fusión, en ese orden.

Luego el Dr. Beranek puso a prueba sus teorías en muchas salas existentes: en los últimos seis años, los asistentes a los conciertos realizados en 30 ciudades de los Estados Unidos y Europa han tenido a veces la sorpresa de encontrarse al lado de un maniquí dotado de cráneo y cavidad pectoral llenos de instrumentos para la medición y grabación de sonidos.

El resultado de toda esta labor es el Teatro Filarmónico, que constituye en sí mismo un gran instrumento musical que es preciso afinar como un violín o un piano. Por ejemplo, los asientos tienen orificios en la superficie inferior y están tapizados con espuma de caucho cubierta con una tela de tejido poroso, a fin de que absorban la máxima proporción posible de sonido cuando están vacíos. Las luces del techo están ocultas por 136 grandes paneles que tienen por objeto equilibrar y fundir los sonidos y darles la "intimidad" deseada. La altura de las filas de gradas que ocupan los instrumentistas puede ser variada a voluntad. Detrás de la mampara que forma el fondo semicircular del escenario hay todo un ejército de escudos ajustables a diferentes posiciones a fin de que devuelvan las ondas sonoras por trayectorias medidas con toda precisión.

Presencié la tarea que realizó el Dr. Beranek para afinar ese gigantesco instrumento, en la que empleó una semana. Desde el escenario disparó un cañoncito de los que se usan para dar la señal de partida en las regatas y escuchó, atento a cualquier eco. No se produjo ninguno. De vez en cuando, algunos empleados disparaban pistolas con cartuchos de salva. Por último, el maestro Bernstein dirigió la orquesta en nueve conciertos sinfónicos para un auditorio formado por instrumentos medidores de sonidos, distribuidos estratégicamente.

Entre tanto, las ruidosas labores de construcción proseguían en la parte exterior del edificio, bajo el cual un tren subterráneo pasaba tronando cada minuto y medio. Sin embargo, el Dr. Beranek tra-

bajaba en medio de un silencio completo. Para cerrar el paso a los ruidos del tren subterráneo, los cimientos de la sala se edificaron sobre voluminosos "cojines" de asbesto cubiertos de plomo. El Teatro Filarmónico está encerrado completamente en cristal y la sala de conciertos propiamente dicha tiene un muro adicional de cristal que la cubre desde el piso hasta el techo. El cristal exterior elimina los ruidos de la calle y el interior los del vestíbulo.

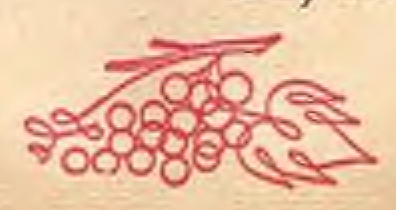
Otros grandes proyectos, aparte de los musicales, alcanzan en el Centro Lincoln mayores alturas y más rapidez que sus vigas de acero. Entre ellos figura la Compañía Lincoln de Teatro Clásico, dirigida por Robert Whitehead (que ha puesto en escena obras de poetas dramáticos como Robinson Jeffers y T. S. Eliot), y el famoso director de escena Elia Kazan.

—El Teatro Globe nos dio a Shakespeare —me ha dicho Whitehead — la Comédie Française a Molière, el Teatro de Arte de Moscú las comedias de Chejov, Weimar los dramas de Goethe y Schiller. Ambicionamos poner en escena las obras más importantes en la mejor forma de que somos capaces, y al mismo tiempo tenemos la esperanza de que de esta dinámica actividad surja un dramaturgo que exprese plenamente el verdadero significado del teatro.

"Queremos que el espectador de la última fila alcance a ver cualquier cambio de expresión en los ojos del rostro más pequeño", advirtió Whitehead al arquitecto Eero Saarinen, hoy fallecido, que tuvo al conocido escenógrafo Jo Mielziner como colaborador. Entre ellos analizaron gran número de obras y construyeron maquetas de tamaño natural en un cine abandonado. En el teatro así construido, que tiene 1100 asientos, la última fila se halla a menos de veinte metros de los actores.

El arquitecto del Teatro Filarmónico, Max Abramovitz, sostiene que el arte forma parte de nuestra vida cotidiana. Por eso ha dejado sin cortinas muchas de las grandes paredes de vidrio del edificio, a fin de que los transeúntes puedan ver a los oyentes que se pasean durante el intermedio y estos últimos puedan ver la ciudad. En cambio, para Philip Johnson, el arquitecto del teatro de danza y opereta, el arte es un refugio, y así ha aislado sus grandes muros de vidrio con cortinas formadas por 300.000 metros de hilos de perlas doradas.

El Centro Lincoln, construido en un barrio formado hasta hace poco tiempo de viejos edificios, ha sido proyectado para educar e inspirar a los habitantes de un mundo singular. La fría y escueta verdad es que jamás se había intentado nada semejante.



Tres pasos hacia la felicidad

Tres normas de conducta, tan simples como poderosas, crean esa paz espiritual que sólo puede provenir de la verdadera confianza en uno mismo.

POR CHARLES ALLEN

Condensado de "The Atlanta Journal-Constitution"

Seamos nosotros mismos

1. TODO LO que Dios ha hecho tiene su identidad personal. Aunque hay billones de hojas, no hallaremos dos iguales, ni nunca ha habido dos gotas de lluvia idénticas. Y ninguna otra persona ha sido o será exactamente igual a otra. Nuestras impresiones digitales son diferentes, pensamos en forma diferente, y nuestro aspecto es distinto del de cualquier otro hombre habido o por haber. A todos debería infundirnos un nuevo sentimiento de importancia el saber que, entre tantos millones de individuos, somos ejemplares únicos. Cada uno de nosotros puede contribuir con algo especial a la vida del mundo.

Roberto Luis Stevenson dijo una vez: "Ser lo que somos, y lograrnos, es el único fin de la vida". Y Jesús lo expresó en la siguiente forma: "Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros". Lo cual quiere decir que nuestras vidas tienen un propósito. Cada cual posee un motivo especial para vivir.

Fijemos firmemente este pensamiento en nuestro cerebro. Alejará los celos, que son la pasión más perniciosa, pues crean odios, prejuicios, codicia y envidia; y son probablemente la causa principal del complejo de inferioridad.

Todos los días veo personas dotadas de aptitudes que yo no poseo. Mas una vez que me doy cuenta de que Dios me ha hecho tal como soy con un propósito especial, ya no me aflijo porque haya hecho también otras personas para propósitos diferentes.

Sepamos decidirnos

2. PREGUNTÉ a un banquero amigo mío cuál creía que era el secreto de su buen éxito. No queriendo vanagloriarse, me respondió que éste era resultado de un consejo que le dio su primer jefe quien, no bien terminó su carrera universitaria, le había confiado una posición de responsabilidad. Según aquél el secreto del éxito consistía en tomar una decisión cuando es necesario tomarla, y seguir adelante.

Agregó que al decidirse pronta y definitivamente cometería sin duda errores, pero no más que si se tomaba un mes para pensarlo. Y también le hizo ver que cuando uno está indeciso, se siente agobiado y es incapaz de aprovechar otras oportunidades. Mi amigo siguió el consejo, y a él atribuye su buena suerte.

Sus palabras me interesaron, porque después de oír las confidencias de muchas personas he adquirido la convicción de que una de las principales causas del fracaso, la desdicha y la tensión nerviosa, es la incapacidad de tomar una decisión concreta. Un amigo mío solía decir: "Cuando un hombre sabe adónde va, el mundo se aparta para dejarlo pasar". La capacidad para tomar decisiones nos infunde confianza, libera nuestras energías y hace que los demás nos respeten.

No es indispensable que todas nuestras decisiones sean acertadas; hasta los más inteligentes cometerán errores. Pero quien desee tener éxito debe estar dispuesto a tomar decisiones, a arriesgarse y a seguir adelante.

Ciertos problemas de gran importancia suelen resolverse con una sola decisión. Consideremos el matrimonio, por ejemplo. La razón por la cual hay tantos que fracasan es que uno o ambos cónyuges nunca se han decidido a unirse en forma completa e irrevocable. Después del casamiento no debe acariciarse jamás, ni aun por un instante, la idea de que uno pudo haber sido más feliz con otra persona.

Para mí, la caridad nunca ha sido una carga desde que decidí dar la décima parte de mis entradas. Cuando se presenta alguna causa a la cual debo contribuir, no hallo problema en decidir si debo o no debo hacerlo. Me basta con examinar la cuenta que llevo con ese propósito, y extraer de allí lo que puedo para ese fin particular.

Lo mismo ocurre con la honradez. Una persona debe decidir de una vez por todas si verdaderamente va a ser honrada. A partir de ese momento la tentación de no serlo, o de mentir, ya no la afecta. Muchos asuntos pueden resolverse por medio de una decisión única.

Aprendamos a creer

3. UNA DE mis citas favoritas se encuentra en el capítulo noveno de San Marcos. Un padre había llevado su hijo enfermo a los discípulos de Jesús para que lo curaran, mas ellos no habían podido hacerlo. El padre estaba a punto de perder la esperanza.

Entonces llegó Jesús y le dijo: "Si tú puedes creer, todo es posible para aquél que cree". El padre respondió: "Creo, Señor".

Y a aquéllos de nosotros que nos sentimos vencidos, preocupados, ansiosos y temerosos, Jesús nos dice que el éxito es posible, siempre que podamos aprender a creer.

William James decía la misma cosa. Sus palabras eran: "La confianza con que acometemos una acción difícil es lo único que asegura su resultado venturoso". Adviértase que dice "lo único".

Quien desee tener éxito debe aprender a creer. Digo aprender, porque el aprendizaje es indispensable. También tuvimos que aprender a andar; probablemente al principio nos caímos muchas veces, pero podemos andar hoy porque continuamos ensayando después de cada caída.

Ahora bien, hay algunos medios simples que pueden guiarnos para adquirir el tremendo poder de la fe. No es fácil aprender a creer, mas a medida que progresamos advertimos cómo la magia de la fe obra maravillosas trasformaciones en nuestra vida. El primer paso es eliminar la palabra "imposible" de nuestro vocabulario.

Existe una simple técnica que yo he probado, y de cuyos buenos resultados estoy seguro. Empecemos a ponerla en práctica el lunes por la mañana y llevemos con cuidado una lista de todas las veces que decimos o pensamos que algo es imposible. Antes de acostarnos, anotemos cuántas fueron. El martes, hagamos un esfuerzo para reducir el número de ocasiones en que decimos o pensamos que algo no puede hacerse. Escribamos la cantidad ese martes por la noche. Repitamos el procedimiento todos los días y, al fin de la semana, advertiremos que hemos hecho grandes progresos en la tentativa de eliminar de nuestro cerebro los pensamientos negativos.

Luego, cuando nos hayamos desembarazado de todos ellos, comenzaremos en forma lenta y vacilante a decir y a pensar: "Señor, yo creo". No será fácil, porque nuestra inteligencia nos dirá arteramente: "No te afanes con esas ideas tontas. Pueden dar buen resultado en algunos casos, pero no en el tuyo".

Mas a pesar de lo que nuestro reacio razonamiento nos indique, insistamos en decir con firmeza y persistencia: "Creo, Señor". Gradualmente, la enunciación de nuestros pensamientos se convertirá en una forma de fe.

Aquí es donde la sicología o la siquiatría por sí solas fallan. No podemos conseguir este bien por nuestro propio esfuerzo.

En el centro mismo de la religión cristiana se halla un Dios eterno y todopoderoso. Nosotros comenzamos poniendo nuestra confianza en Él. No podemos conseguir solos lo que anhelamos, pero con su ayuda acaso lleguemos a comprender de verdad lo que quiso decir San Pablo cuando afirmó: "Puedo hacer cualquier cosa mediante Jesucristo, que me da fortaleza".



Enriquezca su vocabulario

Por Carlos F. Mac Hale

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

Las palabras refrán, proverbio, adagio, aforismo, máxima, sentencia y *apotegma* tienen todas esto de común: son dichos breves que encierran una proposición clara y evidente, cuando no una provechosa enseñanza. Cada una de las voces de este ejercicio va ilustrada en la página siguiente con uno de estos donaires del lenguaje, cuya utilidad en la vida de relación es indiscutible.



1) **ajuste** — A: venta. B: avenencia. C: castigo. D: vencimiento de una cuenta.

2) **apercibido** — A: apegado. B: prevenido. C: enterado. D: condenado.

3) **balde (de)** — A: a alto precio. B: a bajo precio. C: sin precio alguno. D: sin necesidad.

4) **beodo** — A: bobo. B: soso. C: bestia. D: ebrio.

5) **cañazo** — A: pito. B: caña. C: golpe. D: cañizo.

6) **desaguisado** — A: sartén. B: agravio. C: guiso mal hecho. D: oprobio.

7) **estragar** — A: viciar. B: extraer. C: corroer. D: estrangular.

8) **gandul** — A: puerco. B: comilón. C: tonto. D: vagabundo.

9) **grumo** — A: costra. B: sangre. C: coágulo. D: hiel.

10) **halcón** — A: ave palmípeda. B: ave rapaz. C: ave trepadora. D: ave zancuda.

11) **hércules** — A: histrión. B: coloso. C: hereje. D: hombre muy fuerte.

12) **hidalgo** — A: barón. B: hijo de duque. C: conde. D: noble.

13) **irreprensible** — A: irresponsable. B: irreparable. C: irrevocable. D: irreprochable.

14) **mortero** — A: polvorín. B: almirez. C: que va a morir. D: mortaja.

15) **notario** — A: escribano. B: litigante. C: testigo. D: juez partidor.

16) **porfiar** — A: molestar. B: obligar. C: posponer. D: insistir.

17) **soler** — A: estar al sol. B: echar por el suelo. C: acostumbrar. D: servir.

18) **teatino** — A: cierto fraile. B: periódico satírico. C: un ahorcado. D: empleado de teatro.

19) **traza** — A: un baile. B: un trío. C: un plan. D: un rasgo.

20) **venta** — A: tienda. B: depósito. C: bodega. D: posada.



RESPUESTAS A "ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(Véase la página anterior)

1) **ajuste** — B: avenencia, arreglo, acomodo. "Más vale mal *ajuste* que buen pleito".
2) **apercibido** — B: prevenido, dispuesto, preparado. "Hombre *apercibido* vale por dos".
3) **balde (de)** — C: gratis, sin precio alguno. "Lo *de balde* es caro". (Si se recibe un regalo o un favor, hay que hacer uno mayor.)
4) **beodo** — D: ebrio, embriagado. "De persona *beoda* no fíes tu bolsa".
5) **cañazo** — C: golpe con una caña. "Al ave de paso, *cañazo*". (No conviene tener trato íntimo con forasteros.)
6) **desaguisado** — B: agravio. "Cuando vayas por despoblado, no hagas *desaguisado*".
7) **estragar** — A: viciar, corromper, dañar. "Al gusto *estragado* lo dulce le es amargo". (Es inútil aconsejar al que está dominado por una pasión vehemente.)
8) **gandul** — D: vagabundo. "Para los *gandules* cada día es fiesta".
9) **grumo** — C: coágulo: *grumo* de sangre. "*Grumos* de oro llama el escarabajo a sus hijos". (Siempre alabamos a quienes queremos mucho.)
10) **halcón** — B: ave rapaz diurna usada en cetrería. "Si tantos *halcones* la garza combaten, a fe que la maten". (Si todos se conjuran contra uno, no hay defensa posible.)
11) **hércules** — D: hombre muy fuerte. (Por alusión al héroe mitológico.) "*Hércules* no pudo contra dos". (Es difícil vencer cuando el enemigo es mayor en número.)
12) **hidalgo** — D: noble. "*Hidalgo* honrado, antes roto que mal remendado". (El hombre honrado prefiere la pobreza a remediarla por medios indignos.)
13) **irreprensible** — D: irreprochable. "Procure ser en todo lo posible, el que ha de reprender, *irreprensible*".
14) **mortero** — B: almirez. "Muchos ajos en un *mortero*, mal los maja un majadero". (Es difícil que una persona sola atienda a muchos negocios al mismo tiempo.)
15) **notario** — A: escribano, funcionario público autorizado para dar fe en los contratos. "Entre hermanos, dos testigos y un *notario*".
16) **porfiar** — D: insistir, machacar. "Cantar mal y *porfiar*". (Refrán contra los impertinentes y cargantes.)
17) **soler** — C: acostumbrar. "¿A dó vas, duelo? —A do *suelo*". (Los males y trabajos no suelen venir solos, sino que se suceden unos a otros.)
18) **teatino** — A: fraile de una orden dedicada a ayudar a bien morir a los ajusticiados. "No suda el ahorcado y suda el *teatino*". (Alusión a los que se fatigan en extremo por los asuntos de otros.)
19) **traza** — C: plan para realizar un fin. "Hombre pobre, todo es *trazas*". (Por lo común la pobreza es ingeniosa.)
20) **venta** — D: posada en los caminos. "En *venta* y bodegón, paga a discreción". (Conviene en ciertos casos no discutir el precio que hay que pagar.)

Calificación

20 respuestas acertadas .... sobresaliente
15 a 19 acertadas .... notable
12 a 14 acertadas .... bueno
9 a 11 acertadas .... regular

La magia terapéutica del "sonido silencioso"

POR ANDREW HAMILTON

Condensado de "The Modern Hospital"

Este nuevo recurso de la medicina física alivia dolores musculares y su eficacia en muy diversos padecimientos ha quedado ya demostrada.

EN MAYO de 1961, después de plantar un árbol ceremonial durante una visita al Canadá, el presidente Kennedy sufrió un esguince sacrolumbar, padecimiento de la espalda común entre jardineros aficionados y deportistas. Su médica, la doctora Janet Travell, especialista en enfermedades musculares, le recetó aspirina, compresas calientes . . . y tratamiento con "ultrasonido".

La publicidad que se dio a este incidente llamó la atención del público hacia uno de los instrumentos más útiles aunque quizás menos conocidos de la ciencia moderna: el "ultrasonido", o "sonido silencioso". Es éste una vibración mecánica idéntica a la producida por el disparo de un cañón o el punteado de una cuerda de violín, excepto que el tono es tan agudo que no podemos oírlo. El oído humano percibe vibraciones hasta de 20.000 ciclos por segundo (el silbido más agudo de un pájaro). Más allá de estos límites audibles está el "ultrasonido", para el cual la ciencia ha encontrado muchas aplicaciones, tales como la limpieza de utensilios quirúrgicos, el desengrase de instrumentos de precisión, el añejamiento del whisky, el tallado de piedras preciosas y el ablandamiento de la carne. El que se emplea con fines terapéuticos abarca una gama de 800.000 a un millón de ciclos.

¿Cómo realizan su labor estas ondas rapidísimas? Se han propuesto tres teorías: o bien dan a las células un "micromasaje", con lo que aumentan la provisión de sangre y linfa; o producen cambios químicos

Las aplicaciones terapéuticas de la energía ultrasónica se fundan en bases bien comprobadas. Aunque ella no sustituye a otros métodos de tratamiento, es una ayuda muy valiosa. En general, es más eficaz en el tratamiento de las afecciones neuromusculares y musculoesqueléticas agudas, que en el de los padecimientos crónicos que inhabilitan al paciente. Es decir, por este medio un enfermo de bursitis aguda puede obtener mayor alivio que el que sufre una osteoartritis crónica. En otolaringología el ultrasonido está ganando amplia aceptación. Su eficacia se ha comprobado en el tratamiento de cicatrices, especialmente las producidas por quemaduras. Su juiciosa aplicación en el tratamiento de enfermedades y la cuidadosa evaluación de sus posibilidades como instrumento de diagnóstico, hacen esperar un empleo más extendido de esta forma de energía física. —Dr. Joseph Goodgold, director de la Sección de Electrodiagnóstico en el Instituto de Medicina Física y Rehabilitación, de la Universidad de Nueva York

dentro de la célula; o sencillamente producen calor local. Algunos médicos piensan que tienen lugar los tres efectos; otros creen que por sí solo el calor ocasiona diversos resultados benéficos. Sea cual fuere la causa, el alivio del dolor y del espasmo muscular permite al enfermo ejercitar los músculos tensos, dormir bien y disminuir la dosis de aspirina; y con este descanso el organismo puede poner en marcha las fuerzas curativas naturales.

Aun cuando el ultrasonido no es un remedio específico para ninguna enfermedad, ha aliviado en forma impresionante a muchos enfermos de osteoartritis, y en otros casos ha mitigado los dolores musculares y la molestia y la rigidez de las articulaciones. Por esto se cree que ofrece buenas perspectivas en el tratamiento de ciertos tipos de artritis y reumatismo, lumbago, neuritis, bursitis, relajación del codo y padecimientos similares.

Muchos médicos encuentran que el ultrasonido es más eficaz si se combina con otras formas de fisioterapia, como las compresas calientes, el masaje, la vibración superficial, o con medicamentos. Los médicos del Hospital Cedros del Líbano, de Los Ángeles, han estudiado los resultados de la inyección de hidrocortisona asociada al tratamiento de ultrasonido, en comparación con los que produce la hidrocortisona sola, e informan que los obtenidos con el tratamiento combinado son significativamente superiores.

Si bien en las primeras investigaciones se temía que el ultrasonido pudiese impedir el crecimiento de los huesos y, por tanto, que no podría aplicarse a los niños, algunos ortopedistas han rectificado esta opinión inicial y creen que los niños lo toleran bien. En un informe publicado en la *Revista Norteamericana de Medicina Física* se describe un estudio de 88 inválidos cuyas edades fluctuaban de los 2

años y medio hasta los 20, con diversas afecciones de músculos y articulaciones, entre ellas la artritis reumatoide y la poliomielitis, ésta ya en fase de convalecencia. La terapéutica ultrasónica, prescrita para aliviar el dolor, la hinchazón y la rigidez en las articulaciones, los espasmos musculares y las contracciones de tejidos conjuntivos, dio por resultado una mejoría en 80 de los casos, entre éstos todos los de poliomielitis y de artritis reumatoide.

En el informe citado se hacía notar que en las contracturas musculares propias de los períodos crónicos de la poliomielitis, que no habían respondido al estiramiento manual, se observó una mejoría al aplicarse el ultrasonido. En los artríticos, decía el autor, "el tratamiento ultrasónico fue superado solamente por los beneficios obtenidos con los baños calientes de agua mineral natural. La combinación de la terapéutica ultrasónica con tales baños fue más beneficiosa que cualquiera de los dos procedimientos por sí solo". En los casos que llevaban más tiempo y que ya venían tratándose convenientemente por otros métodos, el ultrasonido no influyó visiblemente en la mejoría del enfermo, según dice el informe.

En el citado hospital de Los Ángeles tuve ocasión de observar cómo funciona el sonido silencioso. El instrumento que lo produce es una caja de metal del tamaño de un aparato de televisión portátil. Por un lado, se extendía un cable eléctrico de 2,5 m. de largo, coronado con una "cabeza sonora" de acero inoxidable, aproximadamente del tamaño de una linterna eléctrica.

Según me informaron, dentro de esa cabeza va un pedazo plano de cuarzo brasileño puro, como de 3,5 centímetros de diámetro. Cuando lo atraviesa la corriente alterna a razón de un millón de pulsaciones por segundo, el cuarzo emite ondas sonoras de frecuencia similar.

Un médico conectó la máquina y un generador de alta frecuencia empezó a zumbar. Luego me hizo meter el brazo desnudo en una tina plástica de agua y movió lentamente la cabeza sonora, hacia atrás y adelante, a poco más de un centímetro de mi piel. Yo nada sentí.

"Eso es todo", me dijo. Por lo común, el tratamiento consiste en una serie de esas aplicaciones sónicas diariamente, o cada dos días.

Las ondas sonoras penetran a una profundidad como de cinco centímetros a través de la piel, la sangre y el músculo, pero la más sutil capa de aire las detiene por completo. Por eso una superficie desigual, como la de la mano, debe tratarse bajo el agua.

Se han publicado ya varios estudios científicos sobre el ultrasonido. En el Hospital Monte Sinaí de Nueva York se llevaron a cabo los primeros trabajos con sonido silencioso, para reblandecer el tejido cicatrizal de la piel de manos inválidas. Entre los casos tratados con éxito, consignados en los *Archivos*

de Medicina Física y Rehabilitación, se cuentan los siguientes:

Un joven sufrió una quemadura grave al tocar unos alambres de alto voltaje con el índice y el pulgar. La zona membranosa que unía los dos dedos quedó destruída y fue necesario hacer un injerto. Después de la cicatrización, el enfermo podía separar el pulgar y el índice solamente ocho centímetros. Al serle aplicada la terapéutica ultrasónica, después de cada tratamiento se observó un aumento considerable en la separación de los dedos afectados. Finalmente, este espacio era sólo tres milímetros menor que el de su mano normal.

Una mujer, joven también, por haber sufrido una grave laceración de la mano izquierda, no podía tocarse la palma con los dedos ni sostener cosa alguna en la mano debido al tejido cicatrizal. Con la terapéutica ultrasónica mejoró constante y notablemente hasta que, por último, lograba atar los zapatos de su hijito.

En los *Archivos de Medicina Física y Rehabilitación*, unos observadores de la Universidad de Oklahoma han registrado un 90 por ciento de éxitos con el empleo del ultrasonido en la reducción de verrugas plantares, dolorosos crecimientos que oprimen las terminaciones nerviosas en la planta del pie. Algunos médicos han utilizado con buen éxito la terapéutica ultrasónica para mitigar los "dolores fantasmas" de los miembros amputados.

Y como puede aplicarse con gran precisión, el ultrasonido ha resultado de utilidad para los especialistas del oído en el tratamiento del vértigo de Ménière, mal que ataca el órgano del equilibrio en el oído interno y produce mareos, náuseas y sordera progresiva. Recientemente, en la *Revista de la Asociación Médica Norteamericana* se publicaron los satisfactorios resultados obtenidos en 60 enfermos tratados por la Sección de Otolaringología, del Centro Médico Presbiteriano de la Universidad de Columbia.

Con el nuevo procedimiento, se extirpa primero, bajo anestesia local, una porción del hueso mastoideo para que pueda penetrar hasta el oído interno el fino rayo ultrasónico de un dispositivo delgado como un lápiz. Dirigido sobre el canal vestibular (el órgano del equilibrio) enfermo, el rayo destruye su función sin tocar el caracol (el receptor de sonido del oído interno) y, generalmente, sin perjudicar la facultad auditiva. (En cambio, no es posible destruir quirúrgicamente el órgano del equilibrio sin destruir también el caracol.)

El procedimiento ultrasónico eliminó los ataques de vértigo en el 80 por ciento de los casos mencionados. Aun cuando el zumbido de oídos rara vez desaparece del todo, con frecuencia se hace menos intenso.

El sonido silencioso, como medio de diagnóstico, adaptado a instrumentos semejantes al sonar (eco impulso), ofrece un procedimiento para "hacer visibles" los tejidos

blandos del organismo humano inasequibles a los rayos X. Esto facilita el diagnóstico de ciertos cánceres, quistes en el riñón, bocios, cuerpos extraños en el ojo y cirrosis del hígado.

No es nueva la idea del ultrasonido. En 1880, Pierre Curie, codescubridor del radio, y su hermano Jacques, comprobaron que ciertos cristales, sometidos a una presión mecánica, emiten cargas eléctricas superficiales en proporción a aquella presión; pero este efecto piezoeléctrico no fue más que una curiosidad de la física hasta 1917, cuando el Dr. Paul Langevin, otro físico francés, lo utilizó para producir bajo el agua ondas sonoras de alta frecuencia. Creó un oscilador piezoeléctrico para descubrir la presencia de submarinos, aparato que fue precursor del sonar.

El Dr. Robert Wood, de la Universidad John Hopkins, presenció los experimentos del Dr. Langevin y pocos años después llevó a cabo experimentos con ondas ultrasónicas que indicaron que el poder del ultrasonido podría ser un recurso médico, idea que sostenían los hombres de ciencia en ambos lados del Atlántico. Sin embargo, cuando estuvo listo el nuevo instrumento, los médicos lo recibieron con reservas y apenas en el último decenio, merced a extensas investigaciones, llegó a ser generalmente aceptado.

Si el médico recomienda el tratamiento ultrasónico y un técnico competente lo aplica bajo la vigilancia de aquél, se puede estar seguro de que no causará daño alguno. Ya se han fijado las dosis que pueden aplicarse sin temor, así como las normas para la fabricación de aparatos ultrasónicos dignos de fiar.



Esquizofrenia. Una tienda de artículos para deportes ha establecido un servicio de trueques de mercancías usadas. Entre otras cosas ofrece un par de muletas a cambio de un par de esquís.

— *Tiroler Tageszeitung*, de Innsbruck (Austria)

Sesión solemne

UN NIÑO de primer año se ganó una medalla por haberse leído en voz alta 405 libros de primaria durante el año. Luego hicieron que la madre subiera al estrado y le dieron otra por haberlo escuchado.

— Ollie James, en *Enquirer*, de Cincinnati

PARA las ceremonias de fin de año las autoridades del jardín infantil local invitaron como orador a un "graduado" distinguido el año anterior: un chiquillo de siete años. El tema escogido por éste fue: "El primer año de primaria, y lo que allí podemos esperar". —H. P.

La víbora y el durmiente

Por Yvor Smitter

Al apuntar el día en la selva, terminé el café y la avena y sentí que mi cotidiana irritación me asaltaba más temprano que de costumbre. Vargas, guía de aquella expedición en Panamá, y su ayudante, se hallaban en hosca y remolona actitud. Mi auxiliar, Al Pimental, aún seguía inmóvil en su saco de dormir. Y, sin embargo, todos ellos sabían que estábamos atrasadísimos en nuestro trabajo.

Esto ocurría en agosto de 1949; formábamos un equipo del Estudio Geodésico Interamericano que andaba dando vueltas y escalando cerros bajo el tórrido calor de la montañosa selva de la parte occidental de la Zona del Canal. Nuestro gru-



po tenía encomendada la misión de comprobar la exactitud de los cálculos de la posición geodésica de cumbres y otros lugares naturales descollantes. Vargas era experto en las trochas de la selva; el indio podía cargar más provisiones que dos hombres ordinarios; Al era un gran conocedor de la vida azarosa de los trópicos; y yo, jefe de la expedición, era ingeniero.

Realmente merecíamos una gratificación por exponernos a las enfermedades, al calor, los animales y los reptiles tropicales. En las primeras semanas habíamos vivido y trabajado los cuatro como un solo hombre, pero, a medida que el sofocante calor nos extenuaba gradualmente, nuestra paciencia iba agotándose. Hubo altercados y hasta algunos puñetazos. Finalmente, agobiados por infecciones de la piel y por la debilidad de las rodillas y los escalofríos causados por la malaria incipiente, rara era la vez que hablábamos excepto a gruñidos. Comíamos aparte, nos distraíamos con la caza menor también por separado, y teníamos los nervios tan excitados y los dedos tan ávidos de "tirar del gatillo" que la emprendíamos a tiros contra los insectos. La única tregua nos la proporcionaban los sacos de dormir.

A la noche siguiente yo tenía que comunicarme por radio con la Dirección Regional del Estudio Geodésico Interamericano en Balboa. Normalmente, comenzaba diciendo "Sin novedad", y a continuación daba instrucciones para que el avión del servicio nos dejase caer nuestras raciones bisemanales. Pero esta vez pensaba pedir un helicóptero que nos trasladase a Balboa para disolver el equipo y hospitalizarnos antes de que alguna palabra o mirada hostil provocase una muerte.

El indio y Vargas se pusieron por fin a preparar el desayuno, y yo, malhumorado, me dispuse a despertar a Al. A la mitad del camino hacia su saco de dormir empecé a llamarlo a voces. No se movió, y grité más recio. Ya estaba casi encima de él, cuando le vi los ojos desorbitados y el rostro lívido.

Me quedé clavado en tierra. Al me puso en guardia con los ojos, y sus labios empezaron a moverse. Me aproximé a rastras y oí un susurro fantasmal: "*¡Víbora!*" Mis ojos siguieron a los suyos hasta un bulto que el saco hacía sobre su estómago, y el horror me heló la sangre.

Retrocedí con gran cuidado; cualquier pequeño sonido que no fuera propio de la selva lanzaría la serpiente al ataque. Me volví de puntillas hacia el indio y Vargas, y cuando musité lo que ocurría el indio se persignó y Vargas se quedó atónito. Nos quedamos mirándonos, sin atrevernos a hablar.

Recordé las palabras del instructor del Estudio Geodésico en una lección de adiestramiento que nos dio en Balboa: "En invierno hay que quemar la maleza; en verano hay que cortarla. La maleza contiene ratones que atraen serpientes". A causa de nuestro mal humor nos

habíamos descuidado. Me estremecí al imaginarme a la culebra deslizándose por el cuello del saco de Al.

Nos aproximamos a Al como si estuviéramos pisando huevos. Los monos chillaban y los guacamayos cotorreaban en la olorosa selva, mientras nosotros mirábamos estúpidamente al bulto que la culebra hacía en el saco. Podía ser una pequeña boa, una enorme mapaná o "punta de lanza", o una víbora de tamaño mediano. Si era una boa, su mordedura se podía cauterizar. Pero las otras dos eran ponzoñosos crótalos, serpientes de cascabel. Si una de éstas lo mordía, Al moriría horriblemente en cuestión de minutos.

"¿Cigarrillo?" La voz del indio nos estremeció como una sacudida eléctrica. ¡La serpiente se movió! Vargas y yo fulminamos al indio con la mirada. Al había cerrado los ojos. La culebra volvió a acomodarse tranquilamente. Al abrió los ojos. Yo hice una seña con el dedo pulgar para que nos alejáramos.

El indio, compungido, hizo unos ademanes pidiendo perdón. Después, con semblante animado, empezó a imitar a una persona fumando un cigarrillo. Formando una concavidad con las palmas de las manos, hizo como que echaba en ellas humo. Trazó en la tierra el contorno de un saco de dormir, y al pie de éste hizo gestos como de cortar. Comprendimos su idea: ¡soplar humo al interior a través de un corte abierto a los pies del saco de Al!

Acaso diera resultado. Primero Vargas, y luego yo, asentimos con la cabeza. El indio comenzó a arrancar hierba medio húmeda y a amontonarla al lado de la hoguera encendida para el desayuno. Vargas vació algunas de las bolsas de hule de las provisiones y, después, él y yo volvimos gateando al lado de Al.

Imitando la pantomima del indio, expliqué a Al nuestro plan. Bolsa de provisiones. Humo. Cuchillo. Corte en el saco de dormir. Los ojos de Al se movieron de arriba abajo afirmativamente. Al era quien mejor conocía la selva entre nosotros. Durante las primeras semanas me había enseñado docenas de cosas sobre las serpientes. Si yo estuviese en el saco en aquel momento, me hubiera gustado que Al estuviese ahí fuera, con sus conocimientos. Desde luego, yo iba a hacer cuanto me fuera posible.

Examiné atentamente los dobleces del saco alrededor de los pies de Al. ¿Dónde podría cortar para que el humo entrara prontamente? Yo no tenía costumbre de rezar, pero en ese momento lo hice porque la vida de un hombre dependía de la delicadeza con que pudiera dar el corte.

Por mi mente pasó la idea de que, si la culebra fuera una boa pequeña y lenta, me sería posible rasgar el saco y matarla simplemente con las manos. Pero no lo hubiera logrado si se trataba de la delgada mapaná de color aceituna o de la mortífera víbora. En una ocasión vi a una víbora acometer a una nutria con tal fuerza que lanzó al pequeño animal

por los aires y lo mató casi antes de que cayera a tierra.

Hice el corte. El cuchillo de monte, afilado como una navaja de afeitar, rajó la lona. Abrí un orificio del tamaño de una naranja y Vargas hizo una señal al indio, que me trajo una de las bolsas de provisiones llena de humo.

Moviéndome hasta donde Al pudiera verme bien, señalé a Vargas, al indio y a mí mismo, y le di a entender por señas que si la culebra se movía correríamos a ocultarnos detrás de la maleza próxima. Los ojos de Al se movieron afirmativamente. Sabía que si la serpiente, al empezar a salir, sentía siquiera instintivamente nuestra presencia, se deslizaría otra vez al interior o le mordería en la cara.

Sentía en las manos el calor de la bolsa de humo. Cuando apreté su abertura contra el agujero del saco sólo se escapó un poco de humo por los bordes. Pronto se arremolinó humo alrededor de la cara de Al, y sus ojos empezaron a lagrimear. De pronto, la culebra se movió, retorciéndose y haciendo movimientos de constricción.

Echamos a correr hacia la maleza. Pero la serpiente, desvanecido el humo, se quedó en el mismo nido de antes. Con un nudo en la garganta, volvimos a acercarnos a gatas. Pregunté a Al por señas si quería que volviéramos a probar con el humo. Sin vacilar, sus ojos dijeron que *no* moviéndolos de un lado a otro.

Yo tenía que reprimir las ganas de secar la cara de Al. En aquel horno de la selva estábamos todos empapados en sudor. Hasta los guacamayos y los monos se habían quedado silenciosos, sofocados por el creciente calor de media mañana.

¡Matar la culebra a tiros! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Hice el ademán de disparar. Pero los ojos de Al se encendieron. *¡No!* Avergonzado, comprendí. ¿Cómo podía saber dónde estaba la cabeza del reptil? Habría que pegarle precisamente en los colmillos, pues ya había visto yo las cabezas de varias serpientes de cascabel moviéndose convulsivamente aun después de cortadas, expeliendo veneno por los colmillos.

El indio se alejó silenciosamente y volvió con una bomba pestífera. Los ojos de Al la estudiaron. La bomba sisearía, pero no había animal capaz de resistir el acre rocío que emitiría. Al me miró. Finalmente me dijo que *sí* con los ojos.

Mantuve la bomba alejada unos 45 centímetros para amortiguar el siseo y apreté el botón. La culebra se estremeció instantáneamente. Las emanaciones de la bomba no llegaban aún al interior del saco, pero el siseo había sonado como otra culebra. No nos atrevimos a volver a usar la bomba.

El sol ya estaba cerca del cenit; llevábamos seis horas al lado de Al, quien a menudo tenía que cerrar los ojos para librarlos del salado y ardiente sudor. Iba debilitándose; lo veía en su semblante. Eché una mirada de agradecimiento al com-

bado toldo contra la lluvia que protegía el saco de dormir; por lo menos le proporcionaba sombra. El saco debía de estar como un horno.

De repente, en mi atormentado cerebro brilló la chispa del recuerdo de algo que me había dicho algunas veces Al hablando de las serpientes: "Los reptiles son animales de sangre fría; la temperatura de su cuerpo depende del medio ambiente. En temperaturas intensas se calientan como una barra de hierro, y media hora de sol tropical los mata".

Entonces supe lo que debía hacer, aunque ello significara aumentar para Al una tortura ya casi insoportable. Presa de gran excitación, hice nuevas señas: retirar el toldo; dejar que el sol calentase el saco. ¡La angustiada mirada de Al se animó para asentir! En los rostros de Vargas y el indio brilló la luz de la comprensión. Quitamos el toldo y el sol cayó de lleno, despiadadamente, sobre el saco y Al, que parecía un cadáver ensopado, con los ojos cerrados para defenderse del resplandor. El calor era de alto horno. Yo no hacía más que repetir en mi interior: ¡Si Al fuera capaz de resistir un poco más... nada más que un poco más!... Sabía que Vargas y el indio también estaban diciendo una oración.

La serpiente hizo un pequeño movimiento, tan leve que apenas lo percibimos, pero nos animó la esperanza de que el sol estuviese cumpliendo su cometido. Nos escondimos rápidamente detrás de la maleza y desde allí vigilamos. El bulto ondulaba, alzándose y deprimiéndose. Después avanzó lentamente hacia el cuello de Al, hasta que junto a la mejilla de éste apareció una cabeza gruesa, ovalada y bulbosa. ¡Una víbora de la selva! La cabeza se movió a un lado y al otro durante varios segundos, y después el asqueroso cuerpo de color canela, con ásperas escamas semejantes a las de la piña, se escapó por el cuello del saco de dormir, serpenteó rozando la rígida cara de Al y se deslizó hasta la sombra de un arbusto próximo.

Un doble disparo de la escopeta de dos cañones de Vargas partió a la víbora en tres sangrientos pedazos que se agitaron convulsivamente.

Libramos a Al del saco de dormir, le dimos una dosis del fuerte ron blanco del país y lo acomodamos en una hamaca. Al poco rato roncaba profundamente. Mientras dormía, Vargas, el indio y yo desbrozamos la cumbre de la colina, que quedó tan lisa como una bola de billar, y charlamos y reímos como no lo habíamos hecho desde que salimos de Balboa. Parecía que tratábamos de compensar aquellas semanas de silencio y hostilidad.

A la mañana siguiente, Al nos dijo que no hubiera podido resistir mucho tiempo más. La víbora había estado sobre su estómago cerca de 12 horas. Nos contó que aún estaba despierto cuando llegó la serpiente; si hubiera estado dormido, acaso se hubiera movido al contacto del reptil y éste lo hubiera mor-

dido. Pero cuando el sinuoso cuerpo rozó su mejilla comprendió que tenía que mantenerse rígido. Pasó una eternidad, dijo, antes de que yo viniera a regañarle a gritos por haberse quedado dormido.

Al insistió en que podía trabajar aquel mismo día. Así pues, fue él quién manejó el trasmisor cuando me comuniqué aquella noche por radio con la estación del Estudio Geodésico en Balboa. Para entonces ya no había necesidad del helicóptero que yo había pensado solicitar. Pedí, por el contrario, que el avión nos dejara caer las provisiones de costumbre. Y rendí mi informe habitual: "¡Sin novedad!"



Premio a la paciencia

EN EL TEATRO de Stratford-on-Avon, en Inglaterra, me tocó sentarme junto a una señora sesentona, de mirada despierta, que venía con un grupo numeroso de turistas norteamericanas.

—A estas damas las he conocido toda la vida —me explicó durante el intermedio—. Nos criamos juntas en el mismo pueblo. Todas han perdido los maridos y se dicen las Viudas Alegres. Cada año hacen juntas un largo viaje.

Diciendo esto dio un hondo suspiro de satisfacción.

—Siempre había anhelado formar parte de su club —prosiguió—. Pero sólo este año pude llenar el requisito. — B. de L.

Puntos y comas

GANDOLÍN, el célebre director del periódico italiano *Il Messaggero*, recibió en una ocasión un artículo bastante malo de uno de sus amigos políticos. "Le ruego corregir la puntuación y publicarlo completo", escribía el colaborador.

Gandolín le contestó: "Hemos seguido sus indicaciones. La próxima vez bastará con que nos envíe usted la puntuación. Aquí nos encargaremos de escribir el artículo". — *Freedom & Union*

CIERTA VEZ, por los días en que Richard Brinsley Sheridan era miembro del Parlamento de Inglaterra, la presidencia le exigió que ofreciera excusas a uno de sus colegas. Sheridan se levantó y dijo (y aquí reproducimos sus palabras sin puntuación alguna, como él mismo las pronunció): "Señor Presidente he dicho que mi honorable colega es un farsante es cierto y lo lamento", y en seguida agregó que el aludido podía intercalar los signos de puntuación donde le viniera en gana. — *The Irish Digest*

El presente artículo, que apareció por vez primera en SELECCIONES de junio de 1943, demuestra el interés perdurable del contenido editorial de la revista. Hoy, casi veinte años después, tiene tanta validez como cuando se escribió.

¿A quién aprovecha la ganancia del capital?

POR FRED KENT

Condensado de una publicación del Consejo Económico del Estado de Nueva York

Un colegial que oía con frecuencia comentarios desfavorables al régimen capitalista (el hacerlos está muy de moda) le escribió a su abuelo una carta en la cual le pedía que le explicara "cómo puede haber ganancia que no sea a costa del trabajo ajeno". El abuelo, que acertaba a ser Fred Kent, doctor en derecho, presidente del Consejo de la Universidad de Nueva York y ex director de la Junta de la Reserva Federal de los Estados Unidos, le contestó en la siguiente forma:

MI QUERIDO NIETO: Voy a contestar tu pregunta de la manera más sencilla que me sea posible. La ganancia es el galardón de toda iniciativa que beneficie no sólo al empresario, sino también a sus semejantes. Veamos cómo obra esta ley económica en una sociedad primitiva compuesta, digamos, de un centenar de personas de tan escasa inteligencia, que a duras penas logran satisfacer las necesidades mínimas de su subsistencia trabajando arduamente todo el día.

La colectividad de mi ejemplo habita al pie de un monte. Naturalmente, necesita agua y, como no la

hay sino en un manantial que brota cerca de la cima, todas esas cien personas tienen que escalar diariamente el monte. Emplean una hora en subir y bajar. Después de mucho tiempo de ejecutar día tras día esta tarea monótona y pesada, uno de los hombres observa que el agua del manantial, antes de sumirse en el suelo, corre hacia abajo por un cauce que ella misma se ha labrado, y saca la conclusión de que si él hace una zanja a lo largo del flanco de la montaña, podrá prolongar ese cauce y llevar el agua hasta su casa. Empieza, pues, a abrir su zanja. Ninguno de los 99 restantes se preocupa por saber lo que hace su convecino.

Al fin, terminada la zanja, el ingenioso inventor desvía hacia ella parte del agua del manantial y la recoge en un depósito que ha construido al pie de la montaña, cerca del caserío. Convoca entonces a los otros 99 moradores, que gastan todos los días una hora en ir por agua, y les dice que si cada uno le da diariamente lo que produce en 10 minutos de trabajo, les permitirá que saquen agua de su depósito, en vez de ir por ella hasta el manantial. Todos los días recibirá, pues, de sus vecinos, el equivalente de 990 minutos de trabajo, y no tendrá que trabajar afanosamente 16 horas diarias para proporcionarse los meros medios de subsistencia. Obtiene, a ojos vistas, una ganancia enorme. Pero los otros también salen gananciosos: cada uno gana 50 minutos diarios.

El empresario, que dispone ahora de 16 horas por día para emplearlas como se le antoje, pasa parte de su tiempo estudiando el curso del agua que corre cuesta abajo. Ve que la corriente arrastra piedras y troncos. Como fruto de sus observaciones, construye una rueda hidráulica y, por último, un molino de maíz movido por la rueda. Vuelve a convocar a sus 99 vecinos y les dice: "Bueno, amigos. Aquí tienen ustedes algo que puede ahorrarles mucho tiempo. A todo el que se comprometa a darme la décima parte del tiempo que economice, le permitiré moler su maíz en mi molino". Todos aceptan la proposición. El promotor hace una nueva ganancia. El tiempo con que los otros le pagan lo emplea ahora en fabricarse una casa mejor que la que antes tenía, con mejores muebles, mejor ventilación, mejor calefacción y mayores comodidades de toda clase.

Siguen a estos adelantos muchos otros análogos, en los cuales el inventor economiza más y más tiempo a sus vecinos, contentándose con que le den en pago sólo la décima parte del trabajo que les ahorra.

Aunque ya no tiene que trabajar para satisfacer sus necesidades, ni es menester para ello todo el trabajo con que se le pagan sus mejoras, el promotor no se entrega a la ociosidad. Constantemente observa y estudia, piensa en nuevos adelantos e introduce nuevos elementos de comodidad y progreso.

Nota, por ejemplo, que uno de los miembros de la colectividad ha-

ce zapatos mejor que los demás. Pone a este hombre a hacer zapatos todo el tiempo. Lo alimenta y lo viste, empleando para ello parte de las ganancias provenientes de las mejoras antes mencionadas. Como los otros 98 miembros de la colectividad no tienen ya que hacer zapatos, disponen de más tiempo para otras cosas, y lo único que tienen que pagar por los que obtienen del zapatero general es la décima parte del tiempo que se les ahorra, la cual ponen a la disposición del promotor, que ahora es verdadero empresario industrial. El zapatero también gana, pues el promotor le traspasa parte del tiempo que se le paga; esto es, aquél puede disponer de trabajadores que le ayuden, y por tanto sus horas de trabajo disminuyen.

Al cabo de cierto tiempo observa el empresario que uno de los vecinos hace la ropa mejor que los demás. Como en el caso del zapatero, lo convierte en sastre único de la comunidad. Y así sucesivamente.

Gracias a la ingeniosidad y diligencia del promotor, se establece la división del trabajo. Cada cual se dedica a la especialidad para la que es más apto. Todos, excepto los más torpes, siguen con interés el trabajo de los otros y tratan de mejorar su propia situación. El resultado final es que cada uno viene a ocupar la posición que corresponde a sus aptitudes, en una colectividad de hombres inteligentes.

Supongamos que cuando el promotor hubo concluido su acequia, y dicho a los demás: "Si me dan ustedes el producto de 10 minutos de trabajo, les dejaré coger agua de mi depósito", los 99 convecinos le hubieran respondido: "Nosotros somos 99 y usted no es más que uno. Sacaremos del depósito toda el agua que nos dé la gana. Usted no puede impedirlo. No le daremos nada por el agua".

¿Qué habría sucedido? Pues que el iniciador, no viendo aliciente alguno, y sabiendo que por muchas mejoras que hiciera tendría que seguir trabajando sin cesar para procurarse los medios de subsistencia, se habría desalentado. La colectividad, lejos de progresar, seguiría vegetando en un estado rudo y primitivo. La vida de sus componentes no sería más que un afán continuo sin otro objeto que conservarla a duras penas; sin enriquecerla con ningún elemento de felicidad ni minorar las fatigas de su perpetua esclavitud.

Pero supongamos ahora que, en vez de esto, los vecinos del promotor no le hicieran oposición, y que la colectividad creciera hasta que en ella hubiera 10 familias. Pronto se vería que conviene educar a los niños para la edad adulta. Como ahora habría suficiente producción, se podrían destinar algunas de las personas más idóneas a la enseñanza, pagándoles por sus servicios.

Con el desarrollo de la inteligencia y la disminución del trabajo material, los hombres contemplarían la naturaleza, se esforzarían por reproducir en dibujos el paisaje, los

animales... y así nacería el arte. De la imitación de los sonidos de la naturaleza y de la voz humana surgiría la música. Y los que descollaran en el dibujo y en la música podrían consagrar todo su tiempo al arte, dando sus creaciones al resto de la comunidad en pago de una parte de lo que ésta produjera.

A medida que el progreso continuara, cada miembro de la colectividad contribuiría más y más con su trabajo y aptitudes especiales al bienestar de los demás, pero al mismo tiempo necesitaría más y más del esfuerzo de los otros. Y de no intervenir la envidia o leyes injustas que limitaran los beneficios de la iniciativa honrada y progresista, la evolución continuaría indefinidamente, con provecho de todos.

¿Es necesario decir más para demostrar que puede haber ganancias que recompensen la iniciativa y los esfuerzos del hombre emprendedor, sin que con ellas se quite nada a nadie, y que la libre actividad de tales hombres hace la vida más fácil para todos?

Este gran principio moral rige lo mismo en las grandes naciones que en la pequeña colectividad aquí imaginada. Toda legislación que destruya el aliciente de la ganancia justa y razonable y ponga trabas a la iniciativa del promotor o iniciador honrado, retarda el progreso. La ganancia legítima, lejos de temerse, debe apoyarse y alentarse, pues a todos beneficia y a nadie perjudica.

Tenemos que poner todo nuestro empeño en construir, en lugar de destruir lo que otros, con sudor y trabajo, han levantado. Y tenemos que ser justos para con los demás, so pena de que el mundo no lo sea para con nosotros.

Tu afectísimo abuelo,
Fred



Guías inspirados

DURANTE una expedición de alpinismo, el guía suizo advertía a un turista: "Tenga mucho cuidado de no caerse aquí . . . es un paso muy peligroso. Pero si acaso se cayera no deje de mirar a la derecha: la vista es estupenda".
— Suplemento dominical del *Times* de Nueva York

UNA GUÍA de viajeros que publica el gobierno noruego advierte a los turistas: "Mirando hacia el polo norte, Noruega queda a la izquierda".
— Ludwig Bemelmans, en *How to Have Europe All to Yourself* (Comisión Europea de Viajes)

UN GUÍA de turistas en Washington: "Aquí tienen ustedes la Casa Blanca, donde los esposos Kennedy suelen pernoctar para mostrarse mutuamente las películas de sus viajes".
— F. K.



María Antonieta,

la trágica reina de Francia

POR LOUISE REDFIELD PEATTIE

Joven y bella, rodeada de lujo, se convirtió en símbolo de la decadencia de la corte francesa —y en mártir de las pasiones que libertarían a Francia.

VASTO, esplendoroso, entregado a la pompa y la corrupción durante varias generaciones, Versalles se preparaba, en el mes de mayo de 1770, para dar la bienvenida a la joven que habría de convertirse en reina de Francia. Ansiosamente, el viejo

rey Luis XV y su nieto, prometido de aquélla, el zafio Delfín de 15 años de edad que reinaría como Luis XVI, esperaban en el bosque de Compiègne la llegada de la joven archiduquesa austriaca. Apareció ésta al fin, rodeada de cortesanos, en un carruaje adornado con flores de oro, y al son de tambores y trompetas. Saltando de la carroza, hizo una graciosa genuflexión ante el Rey; era una chiquilla de 14 años hermosamente formada, de tez deslumbradora, ojos azules y pelo rubio.

En la capilla dorada y blanca del gran palacio, la encantadora jovencita y el torpe muchacho se arrodillaron para la ceremonia nupcial, en tanto la corte entera se apiñaba a su alrededor, ansiosa de contemplar el acto. Luego vinieron días y noches de extravagantes festividades, bailes, espectáculos teatrales y fuegos artificiales. Pero cuando la pareja se retiraba, el marido no hacía más que dormirse y roncar; durante más de siete años el matrimonio no habría de consumarse.

A pesar de todo, María Antonieta hizo prodigios con el tosco Luis, al apartarle de su insaciable apetito por los bizcochos y su apasionamiento por la caza. Juntos hicieron una visita oficial a París, de donde la princesa escribió a su madre, la emperatriz de Austria: "Las pobres gentes, a pesar de los impuestos que las oprimen, se sintieron trasportadas de alegría al vernos. Qué dichosos somos por habernos ganado tan fácilmente el cariño del pueblo; no hay nada más precioso; así lo comprendí y nunca lo olvidaré". Nunca dura mucho el tiempo cuando se es joven, alegre y consentida. María Antonieta era frívola y voluntariosa; pero tenía buen corazón y estaba decidida a ser buena esposa y, a su debido tiempo, buena madre. En este último propósito se sentía frustrada; el Delfín tenía una pequeña anormalidad anatómica que el bisturí hubiera corregido fácilmente, pero él temía tal intervención quirúrgica.

María Antonieta se dedicó entonces a las diversiones, aun a algunas tan imprudentes como un coqueteo con un apuesto y joven oficial sueco llamado Axel Fersen; pero jamás fue infiel a su marido; su moralidad estaba a la altura de su elevada posición.

Cuando la primavera del año 1774 matizaba de verde el gran parque de Versalles, el Rey enfermó de viruela y pasó a mejor vida. Luis XVI, de 19 años, y María Antonieta, de 18, iniciaron entonces su reinado.

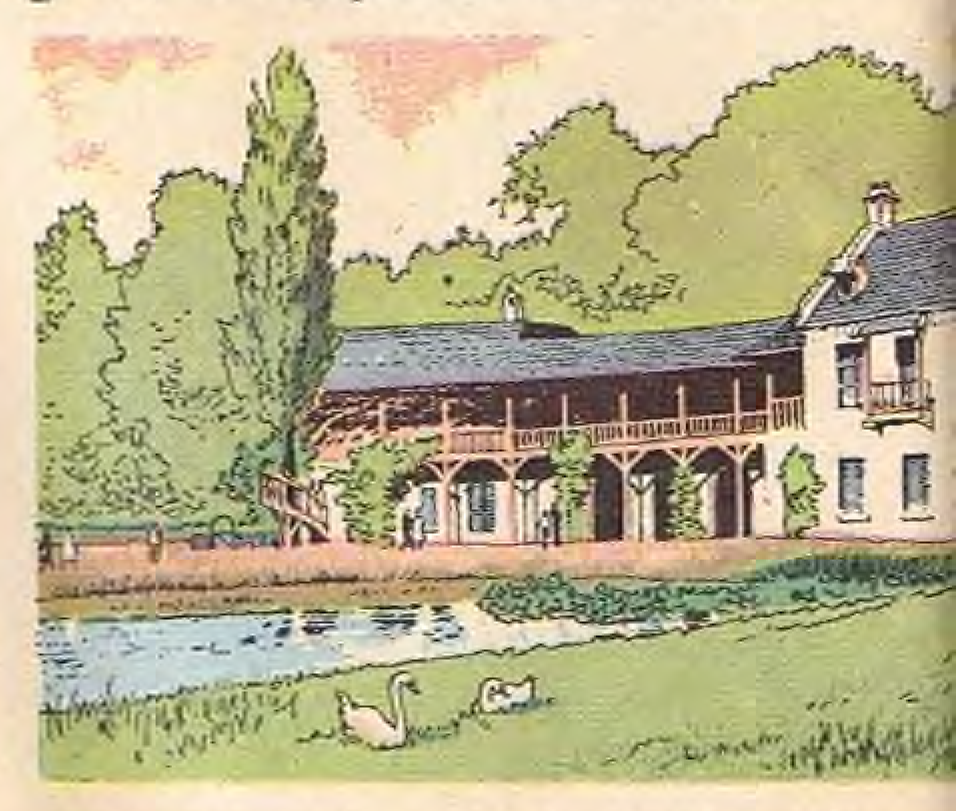
En la vida de la corte, rígidamente organizada, la joven Reina era prisionera de increíbles reglas de etiqueta. Ni siquiera podía vestirse en la intimidad; aterida, había de esperar que su camisa pasara de las manos de una dama de la nobleza a las de otra, antes de cubrir oficialmente la real desnudez. Mandaba hacer cien trajes por año y la adquisición de zarcillos y brazaletes de diamantes era para ella la cosa más natural; se divertía con las carreras de caballos, el juego, los bailes, las representaciones teatrales, en la com-

pañía de amigos jóvenes y alocados, como la princesa de Lamballe, la duquesa de Polignac, y Axel Fersen, el gallardo oficial sueco. Modificó además el pequeño Trianón e hizo de él un palacio espacioso, todo buen gusto y gracia, donde sólo eran bienvenidos los amigos ingeniosos y jóvenes.

Armándose al fin de valor, Luis resolvió dejarse operar; y María Antonieta se convirtió de hecho en su mujer y, oportunamente, en madre. Aun en ese momento la Reina fue víctima de la cruel etiqueta cortesana, pues era costumbre permitir la presencia del pueblo en el alumbramiento, y tal fue la muchedumbre, que la Reina estuvo a punto de asfixiarse hasta que el Rey rompió los vidrios de una ventana para que entrase aire fresco. El primero de sus vástagos, nacido en 1778, fue una niña. Cuando, tres años más tarde, nació su primer hijo varón, se bailó en las calles, hubo fiestas públicas y se encendieron fogatas. Mas aquél fue su último destello de popularidad.

Porque la joven Reina no sólo se había enajenado la amistad de la vieja nobleza de la corte, sino que también las semillas del pensamiento revolucionario fructificaban ya a todo lo ancho y largo del país. Y el blanco de la hostilidad no era el lerdo y bonachón soberano, sino su esposa, arrogante y manirrota. Ésta se atraía enemigos al designar para los puestos de provecho y de poder a quienes gozaban de sus favores, y con tanta frecuencia intervenía en los negocios del Estado a favor de su país natal que pronto se ganó en todos los sectores el desdeñoso apodo de "la austriaca". Pero sólo en 1785, cuando volvió a París a raíz del nacimiento de su segundo hijo varón y fue acogida fríamente, comenzó a darse cuenta de que había perdido el afecto del pueblo.

Abatida, y otra vez encinta, la Reina se refugió, en el verano de 1786, en la aldehuela fundada por ella misma en las cercanías del pequeño Trianón; más dedicada entonces a sus hijos, había abandonado no pocas de sus frívolas diversiones. Se sabía odiada y, como para probarlo, al dar a luz su cuarto hijo, otra niña, el pueblo le demostró la más completa indiferencia. El ruinoso estado de las finanzas nacionales era ya del conocimiento público, y aunque el derroche y la prodigalidad eran la diaria ocurrencia en Versalles desde mucho tiempo antes de la llegada de la austriaca, y a pesar de que por generaciones la carga de los impuestos había recaído



Aldehuela fundada por María Antonieta en las cercanías del pequeño Trianón en Versalles.

únicamente en los pobres mientras los nobles malgastaban el dinero, toda la culpa del desbarajuste se arrojaba sobre la soberana. María Antonieta sentía soplar sobre ella el viento helado del desastre.

Era, en verdad, el propio aliento de la revolución. Ya no fue posible resistir la presión ejercida sobre el vacilante Luis XVI en favor de una representación popular, y en 1789 éste convocó la reunión de los Estados Generales en Versalles, un congreso de 1200 miembros, dividido en tres grupos: la nobleza, el clero y el Tercer Estado, compuesto por gente del pueblo. Lujosamente ataviada, María Antonieta acompañó a su marido a la asamblea. La miraron con ojos insensibles y aunque ella mantenía erguida su orgullosa cabeza, llevaba el corazón adolorido porque en esos momentos su primer hijo varón agonizaba.

Mas el pueblo de Francia no la miraba ya como una mujer capaz de sentimientos, sino como el símbolo de la tiranía que estaba resuelto a destruir. El país ardía, y el 14 de julio de 1789 el pueblo de París tomó por asalto la feudal prisión de la Bastilla y abrió sus puertas de par en par. La historia señala ese día como el amanecer de la República.

Vino el mes de octubre; el otoño doraba las avenidas del parque de Versalles. En París la inquietud revolucionaria adquiría proporciones de tormenta. El 5 de ese mes, el Rey cazaba en el bosque y la Reina buscaba la paz en su ilusorio refugio del Trianón. Mientras reposaba allí, en la triste calma otoñal, un paje llegó en carrera desatada con la noticia de que una turba de parisienses avanzaba sobre Versalles.

Era una horda de 6000 personas, la mayoría mujeres, pobres, harapientas, poseídas de histeria colectiva; armadas de picas y cuchillos avanzaban a través de la lluvia y el lodo, lanzando obscenas amenazas contra la odiada Reina. Entre el agua y la niebla la empapada muchedumbre se lanzó en oleadas contra los muros del palacio pidiendo a gritos pan y la cabeza de María Antonieta. Corrió el rumor de que un batallón al mando de Lafayette se dirigía hacia Versalles para evitar toda violencia. Se pensó en la huída, pero era ya demasiado tarde. Pasada la medianoche llegó la fuerza pública, y la Reina, exhausta, se retiró a acostarse mientras los sediciosos seguían vagando por el parque.

A la madrugada y después de dar muerte a algunos de los guardias, la multitud logró penetrar en el palacio. A medio vestir la Reina voló a las habitaciones del Rey, a tiempo que la chusma penetraba en las de la soberana. Aterrorizada, la pareja real se reunió con los niños; los amenazadores gritos se oían ya a sus propias puertas. La guardia logró al fin hacer salir a los invasores pero desde afuera la turba exigió la presencia de la Reina. María Antonieta apareció en el balcón envuelta en una bata, el rubio cabello en desorden y, con las manos cruzadas sobre el pecho, hizo una reverencia a los nuevos amos de Francia.

Así fue como en aquel día suave y claro hubo de abandonar con los suyos aquella casa de cuento de hadas, que ya nunca más volvería a ver. El Rey y la Reina fueron instalados en las Tullerías, el viejo y torvo palacio de París. Allí sufrieron una sombría detención que duró varios meses de inseguridad y angustia. La revolución apenas se iniciaba y el régimen monárquico subsistía aún a pesar de su inestabilidad. Hacia junio, sin embargo, se hizo patente que la única salvación de la familia real consistía en la fuga. Axel Fersen había hecho construir un carruaje especial para el efecto: una enorme carroza verde y amarilla, tapizada de terciopelo blanco. Furtivamente salieron de París en aquel ostentoso vehículo, del que, confiando en su disfraz de criado, el Rey descendía en cada posta para conversar con los vecinos. No tardó en ser reconocido y arrestado, y con sus aterrorizados ocupantes, el absurdo carruaje regresó a París en medio de las burlas del populacho.

La prisión de la familia real se hizo desde entonces más estrecha; en todas partes, aun en el dormitorio de María Antonieta, había centinelas. La revolución tornose más sangrienta y más osada. El palacio de las Tullerías fue asaltado y saqueado, el Rey destituido de todos sus poderes, y la familia real trasladada al Temple, vieja fortaleza con rejas en las ventanas y muros de más de tres metros de espesor. Entonces cayó sobre ellos la tristeza de su prisión, sacudida por un relámpago de horror el día que María Antonieta vio pasar ante su ventana, en la punta de una pica, la cabeza de su amiga más querida, la princesa de Lamballe. Fue todavía peor el momento en que oyó en la calle la voz de un vendedor de periódicos anunciando las noticias: el Rey acababa de ser condenado a muerte y sería ejecutado en el curso de 24 horas.

Entonces dejó de ser la reina María Antonieta de Francia: a los 37 años era "la viuda Capeto", vestida de negro, extenuada, con los cabellos blancos, abrumada por el dolor. El golpe siguiente lo recibió su corazón cuando la separaron del Delfín, su amado hijo segundo. Desde su celda en la torre, podía escuchar la voz de los carceleros del niño, que le enseñaban a renegar de su familia y de Dios. María Antonieta había llorado tanto que ya no le quedaban lágrimas cuando le llegó el turno de ser llevada a la Conserjería, la más negra de las cárceles, situada en el centro de París, donde habría de esperar que la juzgase el tribunal revolucionario.

El proceso se abrió en octubre de 1793. La prisionera no esperaba que se le hiciera justicia; bien sabía que estaba condenada de antemano; pero ni aun en su terror habría imaginado que, aleccionado por tutores siniestros, su hijo declarara contra ella y la acusara de actos inmorales. El odio inspiraba todas las preguntas del tribunal y a todas contestó ella digna y serenamente. En el frío de su desesperanza, oyó la sentencia

con calma. Aquella última noche le proporcionaron dos velas, una hoja de papel, tinta y pluma. Con mano firme escribió una carta, llena de valor y de fe, en la que confiaba el cuidado de sus hijos a una de las hermanas del rey guillotinado... ¡Vana esperanza!

Vinieron en su busca por la mañana; le cortaron el cabello y le ataron las manos a la espalda. Sentada sobre una tabla, en una carreta tirada por un caballo, fue conducida por las calles de París entre muchedumbres de curiosos hasta la gran plaza donde se alzaba la guillotina. Subió al cadalso con la cabeza alta; los verdugos la ataron a la plataforma; la cuchilla cayó...

El rugido de la multitud al contemplar la cabeza cortada repercute aún en los pasillos de la historia. Pero más vale recordar que María Antonieta fue en una época joven y adorable, que cayó víctima de locuras que no fueron sólo suyas, y que murió mártir de las pasiones que habrían de hacer libre a Francia.



Un agente de aduana examinaba en el aeropuerto de Londres el equipaje de un turista de mal humor.

—¿Lleva usted cigarrillos? —le preguntó.

—No fumo.

—¿Vinos o licores?

—No bebo.

Hubo una breve pausa.

—¿No traerá por casualidad algún instrumento musical... un arpa, por ejemplo?

—F. S.

Según como se mire

El finado Aga Khan III, patriarca de la secta musulmana ismaelita, era muy aficionado a la buena mesa. Una vez un visitante le preguntó cómo concordaba aquella propensión a los placeres mundanos con su calidad de pastor de almas. El Aga Khan respondió: "No creo que la intención del Señor haya sido que sólo los pecadores disfruten de las cosas buenas de la vida".

—J. J. M.

Un anciano campesino estaba terminando de recoger el heno un domingo por la mañana, cuando pasó por allí el cura del pueblo.

—Hermano —le dijo el pastor— recuerde usted que el Creador hizo el mundo en seis días y el sétimo descansó.

—Es verdad —dijo el agricultor, mirando las negras nubes que se levantaban al occidente—. Pero Él ya había terminado su trabajo, y yo no.

—E. J.



¡POBRECITOS LOS LADRONES!

En estos días hasta el más inteligente e industrioso malhechor encuentra dificilísimo ganarse la vida. Los supersensibles sistemas de alarma de la era del espacio le están arruinando el negocio.

POR JAMES NATHAN MILLER

Condensado de "The Denver Post"

LOS LADRONES eran expertos, iban provistos del herramental más moderno, y estaban firmemente decididos a entrar en aquel almacén de una fábrica de medias de Chicago. Un camión lleno de tal mercancía les produciría 50.000 dólares, libres de impuestos.

Sin vacilar, el especialista del soplete aplicó su mechero de acetileno a la hoja de acero de la puerta trasera del almacén. Pero, una vez franqueada ésta, la banda descubrió algo que la hizo detenerse: los finos y casi invisibles alambres de un sistema de alarma contra el robo. Aquellos hombres eran maestros en tales dispositivos y, después de inspeccionar éste, desistieron de entrar por allí y resolvieron penetrar en el local por algún otro sitio.

Apoyando dos grandes maderos contra la pared de ladrillo, a corta distancia de la puerta, hicieron presión poco a poco con un gato hidráulico. Cedió el muro con un ruido sordo, y los cacos entraron en el almacén por la brecha así abierta. Habían eludido la alarma.

Por lo menos, eso creían ellos. De repente, su radiorreceptor de onda corta, sintonizado a la frecuencia

empleada por la policía, les hizo saber que ya se dirigían allí coches de patrulla. Sabían que no habían cortado alambre alguno ni hecho funcionar un conmutador secreto, ni cruzado el haz de alguna célula fotoeléctrica. ¿Qué cosa, pues, había dado la señal de alarma?

En realidad, fueron víctimas de un pequeño y fantástico dispositivo instalado en lo alto del oscuro almacén: una caja metálica más o menos del tamaño y forma de media toronja. Esta caja emitía una red de inaudibles ondas ultrasónicas que llenaban todo el ámbito del depósito. El más leve movimiento alteraba la estructura de la red y ponía en acción una alarma en una estación central de vigilancia situada no lejos de allí.

El uso de instalaciones tan ingeniosas como la de este almacén está muy extendido, y muchos de los dispositivos son consecuencia directa de la era espacial.

El detector ultrasónico que frustró a los ladrones de medias, por ejemplo, se basa en el mismo principio que sirve a los astronautas para descubrir el movimiento de lejanas galaxias: el efecto Dopler, según el cual los objetos en movimiento emiten o reflejan frecuencias diferentes de las emitidas o reflejadas por objetos inmóviles. Millares de estas alarmas ultrasónicas están ya prestando servicio. La vitrina donde se exhibe el famoso diamante Hope, en el Instituto Smithsoniano en Washington, está llena de las invisibles ondas de una alarma de esta clase. Existe incluso una alarma ultrasónica que uno puede llevar consigo. Cabe en una maleta; montada en una habitación de hotel, cuyas puertas y ventanas se hallen cerradas, el ruido de la sirena del aparato hará huir hasta al más decidido ladrón.

Las alarmas espaciales son sólo una entre las armas del nuevo arsenal de sistemas de seguridad. Para juzgar la capacidad de estos sistemas, intentemos introducirnos subrepticiamente en una instalación gubernamental de aquellas que han de estar celosamente guardadas. Las alarmas que entonces trataremos de sortear son también de las empleadas extensamente en la industria para proteger cámaras de preservación de pieles, depósitos de narcóticos de compañías farmacéuticas, mapas geodésicos de empresas petroleras, cajas registradoras y de caudales de millares de tiendas y oficinas.

Al aproximarnos a nuestro objetivo vemos que está rodeado de una verja de aspecto amenazador. Para que esta barrera cumpla su misión no es necesario tocarla. Tan pronto como nuestro cuerpo se acerque a una distancia de sesenta a noventa centímetros de la verja, la alarma entra en juego. Se encienden reflectores, cámaras de televisión de control remoto nos enfocan, y por un altavoz nos preguntan qué hacemos allí.

Ésta es una verja de capacitancia; sus alambres irradian continuamente un campo eléctrico sintonizado

a una frecuencia determinada. La electricidad de nuestro cuerpo la cambió automáticamente a otra frecuencia, y esto hizo sonar la alarma. No es posible cortar o tratar de inutilizar los alambres de capacitancia porque cualquier cosa que los averíe hará funcionar la alarma. La cerca de capacitancia del Reformatorio Oficial para Varones, en el estado de Nebraska, ha reducido a cero las evasiones que allí se registraban y que, por término medio, eran de cuatro al año; al mismo tiempo ha permitido a las autoridades de la prisión disminuir el cuerpo de celadores a la mitad.

Supongamos, sin embargo, que pasáramos en alguna forma la verja sin ser descubiertos. Entonces, casi inmediatamente, pondríamos en acción otra alarma: una célula fotoeléctrica semejante a la que abre las puertas de un supermercado moderno. Pero en este caso las células están agrupadas en una compleja red de "verjas" entretejidas que no es posible burlar. Ciertos espejos las hacen doblar esquinas y filtros infrarrojos las vuelven invisibles.

Pero supongamos que también pasamos de ahí. Eludimos puertas y ventanas, porque sabemos que estarán guardadas por una variedad de ojos fotoeléctricos, limpiabarros supersensibles, cerraduras eléctricas y magnéticas que lanzan una señal a la más ligera vuelta del tirador de un picaporte. Así pues, esgrimimos nuestro taladro de carburo de tungsteno y empezamos a hacer un agujero en la pared de hormigón del edificio. A pesar de lo silenciosa que es nuestra herramienta, no penetra en el hormigón más de un par de centímetros sin que suene la alarma. Un perceptor de energía dentro del edificio captó sus vibraciones tan pronto como comenzaron, vaciló un momento para asegurarse de que no las causaba el paso de un camión, y en seguida hizo funcionar la alarma. Este perceptor posee asombrosa capacidad selectora. Si se da un solo golpe de martillo en la pared, no hace caso de la vibración; pero si se dan varios martillazos —o se hace estallar una carga explosiva— el dispositivo trasmite inmediatamente una señal de alarma.

No obstante, demos por supuesto que los guardas han dejado el edificio sin vigilancia y que podemos abrir un boquete suficientemente grande para entrar. Una vez dentro, logramos de algún modo burlar los rayos fotoeléctricos. Todo ello de nada nos sirve, porque nos denuncia un detector del movimiento: el mismo instrumento de forma de media toronja que permitió capturar a los ladrones del almacén.

A pesar de todo, los guardas no han vuelto aún al edificio y logramos llegar hasta la caja de caudales. Andando cautelosamente alrededor de ella, con cuidado de no tocarla, buscamos el sitio adecuado para aplicar el taladro... y esto basta para hacer funcionar otra alarma. Igual que la cerca exterior, la propia caja de caudales forma parte de un campo de capacitancia.

Si intentamos llegar al interior de la caja no haremos otra cosa que poner en acción nuevas alarmas.

¿Qué probabilidades tiene un ladrón astuto de cortar la corriente eléctrica o provocar un corto circuito para inutilizar todo el sistema? Casi ninguna; las partes vitales del propio sistema están protegidas por otras alarmas. Además, los sistemas son infalibles; si se corta la corriente que los mueve, o se altera el flujo de ésta, suena la sirena.

En realidad, el problema más grande que ofrecen las nuevas alarmas no consiste en que alguien pueda pasar a través de ellas sin ser descubierto, sino en que a veces revelan la presencia de objetos que no tratan de eludirlas. Maxwell Lindsay, ingeniero jefe de la American District Telegraph Company, de Chicago, dice: "Los detectores sísmicos colocados bajo tierra pueden percibir las más delicadas pisadas de un hombre a seis metros de distancia... pero también son capaces de descubrir camiones a muchos metros, o gusanos a pocos centímetros. Los rayos infrarrojos pueden denunciar la presencia de personas a grandes distancias por el calor de su cuerpo, pero captan también el calor que despiden los motores".

En la embajada de los Estados Unidos en Praga los murciélagos han hecho funcionar las alarmas ultrasónicas; los caimanes han actuado el sistema fotoeléctrico en cierta base de la fuerza aérea estadounidense en la Florida; y las alarmas de las verjas de capacitancia alrededor de las instalaciones de radar en el norte del continente han sido excitadas por los mapaches. Unos periódicos llevados por el viento, las hojas desprendidas de los árboles, y hasta el ondular de la hierba han puesto en acción los sistemas exteriores de alarma.

A pesar de las falsas alarmas, de poco le sirve al intruso saber que el aparato que lo descubrió fue también capaz de hacer una surtida redada de mapaches y cocodrilos. Cuando la policía llega al lugar de los hechos siempre sabe distinguir entre murciélagos y ladrones.

El voto de Pablo Antonio

En la primavera de 1946 las Naciones Unidas se habían instalado provisionalmente en el colegio Hunter, de Nueva York. Se mandó hacer una urna para los votos de los delegados del Consejo de Seguridad, que se reunían en el gimnasio. Antes de efectuar la primera votación, se abrió la urna para hacer una inspección previa. Adentro había una papeleta con estas palabras:

"A mí, que me ha tocado en suerte fabricar esta urna, permítaseme emitir el primer voto: Que Dios acompañe a todos los miembros de las Naciones Unidas y que por sus nobles esfuerzos la paz reine sobre todos nosotros, en el mundo entero. Pablo Antonio, mecánico"

—C. B. P.

APRENDAMOS A DOMINAR LA TENSIÓN NERVIOSA

POR JOSEPH KENNEDY

*Condensado del libro "Relax and Live"**

El arte de la relajación muscular es la clave de una vida feliz

EN LA MAYOR parte de nuestras actividades cotidianas, casi todos andamos como el automóvil con los frenos aplicados; y nuestro freno es la tensión inconsciente. Durante tanto tiempo nos hemos dedicado al trabajo o al juego en ese estado de tensión constante, que ya lo consideramos normal, o poco menos, y no notamos siquiera los dientes apretados, el estómago tenso, los músculos rígidos, pese a que la fatiga resultante de todo ello consume nuestra energía, embota nuestras habilidades y aun merma nuestra facultad para apreciar debidamente el mundo que nos rodea.

La tensión es efecto del esfuerzo excesivo; del empeño desmesurado con que se trata de hacer conscientemente cosas que deberían ejecutarse automáticamente. Hace que los músculos se traben y se contraigan. Cuando uno se esfuerza conscientemente por hablar con corrección, lo más probable es que tartamudee o vacile y hable sin soltura. El pianista que se pone a pensar en los dedos acabará por cometer una equivocación.

Casi toda persona hace demasiado esfuerzo en cuanto ejecuta. Los músculos responden mejor cuando las órdenes se les dan con calma que cuando se les dan a gritos. A fin de ver perfectamente bien, por ejemplo, los ojos deben hacer numerosos movimientos pequeñísimos para escudriñar el objeto a que se dirigen. Este escudriñamiento es una acción refleja, o automática, tan independiente de la voluntad como los latidos del corazón; pero cuando se mira fijamente un objeto, haciendo un esfuerzo consciente para ver, los

JOSEPH KENNEDY es un experto en métodos de relajación y en programas de educación física.

ojos se ponen tensos; no escudriñan debidamente y la visión se reduce.

Los perjuicios de la tensión no se limitan al cuerpo. Cuando los músculos están tensos, por haberse contraído sin objeto, causan en el cerebro una sensación de confusión. ¿Cómo se explica que un hombre aplomado, que piensa fácilmente o sin esfuerzo cuando está solo en su oficina, se confunda y no encuentre qué decir cuando trata de hablar en una reunión importante de hombres de negocios o profesionales? Eso se debe a que la tensión proveniente del esfuerzo excesivo entorpece sus mecanismos sicomotores.

La tensión tiende a convertirse en hábito inconsciente: los músculos tienden a permanecer tensos. Entonces ¿cómo puede uno relajarse, o aflojar conscientemente los músculos?

Lo primero que hay que hacer es localizar la tensión. Por ejemplo, es probable que en este momento usted no sienta tensión alguna en la frente; pero es igualmente probable que la haya, aun cuando sea ligera. A fin de cerciorarse, produzca más tensión conscientemente: frunza el entrecejo y observe la sensación causada por la tensión de los músculos. Ejercítese en reconocer la tensión producida deliberadamente. Al día siguiente, suspenda por un momento lo que esté haciendo y pregúntese: "¿Siento tensión en la frente?" Es posible que la haya y que usted pueda ya percibirla. "Cuando principié a relajarme", me dijo un estudiante, "descubrí muchos músculos tensos de que antes no me había dado cuenta".

Una vez que uno aprende a reconocer la tensión, puede aprender a relajarse, o aflojar los músculos. El modo de hacerlo es producir primero más tensión. No se trate de producir conscientemente la relajación de los músculos. Éstos tienden a relajarse por sí mismos. Estírese voluntariamente un músculo. Luego suspéndase el esfuerzo. El músculo se aflojará automáticamente y continuará aflojándose hasta volver a su estado normal, si no hay nada que estorbe su relajación.

Los músculos de la frente, sobre todo los del entrecejo, necesitan atención especial, pues están íntimamente relacionados con la angustia y la confusión. Con el entrecejo relajado es poco menos que imposible sentir angustia o desasosiego. La próxima vez que a usted se le presente un problema difícil, mantenga flojo o desarrugado el entrecejo, y vea si esto no hace que el problema le parezca menos difícil.

Las quijadas son una de las partes más expresivas del cuerpo humano. A menudo las cerramos fuertemente, apretando los dientes, cuando sentimos cólera o determinación. Cuando las quijadas están tensas, el cerebro, que constantemente recibe comunicaciones de los músculos por conducto de los nervios, interpreta aquello suponiendo que nos hallamos en un apuro o afrontamos un grave problema. El resultado es que experimentamos una sensación consciente de angustia. Esa sensación

desaparece y es remplazada por un sentimiento de confianza y seguridad tan pronto como se aflojan los músculos de las quijadas. Así pues, siempre que uno sienta angustia o falta de confianza en sí mismo, lo que debe hacer es darse cuenta de la tensión de las quijadas, a fin de relajarlas.

Las manos son el principal instrumento de que se vale el organismo. Se relacionan con casi todo lo que el hombre hace o siente. Las dejamos caer desalentados cuando perdemos la esperanza; sacudimos el puño en ademán de amenaza cuando nos encolerizamos. Siempre que están tensas, el cuerpo entero está pronto para la acción. A toda persona le conviene aprender a aflojar los músculos de las manos cuando se halla en un aprieto o cuando algo le causa irritación o fastidio. Esto quita la tensión y hace que la persona se sienta capaz de hacer frente a la situación.

Si uno espera un golpe en la boca del estómago, instintivamente contrae los músculos abdominales como medida de defensa, y si vive habitualmente a la defensiva, su mecanismo sicológico inconsciente mantiene tensos los músculos del estómago. De este modo se forma otro círculo vicioso. El cerebro recibe de dichos músculos comunicaciones defensivas, lo cual produce un sentimiento permanente de inseguridad. Debemos por tanto acostumbrarnos a aflojar los músculos del abdomen siempre que sintamos angustia o desasosiego.

Si tratamos de sobreponernos mentalmente a la angustia, lo más probable es que se agrave, pero en cambio, sí es posible controlar los músculos principales.

Aprendamos a relajar los músculos rápidamente a media mañana, inmediatamente antes de almorzar y en mitad de la tarde. Hay que sentarse en la posición más cómoda posible o acostarse boca arriba en la cama, con los brazos a lo largo de los costados. Aflojemos entonces uno tras otro los grupos principales de músculos —los de la frente, los del abdomen, los de las quijadas, los de las manos, etcétera— estirándolos primero y dejando después que se aflojen por sí mismos.

La respiración es un medio valioso de mitigar la tensión en todo el cuerpo. Cuando estamos emocionalmente tensos, decimos que algo nos oprime el pecho; cuando pasa una situación angustiosa, decimos que ya nos ha vuelto el resuello, o que podemos respirar con calma. Pero aquí puede invertirse la relación de causa y efecto. Si logramos aprender a respirar debidamente, no llegaremos a estar tan tensos.

Para aprender a respirar correctamente, bueno es tener en cuenta que hay dos modos de respirar completamente distintos. La respiración nerviosa, que se efectúa sobre todo por contracción y dilatación de la cavidad torácica, es demasiado rápida y llena demasiado los pulmones. Es la respiración que se adapta a circunstancias excepcionales, como cuando uno jadea después de

correr mucho. El pecho sube y baja rápida y perceptiblemente a medida que inhala y exhala grandes bocanadas de aire. Así obtienen los músculos prontamente el oxígeno que necesitan. Las personas nerviosas están tan acostumbradas a tomar las cosas comunes y corrientes como si fueran excepcionales, que utilizan este mecanismo respiratorio de urgencia todo el tiempo.

La respiración normal es la abdominal, que se efectúa sobre todo por la acción del diafragma. Casi todos los movimientos ocurren en la parte inferior del tórax y en la superior del abdomen. A medida que el diafragma se contrae y se afloja suavemente, toda la región abdominal recibe un ligero masaje y los músculos se aflojan. Es casi imposible sentir tensión cuando se acostumbra a respirar de este modo.

Si una persona nota que está respirando nerviosamente y demasiado aprisa, debe continuar respirando así *voluntariamente*, con conciencia de lo que está haciendo, hasta efectuar unas 500 o 1000 inspiraciones y expiraciones, a fin de someter la respiración al dominio de la voluntad. Este dominio consciente basta por sí solo para mitigar la tensión nerviosa. Después de algún tiempo la persona sentirá que para continuar respirando rápidamente tiene que hacer mucho esfuerzo y que el respirar más despacio le produce grande alivio.

Una de las causas más perniciosas de la tensión es la prisa excesiva, o la tendencia a hacer las cosas a la carrera. Uno puede sentirse con prisa aunque esté sentado en su casa, aparentemente sin hacer nada, o mientras espera un ómnibus.

Cuando se experimenta una sensación de apresuramiento en lo que se está haciendo, conviene retardarse deliberadamente. Cada persona tiene su propio paso, o compás, para ejecutar las cosas; así que cuando cede al impulso de la precipitación, se deja dominar por circunstancias externas que la desvían de la acción normal. El famoso corredor finlandés Paavo Nurmi siempre llevaba consigo un reloj en sus carreras, por el cual se guiaba, en vez de guiarse por la posición o celeridad de sus rivales. Nunca se daba demasiada prisa, sino que persistía en correr a su modo, a su propio paso, sin preocuparse de sus competidores.

Otra causa fundamental de tensión proviene de conceder demasiada importancia a la meta final, de esforzarse más de la cuenta en lograr el triunfo. Conviene tener una idea clara de lo que se persigue, por supuesto; pero la atención debe concentrarse en el trabajo específico, considerado por sí mismo, que se esté ejecutando en el momento.

Y cuando se termina una tarea, recuérdese que mañana habrá otra, y ¡aflójense los músculos! La vida no es una veloz carrera de cien metros sino una larga carrera de resistencia a campo traviesa, y quien se empeñe en ir siempre a plena velocidad no sólo dejará de salir vencedor sino que quizá no dure lo suficiente para llegar a la meta.


Dr. Binay Ranjen Sen

Guerra mundial contra el hambre

Por primera vez en la historia se está llevando a cabo, por medio de un organismo de las Naciones Unidas, una ofensiva sistemática contra uno de los problemas fundamentales de la humanidad.

POR FREDERIC SONDERN, HIJO • *Condensado de "The Lion"*

CASI LA mitad de los tres mil millones de habitantes de nuestro planeta se halla en grave estado de desnutrición. De este total, unos 500 millones, la mayoría de los cuales habita en las regiones subdesarrolladas de Asia, África e Iberoamérica, padecen hambre en grado peligroso. La deficiencia en la alimentación es causa, cada año, de la muerte de 25 millones de seres humanos y de que muchos millones más de ellos sufran de debilidad.

Hoy, por primera vez en la historia, este vasto problema está siendo atacado científicamente en escala mundial. La Organización para la Agricultura y la Alimentación de las Naciones Unidas (FAO), presta vigorosa ayuda a los pueblos insuficientemente alimentados para que aprendan a valerse mejor de sus recursos naturales.

Durante los últimos 15 años, unas 2000 misiones enviadas por la FAO a no menos de 80 países han contribuido poderosamente a elevar el

nivel de vida en aquéllos en que era peor la situación. Egipto, por ejemplo, ha logrado triplicar su producción de arroz gracias al cultivo de una variedad mejorada de esta gramínea y al aprovechamiento del agua del Nilo para regar millares de hectáreas desérticas. Ceilán viene trasformando 30.000 kilómetros cuadrados de tierras antes estériles en prósperas explotaciones agrícolas. En vista de la escasez de proteínas que sufre Camboya, este país ha aumentado en 50 por ciento su producción de huevos, gracias al mejoramiento de la alimentación y cría de las gallinas. Grecia y Siria, tan áridas, están sacando agua, en cantidades jamás soñadas, de nuevos pozos y de corrientes subterráneas descubiertas hace poco. En las vaquerías brasileñas están aprendiendo la forma de lograr que sus pastizales den cinco veces más hierba que antes y de cuadruplicar el rendimiento de sus vacas. A través de Siria, Irak, Irán y sus vecinos países en el Oriente Medio, en tierras antes tenidas por estériles, ya empieza a extenderse una faja dedicada al cultivo del trigo y la cebada.

Tanto los gobiernos como los cientos de miles de personas beneficiadas atribuyen principalmente a los peritos en agricultura y alimentación de la FAO estos excelentes resultados. Los 1400 técnicos fueron seleccionados en muchos países: un ganadero norteamericano, un danés especialista en pastos, un alemán perito en pesquerías, un hindú cultivador de arroz, un italiano, verdadera autoridad en frutas; y también químicos, dietistas, ingenieros . . . De ordinario, no menos de 600 de estos técnicos, en grupo o individualmente, están trabajando sobre el terreno, donde permanecen durante varios meses y aun durante años enteros. "Contamos, más que nada, con gente práctica", dice el Dr. Binay Ranjan Sen, de la India, a sus 64 años de edad dinámico director general de la Organización. "Todos ellos son capaces de trabajar y hacer cualquier demostración con sus propias manos".

Ejemplo de ello lo tenemos en el Dr. Kreuzer y su maravilloso guiso. Hace tres años, el gobierno de Túnez acudió a la FAO con un apremiante problema, típico de los muchos que aquella organización encara constantemente. Los tunecinos, que hasta entonces venían exportando a Francia la mayor parte de su pesca sardinera, se habían propuesto aumentar el mercado interno de la sardina.

> DICE el biólogo Dr. Albert Szent-Gyorgyi, galardonado con el Premio Nobel: "Gran parte de la inestabilidad mundial se debe al hecho de que el género humano se halla dividido en dos bandos. En el bando más pequeño, la duración de la vida de sus miembros se ve acortada por exceso de alimentación, mientras en el bando más numeroso es el hambre la que abrevia la vida".
>
> —*Agricultural Research*

El Dr. Sen solicitó la colaboración del Dr. Rodolfo Kreuzer, perteneciente al afamado Instituto de Conservación del Pescado, de Hamburgo. Éste se dio cuenta en seguida de que los habitantes de la estrecha zona costera tunecina cuentan con pescado, carne, fruta y verduras frescas, es decir, con una alimentación bien equilibrada. Pero en el interior del país hay muchos poblados en los que no se come más que dátiles y pan y, por tanto, abundan allí la anemia, el bocio, el raquitismo y la pelagra.

El Dr. Kreuzer concibió una idea: Puesto que el pescado se descomponía, por el calor, al ser llevado tierra adentro a lomos de asno o de camello (únicos medios de trasporte en la mayoría de aquellos lugares), quizás se pudiera confeccionar un picante guiso de pescado, condimentado especialmente para el paladar de los árabes, enlatarlo y enviarlo así al interior: la salud y el vigor de aquellos habitantes mejorarían sobremanera.

Ayudado por tres mujeres indígenas, el doctor empleó algunos meses en hacer toda clase de experimentos con las sardinas: cocerlas, salarlas, escabecharlas o condimentarlas con cuantas especias había en el país. Un jurado del lugar cataba cada preparación. El veredicto era unánime: "¡Horrible!" Mas un día, en los muelles de Túnez, el doctor dio por casualidad con un restaurante especializado en pescado. Le sirvieron un plato típico, y el primer bocado le hizo el efecto de una descarga de dinamita a causa del pimiento con que estaba condimentado. "Entonces comprendí mi estúpida equivocación", explica. "Creía haber estado ensayando una comida adecuada para las papilas gustativas árabes; pero, nada de eso. Al siguiente guiso le eché pimentón a puñados, y el jurado lo aprobó entonces con entusiasmo".

Los árabes del interior recibieron el guiso en conserva con deleite. Dejando en Túnez sus recetas culinarias y unos cuantos cocineros debidamente adiestrados, el Dr. Kreuzer regresó a la base de operaciones de la FAO en Roma, convencido de que había puesto en marcha algo importante. "No es más que una pequeña contribución", dice. "Pero su éxito nos permite vislumbrar lo que podemos hacer en otros lugares".

Los emisarios de la FAO llegan a los más apartados rincones del mundo. Wilhelm Schulthess, un suizo experto en ganado lechero, fue enviado a Nepal, a solicitud del gobierno de aquel país, para que enseñase a los nómadas pastores himalayos de la frontera con el Tibet a fabricar mantequilla y queso destinados al consumo de la gente de los valles. Los pastizales comenzaban a 4500 metros de altitud, y hasta allá hizo subir el técnico suizo, cargadas por peones, una desnatadora, una batidora y un molde para queso. No habían trascurrido cuatro años y ya los antiguos nómadas tenían su propia industria

lechera bastante productiva; sus quesos se vendían bien en Katmandú, la capital nepalesa; en inaccesibles rincones montañosos empezaron a levantarse instalaciones para el aprovechamiento de la leche. "La nueva industria", según el informe rendido por Schulthess a la FAO, "cubre sus gastos, inclusive los de preparación de técnicos".

"En muchos casos", refiere el Dr. Sen, "tenemos que vencer no sólo la obstinación de la naturaleza, sino la ignorancia, las supersticiones y los hábitos y costumbres seculares de seres humanos no menos obstinados". En la costa occidental de África, la señorita Jean Steckle, una laboriosa canadiense, viene demostrando cómo se pueden superar costumbres ancestrales que originan problemas.

Primero Gana y después Sierra Leona, países que apenas en años recientes han empezado a modernizarse, descubrieron que el índice de mortalidad infantil, hasta la edad de seis años, era exorbitante. En respuesta a la solicitud de ayuda de los gobiernos de aquellos países, la FAO envió a la señorita Steckle, quien, después de hacer un recorrido de 6500 kilómetros, encontró los acostumbrados agentes de la muerte: la miseria, la desnutrición y la ignorancia. Uno de los peores problemas lo constituía la manera primitiva de manejar los alimentos. Las inmundas manos que cocinaban, la olla colectiva, las mugrientas cucharas con que se revolvía un bodrio desprovisto de proteínas; todo ello era causa de frecuentes enfermedades desde la cuna hasta la tumba.

Sin embargo, la señorita Steckle pudo contar con poderosos aliados: una estufa de barro inventada por los pieles rojas, y un cacique joven e inteligente, llamado Camanga Boajibu. La estufa, de cuya existencia ella supo por unos ingenieros norteamericanos, se pudo hacer fácilmente con barro tomado de los hormigueros de la región; consumía poco combustible y, lo mismo bajo techo que al aire libre, podía usarse para cocinar toda una nueva variedad de alimentos. Hoy tales estufas se están usando por millares en esos países.

El jefe Boajibú, una vez convencido de que la comisionada de la FAO sabía lo que estaba haciendo, le permitió abrir una escuela culinaria en su capital, ciudad, aunque primitiva, de importancia local, e invitó a otros caciques a que presenciaran una de las demostraciones dadas por la señorita Steckle. Pasó ésta por verdaderos momentos de ansiedad mientras los ancianos, envueltos en sus túnicas, olfateaban, con grave compostura, los hirvientes calderos e inspeccionaban los hornos, hasta que al fin inclinaron la cabeza en ademán aprobatorio. Comprendió entonces que en tan cortos instantes se habían roto muchas viejas tradiciones. A partir de aquel día empezaron a acudir a sus escuelas mujeres de los poblados vecinos. "Muchas de las ideas que tratamos de impartir",

observa, "cunden con rapidez alentadora".

Al mismo tiempo que se llevan a cabo proyectos tan modestos como aquél, cobran impulso otros de mayores proporciones. En 1956, cuando Sudán se trasformó en república independiente, el Dr. Sen envió en ayuda de aquel gobierno tres especialistas: un ingeniero norteamericano, un técnico hindú, perito en el cultivo del arroz, y un arboricultor inglés.

El norteamericano, llamado James Elliott, se encargó de adiestrar a gran número de voluntarios, e hizo de ellos tan hábiles maquinistas de tractores y de maquinaria para remover tierra, que fueron capaces de cavar y construir en una semana un embalse que anteriormente los habría mantenido ocupados durante varios meses. Hoy, cerca de dos millones de personas, en la sola provincia de Kordofan —una llanura ardiente y seca de poco más de 380.000 kilómetros cuadrados, en la linde del Sahara— cuenta con agua suficiente durante todo el año, no sólo para regar sus cultivos sino también para beber y para el aseo, lujos antes desconocidos allí.

R. L. M. Ghose, del Instituto Central de Investigación Arrocera, de la India, ha puesto en cultivo cuatro plantaciones de arroz sumamente productivas, que dentro de otros dos años rendirán las 5000 o 6000 toneladas necesarias para que el Sudán se libere por completo de la necesidad de importar, por valor de 750.000 dólares anuales, lo que constituye el alimento principal del país.

David Francis, de Inglaterra, demostró que la nueva república tenía fácilmente a su alcance enormes recursos de madera capaces de suministrar material para todo, desde palillos para cerillas y pulpa para la fabricación de papel, hasta traviesas de ferrocarril y maderos de diversos usos, en cantidades suficientes para la exportación. Los aserraderos sudaneses que se están construyendo actualmente, así como los arrozales y las cisternas, ya contribuyen a que diez millones de seres humanos alcancen una vida mejor.

Lo que últimamente le ha proporcionado más satisfacción al Dr. Sen, ha sido el éxito de la campaña, iniciada hace dos años, para librar del hambre a los pueblos. Los fabricantes de productos farmacéuticos de Suiza contribuyeron con drogas de uso veterinario, por valor de miles de dólares, para combatir las enfermedades del ganado; las iglesias alemanas mandaron varios millones de marcos; una compañía norteamericana está enviando motores marinos para botes pesqueros por valor de un millón de dólares; fabricantes de varios países han puesto a disposición de la FAO dos millones de dólares en fertilizantes. En total más de 40 países vienen participando en esta campaña.

La FAO tiene cinco programas fundamentales: 1) Estudiar los recursos de que dispone el mundo.

2) Llevar los sistemas de riego y de desagüe, la reforestación, los nuevos métodos de siembra, los fertilizantes modernos y la labranza mecánica a centenares de miles de kilómetros cuadrados de tierras potencialmente cultivables. 3) Fomentar la producción de alimentos y la cría de ganado apropiados a los diversos climas, suelos y poblaciones. 4) Dar impulso a las pesquerías marítimas y fluviales de los países menos desarrollados y hacer que esta riqueza llegue a las paupérrimas comarcas del interior por medio de fábricas de conservas e instalaciones de trasformación. 5) Adiestrar a pueblos y gobiernos para que hagan el mejor uso posible de sus recursos.

"Décadas habrán de trascurrir, por supuesto, antes de que nos acerquemos siquiera a nuestras metas", reconoce el Dr. Sen. "No obstante, ya hemos dado los primeros pasos y sabemos adónde vamos".



Obras son amores. Había una vez un carpintero, competente pero notoriamente informal. Un día lo contrató un personaje distinguido del pueblo y, como de costumbre, se presentó a trabajar varias semanas después de lo convenido. El patrón estaba colérico.

—Si no tenía intenciones de venir —le reclamó— ¿por qué se comprometió?

El carpintero se quedó respetuosamente callado mientras el otro se desahogaba; luego contestó con mucha calma:

—Lo menos que puede hacer una persona decente es prometer.

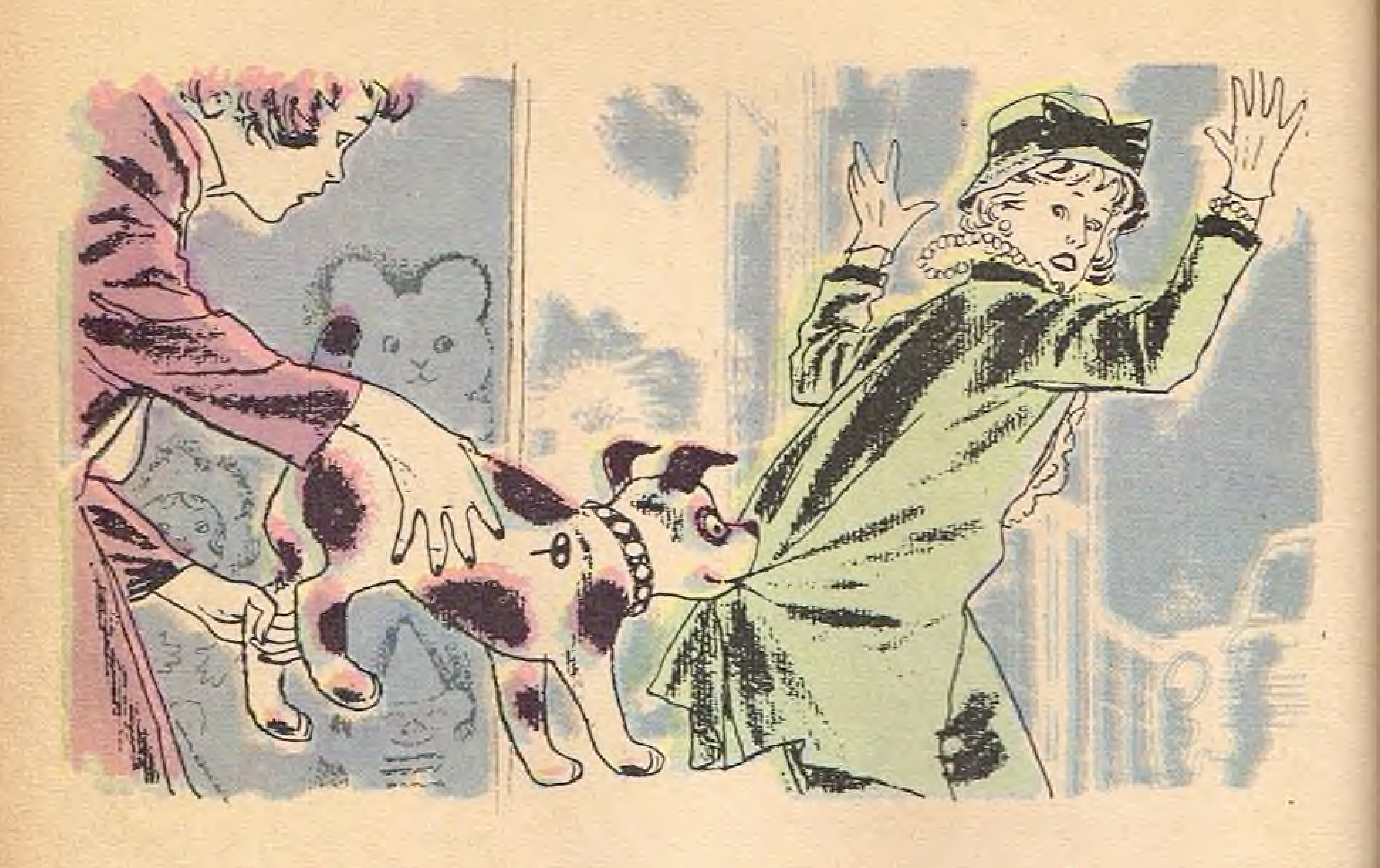
— W. B.



Statement required by the Act of August 24, 1912, as amended by the Acts of March 3, 1933, July 2, 1946 and June 11, 1960 (74 Stat. 208)

showing the ownership, management, and circulation of Selecciones del Reader's Digest, published monthly at Pleasantville, N. Y. and Miami, Fla., for October 1st, 1962.

1. The names and addresses of the publisher, editor, managing editor, and business managers are: Publisher, Reader's Digest Latin America, Inc., 270 Park Avenue, New York 17, N. Y.; Editor, Jorge Cárdenas, Paseo de la Reforma 116, México, D. F.; Managing Editor, none; Business Manager, Roberto C. Sánchez, Paseo de la Reforma 116, México, D. F. 2. The owners are: Reader's Digest Latin America, Inc., 270 Park Avenue, New York 17, N. Y., DeWitt Wallace, Lila Acheson Wallace, Pleasantville, N. Y. 3. The known bondholders, mortgagees, and other security holders owning or holding 1 percent or more of total amount of bonds, mortgages, or other securities are: none. 4. Paragraphs 2 and 3 include, in cases where the stockholder appears upon the books of the company as trustee or in any other fiduciary relation, the name of the person or corporation for whom such trustee is acting; also the statements in the two paragraphs show the affiant's full knowledge and belief as to the circumstances and conditions under which stockholders and security holders who do not appear upon the books of the company as trustees, hold stock and securities in a capacity other than that of a bona fide owner. 5. The average number of copies of each issue of this publication sold or distributed, through the mails or otherwise, to paid subscribers during the 12 months preceding the date shown above was: 180.000 copies. Signed, Jorge Cárdenas, Editor. Sworn to and subscribed before me this eighteenth day of October, 1962. (Seal) D. H. Dinwoodie, Vice Consul of the United States of America, City of Mexico.



De la vida real

PASABA yo la otra tarde por delante de una juguetería cuando salió de allí una señora dando voces y con tanta precipitación que estuvo a punto de derribarme.

No sin trabajo conseguí librarla de los colmillos de un enorme mastín de juguete, que se aferraba a sus faldas y, cada vez que la dama trataba de sacudírselo, dejaba escapar un gruñido de una realidad impresionante. —A. R.

FRENTE a nuestra casa hubo un choque entre un camión y un automóvil particular conducido por una dama de edad mediana y aspecto bondadoso. Aunque el auto quedó averiado, no hubo desgracias personales que lamentar; mas viendo que la señora se hallaba bastante nerviosa, la invité a pasar a casa. Una vez que se hubo sosegado, me pidió permiso para llamar por telefóno.

—Mi marido y yo tenemos esta costumbre —me explicó—: cada vez que tengo un accidente, lo llamo. —J. M.

DURANTE las ceremonias de graduación de cierta escuela secundaria, los alumnos de último año se habían acomodado en el proscenio del salón bajo un gran cartel con el lema del colegio: "Adelante siempre, atrás nunca". Al finalizar el acto se tomó la tradicional fotografía. Cuál no sería el disgusto de todos los interesados cuando, al salir aqué-

lla, vieron que, sobre el conjunto de sonrientes alumnos, se leía claramente: "siempre atrás". —W. V. E.

El jornalero que habíamos tomado a nuestro servicio renqueaba y, a causa de ello, hacía sus tareas con gran lentitud. Como se negaba a consultar al médico le aconsejamos cuantos remedios se nos ocurrieron. Todo fue inútil. Poco después, lo vi aparecer cierta mañana sin dar muestra alguna de cojera aunque andando muy despacio, y le pregunté con qué se había curado.

—Pues le diré, señora —repuso— anoche me caí del granero y me lastimé la otra pierna... Y ¡caramba! ¡No puedo renquear con las dos! —D. B. P.

Me sentía muy ufano por haber ideado un método para envasar el producto de la empresa en que trabajaba, método que indudablemente le ahorraría mucho dinero. En casa, a la hora de la comida, seguía cavilando sobre mi genial ocurrencia. Mi mujer quiso saber en qué estaba pensando.

—He descubierto un modo de ahorrarle a la compañía miles de pesos —le dije con orgullo.

—¡Cómo! —exclamó ella—. ¿Has resuelto renunciar? —L. L. L.

Siempre que oigo murmurar a la gente, me acuerdo de un incidente que me sucedió recién llegado a Nueva York, donde era yo médico residente de un gran hospital.

Me habían llamado la atención los bonitos gorros que usaban las enfermeras y había pedido que me trajeran tres: uno para cada una de mis hijitas. Primero me trajeron uno solo, que dejé sobre la cómoda de mi habitación en el hospital. A la mañana siguiente la criada lo observó sospechosamente y me miró con indignación. Trascurridos algunos días recibí los otros dos gorros.

De ahí en adelante yo mismo tuve que hacer mi cama.

—Dr. Oscar Gavilano (Lima, Perú)

Mi padre, caballero de aspecto distinguido, se paseaba por uno de los pasillos de una gran tienda mientras esperaba a que mamá acabara de hacer sus compras. En eso se le acercó una dama ya entrada en años a preguntarle dónde podría encontrar determinado artículo para el hogar. Papá le explicó que él lo ignoraba, pues no era empleado del almacén.

Molesta, exclamó la señora: "Entonces ¿qué hace usted aquí con esos aires de saberlo todo?" —L. K. W.

Preguntábamos a mi padre, que pasa ya de la cincuentena y es hombre obeso y de calvicie incipiente, qué le agradaría como regalo de cumpleaños. Se volvió a mirar de soslayo a mi madre, que se hallaba entregada afanosamente a su labor, y repuso:

—Vaya, me gustaría una chica lindísima, como de 19 años, rubia, bien formadita y... y...

En tanto buscaba el adjetivo más apropiado, mi madre lo sacó bruscamente de sus sueños al apuntarle:

—¿Y ciega? —W. A. V.

El milagro de la sangre congelada

Ya los nuevos procedimientos de congelación convierten en realidad un viejo sueño de la ciencia médica: contar con una inagotable reserva de sangre del tipo adecuado, en el momento y el lugar en que se requiera.

Por J. D. Ratcliff

El procedimiento de la sangre congelada, destinado sin duda a figurar entre las principales hazañas de la investigación médica del siglo XX, en breve podrá ya aplicarse en gran escala. Actualmente, la sangre almacenada, tan indispensable y a menudo tan escasa, dura en buen estado solamente 21 días, después de los cuales o se arroja al desagüe o se utiliza como plasma. Gracias a los nuevos procedimientos de congelación instantánea, en adelante durará muchos años, siglos quizás, y tendrá probablemente más propiedades salvadoras que la sangre total misma.

Estos nuevos procedimientos habrán de ser de enormes beneficios para la humanidad. La mejor sangre con que una persona puede contar es la propia. Por el sistema de congelación, la persona que deba someterse a una operación quirúrgica importante, en que pudiera perder gran cantidad de sangre, podrá almacenar anticipadamente la suya propia para esa ocasión, o bien para algún caso de urgencia. Las personas que se han inscrito en el Hospital Naval de Chelsea, en Boston, para ser operadas en fecha posterior, están depositando su sangre desde ahora; de este modo podrán disponer de ella mientras dure la operación y después de ésta.

La sangre constituye uno de los medicamentos modernos más valiosos; sin embargo, rara vez se cuenta con una reserva suficiente para satisfacer la necesidad que hay de ella. Con frecuencia, la falta de un tipo determinado ha obligado a los cirujanos a aplazar una operación urgente. La escasez de sangre es

causa de que, en un fin de semana cualquiera, una serie de accidentes automovilísticos trastorne las disposiciones operatorias de un hospital.

La sangre congelada resuelve tales crisis. En vez de tener que depender, como hasta ahora, de un desfile de donadores que se prolonga durante todo el año, una sola campaña anual bastará para obtener la cantidad suficiente para doce meses o más. Con las reservas así acumuladas, siempre podrá disponerse de ciertos tipos raros del flúido, como el AB o el RH negativo, que sólo se encuentra en una persona de cada 160. Actualmente, cuando se necesitan aquellos tipos y no los hay a la mano, los hospitales suelen emplear la radio para solicitarlos... y a menudo la ayuda obtenida llega demasiado tarde.

Muchos creen que la sangre es una sustancia inerte, parecida a una sopa. En realidad, es un tejido viviente, de enorme complejidad y en extremo delicado, que contiene hasta 70 proteínas y diez sustancias que intervienen en la coagulación. Hasta hace apenas 15 años, la esperanza de congelar y almacenar sustancia tan compleja se consideraba remota; ciertamente, hasta 1949 se tenía la congelación por un método que destruía los valiosos glóbulos rojos, pues se formaban dentro de ellos cristales de hielo que perforaban sus sutilísimas paredes y dejaban escapar vitales componentes celulares. La trasformación del agua en hielo también era causa de que los glóbulos rojos se deshidratasen y, a medida que la formación de hielo avanzaba, las sales de la sangre se concentraban, lo que provocaba mortales trastornos químicos.

El problema parecía insoluble hasta que en el estudio de los criógenos (sustancias que producen descenso de la temperatura) se halló la solución. En estas investigaciones se llegó a un límite inferior aproximadamente de 273 grados C. bajo cero. En este fantástico mundo ocurren a veces cosas increíbles: el aire se congela y adquiere la solidez de la roca; algunos metales se vuelven tan quebradizos como el vidrio; la electricidad pasa por los alambres poco menos que sin hallar resistencia alguna; y la mayor parte de los procesos vitales se interrumpen y caen en un estado de animación suspendida.

Sometidos a temperaturas extremadamente bajas, muchos seres vivientes se convierten en criaturas potencialmente inmortales, según comprobó el Dr. Basile Luyet, sacerdote católico nacido en Suiza, que trabajó primero en el Instituto Rockefeller, más tarde en la Universidad de San Luis y actualmente colabora con la Fundación Norteamericana para Investigaciones Biológicas en Madison (Wisconsin). En tales temperaturas, los mohos, las bacterias y el tejido muscular se conservan durante períodos indefinidos para volver a la vida cuando se descongelan. Cosa más importante aún: en 1949 el Dr. Luyet descubrió que el 70 por ciento de los glóbulos rojos de la sangre de buey

sobrevivían a la congelación, siempre que la temperatura se hiciera bajar con suficiente rapidez.

Se observó, en efecto, que haciendo descender la temperatura a la vertiginosa velocidad de 110°C. por segundo, no se daba tiempo a la formación de los dañinos cristales*. El agua se "vitrificaba" y la sustancia vidriosa no dañaba las células. Los primeros investigadores fijaron el punto crítico de la temperatura en —130°C. Más abajo de este punto ya no pueden formarse cristales de hielo.

Con objeto de someter a la sangre a temperaturas tan bajas, se procedió a sumergir algunas muestras de ella en nitrógeno líquido a —196°C. Vistas al microscopio, las células así tratadas presentaban buen aspecto, mas ¿sobrevivirían y se conducirían normalmente en el organismo?

Para comprobarlo, se marcaron las células con cromato de sodio radiactivo. Luego se descongeló la sangre y se inyectó, en cantidad de una cucharada a cada uno, a estudiantes de medicina que se brindaron para ello, a varios laboratoristas y a los mismos investigadores. Pasadas 24 horas, se les extrajo una muestra y se analizó su radiactividad. Los resultados demostraron que, aunque la sangre llevase meses y hasta años de haber estado almacenada, aún sobrevivía alrededor del 85 por ciento de los glóbulos rojos. (Los bancos de sangre consideran aceptable el 70 por ciento.)

Congelar pequeñas cantidades de sangre es cosa bien sencilla, pero los hospitales necesitan litros. A pesar de las enormes dificultades de orden técnico que presentaba la congelación en grandes cantidades, la necesidad llevó a la invención de dos métodos, complementarios entre sí.

Uno de ellos lo perfeccionó la Compañía Linde, sucursal de la Union Carbide Corp., en sus laboratorios de Tonawanda (Nueva York). Por este método la sangre se pone en un recipiente de forma especial, conectado a un brazo oscilante, se sumerge en nitrógeno líquido y se agita. La temperatura de medio litro de sangre se hace descender en 45 segundos de la normal ambiente a —196°C. Las pruebas demostraron que el daño que sufrieron las células fue mínimo; del 80 al 85 por ciento de ellas sobrevivían 24 horas después de una trasfusión.

Para el descongelamiento, que es igualmente importante porque al ascender la temperatura y cruzar la zona crítica podrían formarse cristales de hielo, se sumerge el recipiente en agua tibia y se agita. La sangre, dura como piedra, se licúa en pocos segundos.

Por el otro método, los glóbulos rojos se extraen del plasma o líquido en que se hallan suspendidos y se congelan a —80°C. Para esto se necesitan aditivos químicos que protegen las células, principalmente glicerol, así como una centrífuga parecida a las desnatadoras de le-

*En las fábricas de alimentos congelados basta un descenso de 5,5°C. por minuto aproximadamente.

che. Con los procedimientos técnicos perfeccionados en los Estados Unidos y en otros países, se obtienen glóbulos rojos congelados, purificados y limpiamente envasados, que pueden mezclarse con sueroalbúmina pasterizada o con el plasma original.

Bajo la dirección del capitán Lewis Haynes, cirujano mayor del Hospital Naval de Chelsea, los médicos han administrado ya más de 3000 trasfusiones de ese flúido, que en parte llevaba hasta cinco años de congelado. Los resultados han sido realmente asombrosos. La sangre reconstituida, exenta de los elementos indeseables del plasma normal, no contiene residuos muertos ni proteínas extrañas que combatir, y hasta la fecha ha causado menos del dos por ciento de las molestias que provoca la sangre total fresca, tales como escalofríos y fiebre, urticaria y hemorragias.

"Esto significa que es posible inyectarla con tanta rapidez como se quiera", comenta el Dr. Haynes. "La trasfusión de medio litro tarda normalmente no menos de una hora; con la sangre reconstituida podemos hacerla en diez minutos. Con ello se releva a las enfermeras de la necesidad de permanecer de pie durante horas enteras mientras se administra una trasfusión".

Hasta ahora no se han presentado casos de edema pulmonar que pudieran atribuirse a una trasfusión demasiado rápida o a alguna reacción desconocida. Ni un solo caso de hepatitis sérica se ha producido entre los primeros 3500 pacientes, a pesar de que esta enfermedad es endémica entre los donadores de sangre. En cambio, dos enfermos, entre un grupo de 500, resultaron víctimas del mal en la ocasión en que, con el propósito de hacer un estudio comparativo, se hizo una mezcla de *plasma* y glóbulos rojos. Al parecer, en el nuevo procedimiento se halla presente algún factor que elimina o destruye el virus de la hepatitis sérica.

Esta sangre posee además otra singular ventaja, a saber, su ductilidad. Explica el Dr. Haynes:

"Puede prepararse especialmente para cada enfermo. Por ejemplo, en el caso de un diabético con acidosis, la sangre total normal aumentaría la acidez; a la reconstituida, en cambio, se le puede dar la alcalinidad que sea necesaria.

"En los casos de enfermedades del corazón y en todo tipo de operaciones quirúrgicas vasculares (de los vasos sanguíneos), la sangre congelada proporciona mayor seguridad, ya que carece de elementos coagulantes. Por otra parte, nada impide añadir éstos si así se desea; por ejemplo, cuando se trate de un caso de hemofilia. En los de anemia ofrece otra ventaja. La sangre total contiene alrededor de un 45 por ciento de glóbulos rojos; ahora, siempre que ello se requiera, tal cantidad puede hacerse llegar al 70 por ciento.

"Tal vez el mayor beneficio clínico se obtenga en los enfermos del riñón. Con sangre total se introdu

ce más potasio, lo que aumenta la intoxicación urémica, y el resultado suele ser mortal. En la actualidad es posible administrar la reconstituida casi exenta de potasio".

Existía hasta hace poco un grave inconveniente: el aparato para preparar este tipo de sangre resultaba muy costoso y complicado y su atención requería mucho tiempo. Hoy la compañía Arthur D. Little, de Cambridge (Massachusetts), ha inventado y está ensayando un equipo automático simplificado, provisto de un recipiente desechable de material plástico, en el cual se lleva la sangre hasta el punto de la trasfusión. Con este aparato deberá obtenerse una reducción en los costos (incluida la amortización del equipo en cinco años) de cerca de un 46 por ciento.

El Hospital Naval de Chelsea cuenta ya con un depósito de unas mil unidades, así como de diversos tipos raros de sangre. "Estoy formando una reserva de 10 de cada uno de éstos, que está a la disposición de cualquier persona en cualquier parte del mundo, gratuitamente, por conducto de la Asociación Estadounidense de Bancos de Sangre", dice el Dr. Haynes. "Nos llegan pedidos de todas partes y ya estamos en condiciones de despachar sangre congelada en un avión *jet* y hacerla llegar al enfermo en cuatro o seis horas".

Como la sangre congelada es ya una realidad, los hospitales no tienen por qué seguir temiendo los problemas que actualmente se presentan con alarmante regularidad. Ninguna nación tendrá que verse ante un posible desastre como el que sobrevino durante la guerra de Corea, cuando poco faltó para que se agotasen todas las reservas de sangre de que disponían los Estados Unidos a causa de la extraordinaria demanda que entonces se registró.

La expresión "sangre fría" ha tenido hasta ahora cierto ingrato sentido de crueldad y brutalidad, pero ya adquiere uno nuevo. De ahora en adelante podrá aplicarse también a una de las hazañas médicas más notables realizadas por el hombre.



En una subasta, todo es posible

Por James Stewart-Gordon

Condensado de "The Christian Science Monitor"

Cualquiera puede dejarse llevar del entusiasmo un poco más de la cuenta . . .

Un viajante de comercio pasaba en su automóvil por la calle principal de un pueblecito de Nueva Inglaterra cuando se vio obligado a detenerse a consecuencia de una obstrucción de tráfico. La gente, excitada, se dirigía al jardín de una elegante mansión de columnas blancas, donde se efectuaba una subasta pública. Un cartel anunciaba: "O. Rundle Gilbert, subastador". Picado por la curiosidad, el vendedor estacionó su auto y se mezcló con la muchedumbre, sin otra intención que ver y oír.

En ese momento se ofrecía un bote de remos con fondo de vidrio. Cualquier persona, según el pregonero, se sentiría orgullosa de poseerlo, pues podría admirar cómodamente los arrecifes de coral de Bermuda o de Pago-Pago.

—Construir ese bote —agregó Gilbert— cuesta cerca de 750 dó-

lares. ¿Quién ofrece 100?

Nadie respondió.

—¿Cincuenta dólares?

Prosiguió el silencio. En esto una voz dijo desde atrás:

—Cinco dólares.

Al punto el subastador inició la puja. Las ofertas se sucedieron: 7, 10, 11, 12 dólares. De pronto el viajante, asombrado al ver que objeto tan valioso despertaba tan poco interés, exclamó:

—¡Catorce dólares!

—¡Tengo catorce dólares! ... 14, a la una; 14, a las dos ... ¡Vendido! —gritó Gilbert.

Un instante después una muchacha se acercó al agente a pedirle los 14 dólares, y le ofreció un recibo.

—Puede usted retirar el bote en cualquier momento —le dijo.

Estupefacto, nuestro hombre murmuró:

—¡Un bote! ¿Para qué quiero yo un bote? Vivo en la cumbre de una colina y a 65 kilómetros del lago más próximo. Pujé sólo porque eso parecía una ganga...

Así son las subastas. Combinan elementos de drama teatral, de bolsa de valores y de búsqueda de oro. La estrella del espectáculo es, desde luego, el subastador. El rey de los pregoneros rurales en los Estados Unidos es Orville Rundle Gilbert, hombre de elevada estatura y aspecto bondadoso. Aunque recorre cada año el país, realiza la mayor parte de sus negocios en la zona de Nueva York y Nueva Inglaterra. Durante los últimos 34 años se ha dedicado a vender objetos familiares, joyas, prensas de imprimir, locomotoras y cuentas de vidrio por un importe de casi 50 millones de dólares.

El día de la subasta, Gilbert se levanta a las cinco de la mañana. Prueba su voz gritando a sus hijos, que cuentan de 16 a 27 años. Si la almoneda tiene lugar dentro de un radio de 150 kilómetros de su casa, en el estado de Nueva York, con ayuda de su familia y de 14 empleados carga en su camión sillas plegadizas, un sistema de altavoces, comida suficiente para 300 espectadores, y una tienda por si llueve. Con este equipo llega al lugar de la venta antes de las ocho de la mañana.

Si no ha hecho arreglos con alguna organización local para que se encargue de la distribución de alimentos, la señora de Gilbert y sus ayudantes se instalan en la cocina. El almuerzo desempeña un papel importante en toda subasta efectuada en la misma propiedad ya que, para evitar que el público se aleje del lugar, es menester darle de comer. *La pièce de résistance* del menú es un sabroso plato hecho al horno, llamado "espagueti de soltero", mezcla de carne picada, tocino, pimientos, espagueti, queso y salsa picante, receta que Gilbert aprendió a preparar en sus tiempos de soltero.

A eso de las diez comienza la función. Invariablemente, se vende primero la ropa de cama, lo cual revela en seguida a los ojos expertos de Gilbert si el público está o

no dispuesto a comprar. Cuando un juego de sábanas de hilo se vende a siete dólares, la cosa marcha bien, pero si no pasa de los cuatro, se presentarán dificultades.

Gilbert mezcla la sorpresa y el buen humor en su jerga de pregonero; sorpresa ante las asombrosas gangas que ofrece, y humorismo que parece surgir naturalmente del objeto en venta. (Los muebles antiguos, asegura a sus clientes, pueden reconocerse fácilmente porque, si se los destina a leña, arden con llama de un azul puro.)

Hasta las once de la mañana Gilbert vende lo que considera menos importante. Luego, ya roto el hielo, comienza a emplazar su artillería pesada. A las 12:30 anuncia un descanso de media hora para comer algo. Fortificado con "espagueti de soltero", sigue entonces azuzando progresivamente el entusiasmo del público, hasta lograr una culminación que, en los días buenos, sólo puede compararse por lo apasionante a la carrera de carros de *Ben Hur*.

Agudo conocedor de la sicología de las multitudes, Gilbert sabe cuándo insistir y cuándo distraer la tensión nerviosa. Si no está satisfecho con las pujas que despierta algún objeto de valor, probablemente detendrá la subasta para mirarlo, y decir en voz alta, como si hablara para su coleto: "Esta mesa tiene patas muy interesantes. En realidad, son como las de aquella mesa que vendí la semana pasada por 2000 dólares". Los presuntos compradores aprovechan esa oportunidad para tomar aliento y estudiar a sus adversarios, y luego vuelven a pujar con renovados bríos. Recientemente, en dos horas, entre la 1:30 y las 3:30, Gilbert subastó 85.000 dólares... ¡de pisapapeles!

Una vez en su plataforma, el subastador no sólo debe oír todas las ofertas, sino también cerciorarse de que comerciantes poco escrupulosos y personas a la pesca de gangas que luego revenden a los minoristas, no perturben a los otros compradores. Una de las tretas favoritas de ciertos individuos es aproximarse a un postor que evidentemente tiene mucho interés en un objeto, y decirle:

—No compita conmigo; sólo conseguirá hacer subir el precio. Déjeme comprarlo barato; luego le bastará con darme un par de dólares por el trabajo, y será suyo.

Si el interesado cae en la trampa, el individuo generalmente falta a su promesa, y el incauto tendrá que pagar doble para adquirir el objeto deseado, pues éste es el beneficio que generalmente percibe el revendedor.

Gilbert es un conocedor experto; sabe el precio de todo, desde brillantes a tapices orientales, y es capaz de predecir con un mínimo error lo que se obtendrá por casi cualquier artículo. Sin embargo, algunas veces se equivoca.

En Manchester, Vermont, una viuda anciana necesitaba dinero urgentemente para ingresar en una clínica. Decidió subastar sus únicos bienes, que eran los muebles de su

casa. Llamó a Gilbert y éste, después de examinarlos, calculó que no podrían venderse en más de 10.000 dólares, o sea la mitad de la suma que la viuda necesitaba; pero no había contado con los vecinos que, comprendiendo lo que significaba la venta para la anciana, doblaron las pujas, de modo que en lugar de lo previsto, el subastador pudo entregarle un cheque por 37.000 dólares, más que suficiente para vivir el resto de sus días.

Gilbert cobra el 20 por ciento de las ventas por efectuar una subasta. De este porcentaje salen los sueldos de sus ayudantes, los anuncios que inserta en varias revistas de antigüedades, y los folletos y catálogos (impresos en una prensa que él mismo compró en una almoneda) que reparte entre sus 25.000 clientes fijos.

Lo interesante de las subastas es que a veces ocurren en ellas las cosas más insólitas. La otra tarde asistí a una, también dirigida por Gilbert, que se hacía en beneficio de una sociedad histórica regional. Cuando llegué, muchas personas ya habían comprado. Un caballero con sombrero de anchas alas sujetaba un caballo dorado con un reloj en el flanco. Una mujer con un perrito tenía frente a ella una mecedora de mimbre llena de latas de leche convertidas en lámparas, una estatua de bronce que representaba un pez comiéndose a otro, y un cuadro al pastel de una joven con la falda agitada por el aire, que se titulaba: "Lo que trajo el viento".

Al principio decidí limitarme a mirar, mas pronto la emoción de la subasta se apoderó de mí, y cuando apareció un pequeño caballo chino de loza, pujé. De pronto me lo adjudicaron por 12,50 dólares. Al cabo de pocos minutos apareció a mi lado un revendedor. "Me retrasé, y llegué demasiado tarde para pujar", me susurró. Tomó el caballo y lo examinó; luego me dijo:

—Un cliente mío se pirra por los caballos. Le daré a usted 20 dólares por él para compensarlo por el tiempo que ha perdido.

No quise aceptar y sacudí la cabeza negativamente.

—Oiga usted —insistió el revendedor—. Mi cliente realmente se vuelve loco con estas chucherías... Le ofrezco 100 dólares por el caballito.

Al oír semejante cosa, me di cuenta de que por algún milagro había comprado un objeto de raro mérito, y salí de la subasta como si tuviera alas en los pies.

Al día siguiente descubrí que, en efecto, había adquirido algo excepcional. Se trataba de un caballo funerario de la dinastía Tang, hecho alrededor del año 700, y cuyo valor llegaría probablemente a los 700 dólares. Naturalmente, esto fue sólo un golpe de suerte de principiante. ¡Y pensar que de haber llegado antes a la subasta, acaso me hubiera convertido también en el orgulloso propietario del cuadro al pastel de la joven con la falda acariciada por el viento!

El arte de ser comprensivos

Los que han nacido con él entran en la vida dueños de un gran don y los que lo adquieren con su esfuerzo encuentran en el propio aprendizaje su mejor premio

POR MURIEL ANDERSON • *Condensado de "Together"*



AL EVOCAR mi infancia en un pueblo, me ha venido la idea de que los chicos de entonces les dábamos cien vueltas a los sicólogos modernos.

Podíamos decir en dos segundos exactos cuáles eran, en la manzana donde vivíamos, las personas poseedoras de más "empatía" ¡y ni siquiera conocíamos la palabra! Muchas otras cosas sabíamos. Por ejemplo, cuáles entre los ricachones del pueblo amaban su dinero y cuáles querían más a su familia. Distinguíamos a las solteronas que sufrían de egoísmo crónico y soledad de las que vivían una existencia de generosa actividad y estiraban las horas como si fueran de caucho para atender a la iglesia, a los enfermos, a los hijos de los vecinos y a su propio jardín.

También habríamos sabido recitar los nombres de las madres buenas y "las no tan buenas", para lo cual teníamos nuestras reglas infalibles. Las buenas eran las que quitaban cualquier pena con un beso, preparaban fiestas y paseos campestres para la familia, no tenían inconveniente en suspender el fregado de un piso para ver la primera golondrina o el primer copo de nieve de la estación, iban a vernos representar en la fiesta escolar, y sonreían, no sólo con la boca sino también con los ojos, cuando uno les daba un ramillete de florecillas silvestres.

En nuestro pueblo conocíamos a las que les gustaba hacer dulces y la clase de dulces que cada una hacía. Estas señoras eran generalmente las mismas que caían en la cuenta de que nuestros padres nos habían regalado un par de patines y tenían tiempo para pararse en la puerta y dirigirnos una palabra de aliento cuando dábamos, tambaleantes, la primera vuelta a la manzana.

Eran asimismo las que advertían en seguida cuando llevábamos zapatos nuevos o se nos había caído un diente; y si las encontrábamos en la tienda solían decir a la anciana propietaria:

—... y tal vez encuentre usted algún caramelo para mis amiguitos.

Al empezar a ir a la escuela de párvulos ya sabíamos a quiénes se podía hablar: las personas que comprendían cuando nos había llegado un hermanito, o había muerto el abuelo, o mamá tenía que ir al hospital. Nos daban refrescos en verano y chocolate caliente en invierno, escuchaban cuando hablábamos de nuestros problemas y nos dirigían cariñosas palabras de aliento.

Los chicos sabíamos también distinguir a las mejores maestras de nuestra escuela. No habríamos comprendido lo que significaba "consagradas a su misión", pero, eso sí, podíamos señalar a las que sonreían cuando nos ayudaban a quitarnos o ponernos los chanclos y las que nos enseñaban a hacer tarjetas postales propias para felicitar a mamá o a papá en su cumpleaños, en vez de las que se hacían con cartulinas y letras preparadas. Eran las maestras que de verdad querían a la escuela y nos querían a nosotros. No teníamos edad suficiente para comprender a las otras, las que hacían tiempo en nuestra escuela a la espera de ir a la ciudad en busca de mejor sueldo, de matrimonio o de un título universitario, o que tenían agriado el carácter porque las circunstancias les habían resultado adversas. Todo lo que sabíamos era que algunas maestras hacían que nos sintiéramos buenos y que brillase el sol hasta en los días nublados.

Supongo que tampoco habríamos comprendido entonces, aunque nos lo hubiesen dicho, que algunas personas nacen con el don de interesarse por los demás, tal como las que nacen con disposición para las artes o para la música, en tanto que para otras es una cualidad que debe adquirirse.

Las que han nacido con ella entran en la vida dueñas de un gran don, y las que la adquieren con su esfuerzo encuentran en el propio aprendizaje su mejor premio. Algunas lo aprenden después de sufrir una tragedia o de pasar por un largo y sincero examen de conciencia que las sacude desde la raíz. Esta sacudida puede despertar un talento dormido: el de interesarse realmente por los demás, la capacidad de querer comprenderlos y de compenetrarse con su vida y su porvenir.

Hoy comprendo todo eso, pero tampoco ahora necesito la explicación de los sicólogos. Conozco a los que se interesan por los demás y me siento atraída por ellos igual que en el pequeño pueblo donde me crié. Sé distinguir inmediatamente al que podrá darme aliento, dar más luz al día en que le veo, hacer que me sienta más feliz con sólo pasar unos minutos en su compañía: es siempre un hombre o una mujer que domina el hermoso arte de interesarse por los demás.


salud y bienestar con...
agua mineral envasada en Mendoza
Exquisita, digestiva, diurética
bacteriológicamente pura
AGUA MINERAL
Villavicencio
VILLA TONIC
INDIAN TONIC DE
AGUA MINERAL VILLAVICENCIO
TEAM

Excursión a la encantadora tierra de la cerveza, de la bicicleta y de las muchachas hermosas.

DINAMARCA, reino feliz

POR JAMES STEWART-GORDON

HISTÓRICAMENTE, Dinamarca es uno de los reinos más viejos de Europa. Fue fundado hace mil años por el rey Gormón el Viejo, padre de Haraldo VI, cuyo hijo, Suenón I, conquistó a Inglaterra. El rey Canuto II el Grande, hijo de Suenón, consolidó la conquista . . . aunque corrió con menos suerte cuando quiso aplacar las olas del mar del Norte.*

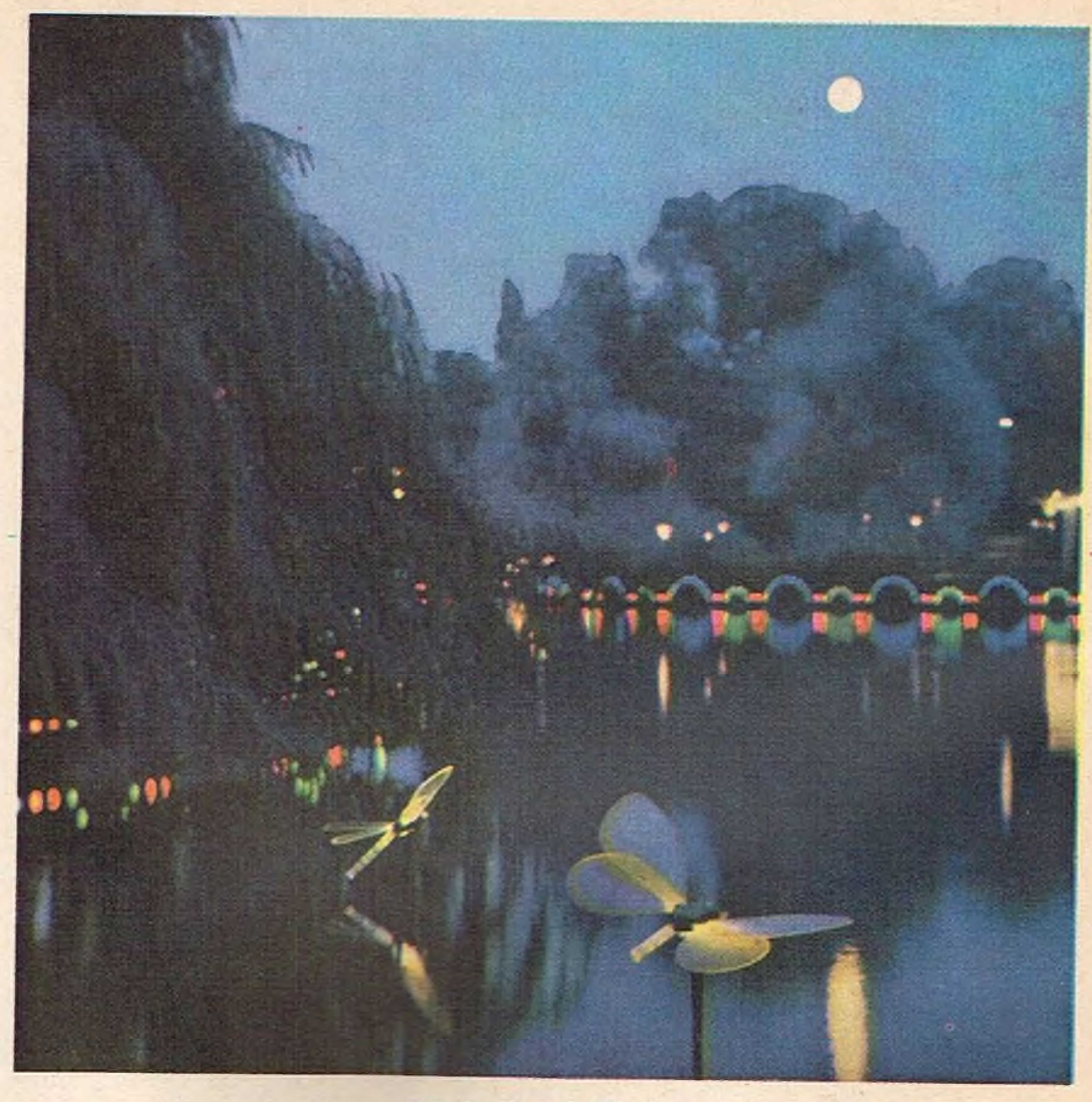
Hoy Dinamarca es una nación próspera, rebosante de cerveza, de bicicletas y de bellas muchachas que fuman cigarros puros. Es un reino romántico de vals que recuerda la antigua Viena, y no puede uno sustraerse a la sensación de que en alguna parte hay una enorme llave con que se da cuerda a la nación como si fuera una caja de música.

Dinamarca casi no posee recursos naturales, pero sus 4.650.000 habitantes se las arreglan para vivir dichosa y confortablemente. Sus robustos cerdos tienen fama en todo el mundo, sus cervezas deleitan a muchos países, y los daneses son expertos en la conversión de importaciones como la teca en exportaciones tales como muebles; o de barras de plata en alhajas; o de acero en buques.

El gran recurso natural del país es intangible: el verano, que lo envuelve como efusivo abrazo. En París o Ginebra el tiempo bien puede ser tan cálido y el aire tan suave como lo son en Dinamarca, pero se encuentra ésta con el estío y capitula; y quien lo haya experimentado jamás podrá olvidarlo.

El verano comienza no el día que señala el calendario, sino el primero

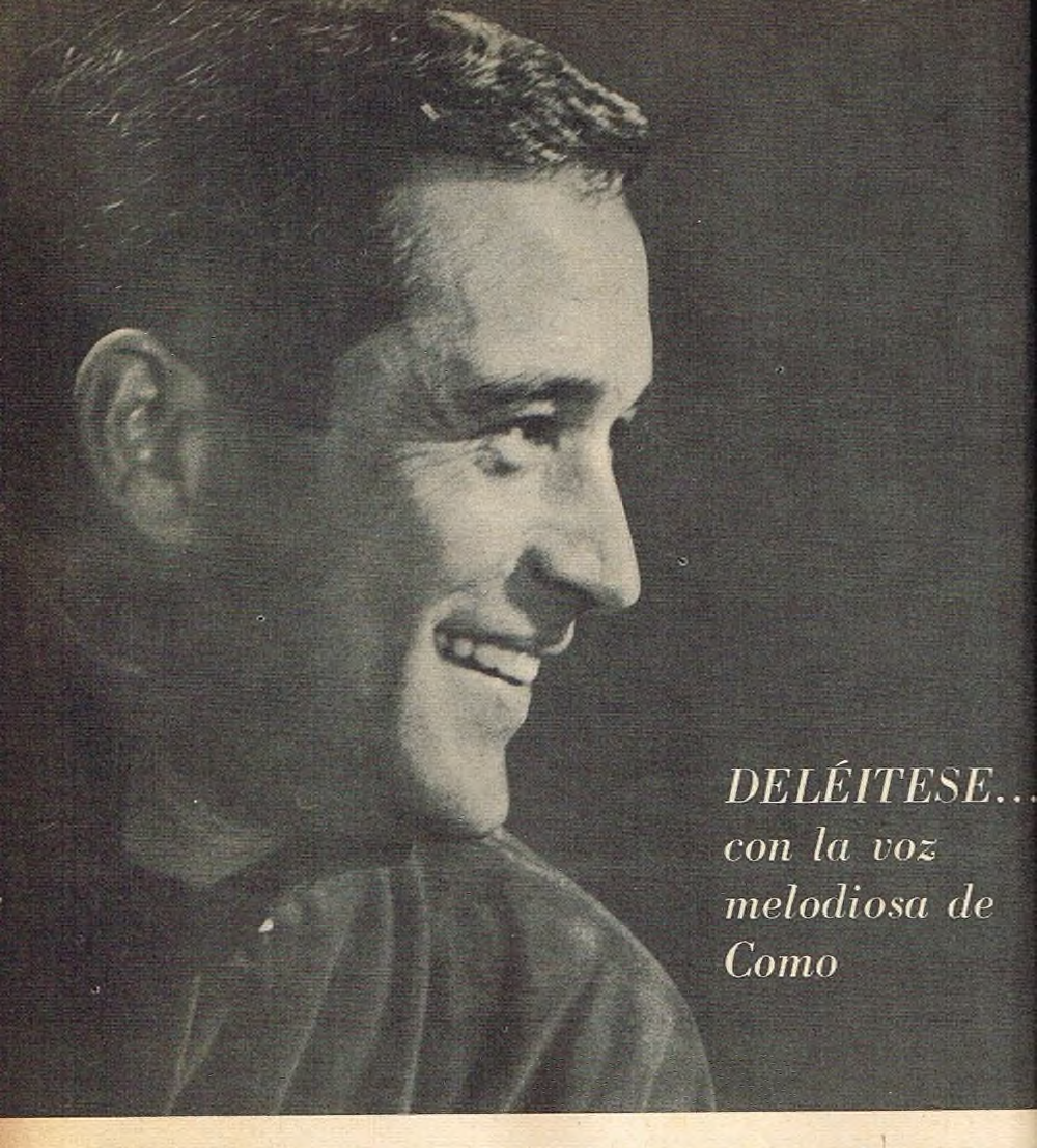
* El historiador Enrique de Huntingdon (*circa* 1130) cuenta que el rey Canuto, deseoso de censurar en sus cortesanos la inclinación a la lisonja, les hizo ver que las olas se negaban a acatar sus reales órdenes. (N. de la R.)



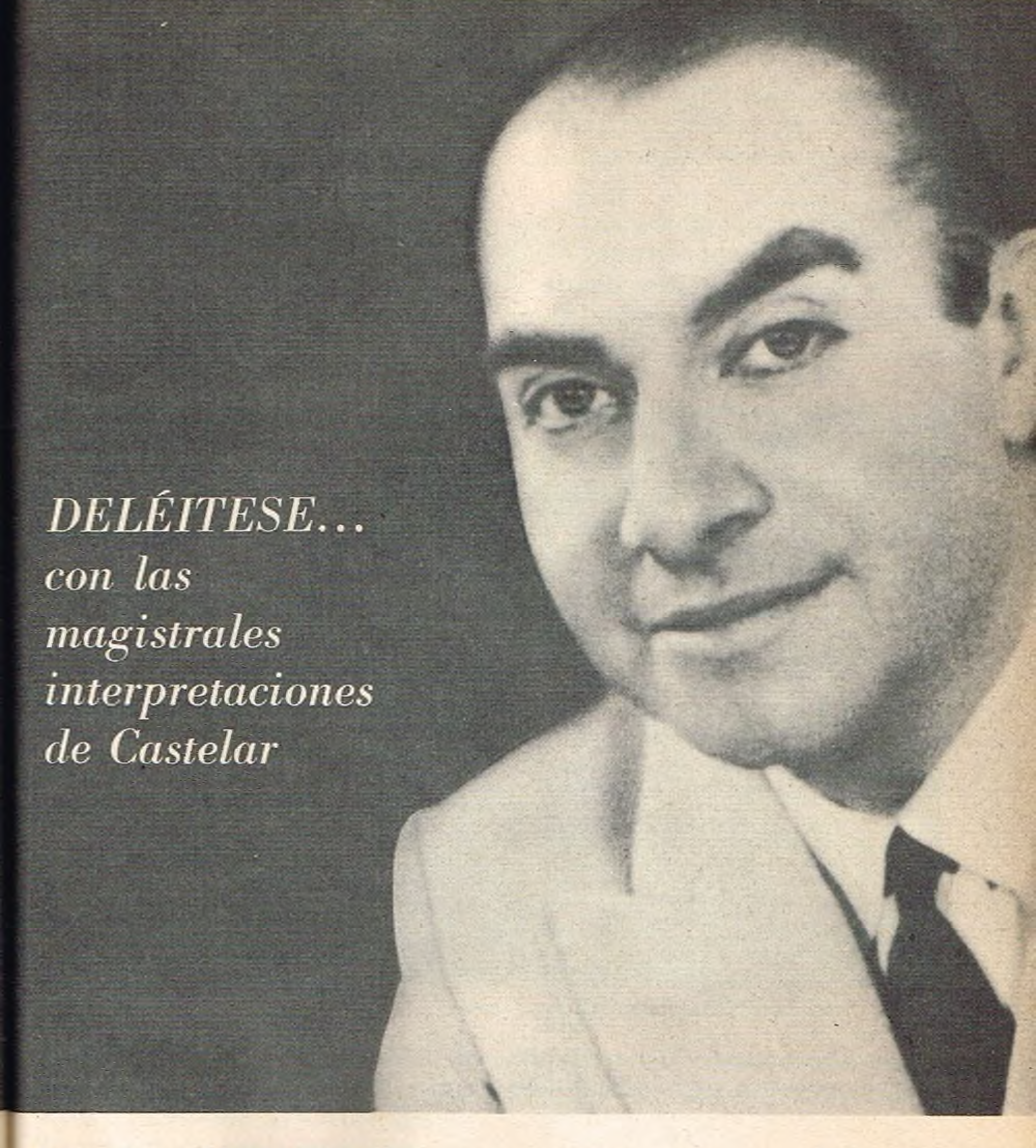
Los jardines de Tívoli

de mayo, día en que se abren los jardines de Tívoli, parque de siete hectáreas y media en el corazón de Copenhague. Tiene restaurantes, salas de diversiones, cafés cantantes, pantomimas, estatuas, montañas rusas, artistas que pintan el retrato del visitante en un santiamén, fuegos artificiales, lagos, millones de luces y una caseta donde uno puede dedicarse a romper platos.

Esta caseta es una clara demostración del espíritu práctico de los daneses combinado con su característica prodigalidad. Uno de los grandes orgullos de Dinamarca es la Real Fábrica de Porcelana de Copenhague. No se permite la venta de plato alguno de los fabricados allí si tiene la más leve imperfección. Las piezas que se retiran del comercio se llevan al Tívoli, donde se usan como blanco en el tiro de pelotas de madera, al precio de cinco tiros por



Las estrellas más famosas y los má grandes artistas del maravilloso mun do de la música ... son *suyos* en lo


DELÉITESE...
con las
magistrales
interpretaciones
de Castelar

una corona, pues en Dinamarca es artículo de fe que todo el mundo acaricia un secreto anhelo de romper platos.

Más de cuatro millones de almas visitan el Tívoli anualmente. Walt Disney rindió significativo homenaje a los jardines durante una visita que hizo a Dinamarca. Después de recorrerlos, declaró: "Yo creía que Disneylandia era algo único, pero acabo de ver el original de mi parque".



Las cosas buenas de la vida son danesas

Cerca de la cuarta parte de la población danesa vive en Copenhague, nombre que significa *puerto comercial*, pues durante siglos fue el emporio del tráfico entre el sur y el norte de Europa. Como consecuencia de los matrimonios entre gente de distintas razas a que dio lugar este tráfico, los daneses, a diferencia de otros escandinavos, no son particularmente rubios. Otro resultado es que son cosmopolitas en su modo de ser y de pensar.

Copenhague ha sido llamado "el París del Norte", aunque hay una diferencia fundamental, y es que en Dinamarca la cerveza suplanta al vino. Así como los franceses conocen de vinos, los daneses conocen de cervezas. Las hay para niños, para el desayuno, para tomar con tentempiés y para después de la cena. Las fuentes principales de esta abundante diversidad son las grandes cervecerías de Tuborg y Carlsberg, que proveen no sólo a Dinamarca sino también a gran parte del mundo.

Las utilidades de la de Carlsberg, por disposición de sus propietarios, I. C. y Carl Jacobsen, ya fallecidos, se destinan al fomento de las ciencias y las artes. La compañía envía expediciones a la Antártida, realiza investigaciones sobre el cáncer y el átomo, y ha reunido la colección más grande de pintura francesa moderna que hay fuera de Francia.

Además de su afición a la cerveza, el danés siente vehemente pasión por la comida. Se han escrito poemas y sinfonías sobre temas sin duda menos significativos que la brega

Gelatinas
Royal

...tan fáciles de hacer!

Más rápidas y económicas ¡imposible!
Postres de Gelatinas Royal,
se preparan sólo con agua.
Con todo el sabor de la fruta fresca,
convienen a chicos y grandes
por livianitas y nutritivas.

en 5 gustos: naranja - limón -
frutilla - manzana - cereza
1 paquete rinde 4 porciones



a brazo partido a que el danés se entrega a la hora de comer. El desayuno consta de café, cuatro o cinco clases de pan, montañas de mantequilla, torres de quesos, lagos de mermelada y continentes de pastelería danesa. Acorazado así contra la inanición, el danés se reprime hasta la hora del almuerzo, en que toma su *smørebrød*: una inmensa colección de carnes frías y calientes, pescados y quesos de interminable variedad; apilado todo ello en rebanadas de pan y bañado con las cervezas adecuadas. La cena es una comida en que todos los platos se llenan por lo menos dos veces con asados, pescados y caza silvestre. El Servicio Danés de Información, tomando nota de esta afluencia gastronómica, dice: "La leyenda de que los daneses comen demasiado nace del hecho de que, en efecto, comen demasiado".

Por su magnitud e industrialización, Copenhague domina a Dinamarca, que sigue siendo básicamente un país agrícola, exportador de cantidades enormes de jamón, tocino entreverado, mantequilla, huevos y toda clase de pescados y mariscos. El triunfo de la industria danesa es incuestionablemente el puerco. No sólo hay casi dos cerdos por habitante, sino que se ha logrado darles las formas más absurdas, hasta la de una especie de pirámide, para que en su mayor corpulencia produzcan más tocino.

Aunque los daneses muestran gran seriedad de propósitos en lo que se refiere a los puercos y la

cerveza, en todo lo demás se manifiesta su buen humor. Los irónicos comentarios del humorista-músico Víctor Borge en los momentos en que no está tocando el piano se acercan más que ninguna otra cosa a la expresión del espíritu danés. Cierta vez en que le pidieron que tocase el himno nacional de Dinamarca, se sentó al piano, tocó un par de compases y, volviéndose en seguida al público, miró alrededor de la sala, se encogió de hombros y exclamó: "Como somos un país muy pequeño, tenemos un himno muy corto".

El país podrá ser pequeño (tiene una extensión de 43.000 kilómetros cuadrados), pero su grandeza de corazón no se puede medir en tales términos.

Durante la ocupación nazi, en la segunda guerra mundial, los alemanes dieron órdenes de que no se volviera a izar la enseña danesa. El rey Cristián, padre del actual soberano, dijo al comandante alemán:

—Antes de diez segundos un soldado enarbolará el pabellón danés.

—Fusilaremos a ese soldado —replicó el alemán.

—Ese soldado soy yo —declaró el soberano.

Y la bandera de Dinamarca fue izada e izada permaneció.

Dinamarca es una monarquía constitucional desde 1849, y hay entre la familia real y el pueblo una compenetración profunda y un respeto recíproco. El Rey está casado con una princesa sueca y tie-

nen tres hijas, una de las cuales, Margarita, deberá sucederle en el trono.

Lo mismo que en los otros países escandinavos, la legislación social danesa establece la asistencia a la vejez y atención médica y hospitalización gratuitas, sin que por ello se hayan impuesto al capital privado ruinosas cargas fiscales.

En consonancia con su interés en la salud del país, la medicina danesa viene haciendo una larga guerra al consumo de cigarrillos. Esto ha llevado a la teoría de que fumar puros es menos nocivo y debe estimularse tanto entre los hombres como entre las mujeres. Un anuncio de cigarros muestra una escena de perfecta armonía matrimonial: el padre y la madre encendiendo sendos tabacos puros con el mismo fósforo.

Cualquier semejanza que Dinamarca pueda tener con el resto del mundo desaparece al oscurecer, cuando se encienden las luces de Copenhague. Entonces fulguran en el cielo los fuegos de artificio del Tívoli y la resplandeciente torre de la Cervecería de Carlsberg brilla como gigantesco rubí. Cuando uno pasa ante algún café al aire libre, gente perfectamente extraña busca su mirada, le sonríe, levanta su copa y exclama *"¡Skoal!"* Los transeúntes lo saludan con inclinaciones de cabeza y de pronto se siente uno como un personaje de opereta.

Cierta noche, después de haberse cerrado los jardines de Tívoli, iba yo por la calle cuando de repente me sentí invadido de un irresistible impulso de entonar la canción predilecta de Copenhague.

Comencé. Detrás de mí las voces de dos desconocidos, un hombre y una mujer, se unieron a la mía. Cuando me alcanzaron nos cogimos los tres del brazo y, llevando el paso, continuamos calle adelante. En esto, dos trabajadores que reparaban el adoquinado de la calle a la luz de unas linternas se levantaron y sumaron sus voces a las nuestras. Y entonces todos juntos entonamos la alabanza de esta maravillosa Copenhague.



El año pasado, como todos los años, la reina Isabel asistió a la tradicional ceremonia de la jura de bandera, en Londres. En el momento en que entraba en la plaza de armas, el reloj de la Guardia de Caballería daba las sonoras campanadas de las once de la mañana. En realidad, venía con dos minutos y diez segundos de retraso; pero para perpetuar la ficción de que la Reina nunca llega tarde, un relojero experto se había subido a la torre, donde contuvo con las manos una gran rueda motriz de un metro de diámetro, hasta el instante en que la jaca alazana de la Reina sentó el casco en la plaza de armas.

— *Newsweek*

La basura puede ser oro

Una de las mayores preocupaciones de toda población es: ¿qué hacer con la basura? He aquí por fin dos soluciones prácticas . . . y bien olientes.

Por Wolfgang Langewiesche
en colaboración con Elizabeth Land

En San Fernando, suburbio de Los Ángeles (California), existe una fábrica singular que convierte en oro la basura: en un abono muy solicitado por jardineros, viveros y clubs campestres. Se trata de un abono con aspecto de musgo de pantano, que huele a mantillo, es limpio y se puede manejar sin repugnancia.

A todo esto, en Sacramento, población también de California, otra fábrica se ocupa en hacer de la basura algo muy semejante, pero usando máquinas inventadas en Dinamarca. Esta fábrica aún no ha vendido al público mucho de su producto, porque uno de sus accionistas, A. T. Olson, contratista y ganadero de Sacramento, emplea la mayor parte del abono en cierto experimento que lleva a cabo en una gran extensión de terreno que fue dragado en un tiempo por buscadores de oro. Esta clase de empresa minera convierte un pedazo de tierra en un desierto de grava que puede permanecer estéril por varios siglos. Olson extiende sobre la grava su mantillo de basura y desperdicios y lo mezcla mediante una grada de discos; gracias a ello está convirtiendo el predio en dehesas y en sembrados de cereales.

Cerca de cien de las máquinas danesas están ya en funcionamiento en Alemania, Francia, Israel, el Japón y otros países, así como también en la propia Dinamarca. Por tanto, existen actualmente dos procedimientos de trasformar los desperdicios en algo valioso, lo cual significa que la enorme tarea de

deshacerse de la basura será de ahora en adelante una labor lucrativa. Pero lo más importante es que el nuevo abono contribuirá a renovar en el mundo la tierra cultivable.

En los Estados Unidos, la idea inicial provino de una mujer. Al terminar la segunda guerra mundial, Norman Pierson y su esposa, estando en su casa de Ardmore (Oklahoma), discutían sus planes para el porvenir. Pierson era ingeniero aeronáutico, pero estaba ya cansado de correr mundo en avión. Sentía profundo apego a la tierra y quería dedicarse a la agricultura o hacer algo que tuviese relación con ella.

De esto hablaban los Pierson cuando llegó el camión encargado de recoger la basura. El fuerte viento que soplaba esparció papeles y desperdicios por la calzada que daba acceso al garaje. La señora Pierson había visto que esto sucedía con frecuencia y, medio disgustada y medio en broma, exclamó: "¿Por qué no haces algo que acabe con todas estas molestias que nos causa la basura?"

Hay cierta relación entre la basura y la tierra. De por sí, la naturaleza permite que la vegetación decaiga y que, ya muerta, permanezca en el mismo sitio donde se desarrolló; finalmente los desechos se convierten en parte de la propia tierra. En cambio, el hombre toma millones de toneladas de productos vegetales y los convierte en desperdicios. ¿No sería posible devolver al suelo esos desperdicios de forma que cumpliesen los designios de la naturaleza?

Pierson siguió al camión hasta llegar al muladar de la ciudad, y allí vio otro aspecto aun peor del caos que la basura constituye. Aunque sólo sea para amontonarla en un solar, como hacen muchas poblaciones pequeñas, se requiere una extensión de terreno considerable. El muladar se convierte en criadero de moscas y de ratas; despide vapores deletéreos y olores mefíticos e incuba enfermedades. Algunas ciudades arrojan al mar los desperdicios, pero la primera tempestad vuelve a traerlos a las playas. Otras queman la basura, y si bien un incinerador de grandes dimensiones la quema verdaderamente y sin producir humo, tal instalación puede costar de uno a dos millones de dólares y a veces contribuir a llenar el aire de impurezas.

¿Por qué no hacer algo útil de esta vil plétora de desechos en descomposición? Pierson se dedicó con todo empeño a la solución del problema. Sabía que la materia orgánica se descompone de dos maneras, y que ambas son obra de las bacterias. Donde el aire circula sin dificultad, cierta clase de bacterias entra en acción y la descomposición que resulta es limpia e inodora, como sucede, por ejemplo, con los residuos del césped podado, y la manera como ciertos pequeños animales muertos se pudren en el bosque. Mas donde no penetra el aire, se multiplican otras clases de bacterias que producen malos olores; como

sucede con el recipiente de la basura que quede por largo tiempo sin vaciar. El problema de Pierson, por consiguiente, consistía en lograr que la bazofia se descompusiera con abundancia de aire.

Así pues, estableció en Ardmore un servicio de recolección de basura. Apilaba los desperdicios en hileras, como si fueran heno, y los volteaba de cuando en cuando con una máquina de vertedera. Pero no tuvo éxito. El sistema criaba ratas y moscas, dejaba muchos recovecos faltos de aire, en los que se producían vapores malolientes, y pasaban varios meses antes de que la basura se convirtiera en abono. Entre tanto, ésta seguía llegando y resultaba un problema hallar dónde apilarla. Pronto comprendió Pierson que era necesario disponer de medios mecánicos para desmenuzar y airear los desechos, como también que, a fin de acelerar el proceso bacteriano, éste tendría que efectuarse bajo techo y en determinadas condiciones.

Pierson necesitaba capital para comprar camiones, una concesión a largo plazo, y ayuda de toda especie. Pero el ayuntamiento de Ardmore no se mostró interesado en el asunto, y Pierson abandonó su empresa y volvió a la escuela. Tenía a la sazón 35 años. En la Universidad del Estado, en Norman (Oklahoma), conoció a Howard Furlow, que seguía estudios superiores de sicología y era, como Pierson, amante de la agricultura. Furlow le contó de un maravilloso abono que había inventado, y Pierson, recordando las pilas de basura que había abandonado, puso a su disposición hasta 70 toneladas. Llegaron a un acuerdo y se hicieron socios.

Pierson se dirigió entonces al ayuntamiento de Norman y explicó sus intenciones. Oyendo a este extraño joven que sólo pedía grandes cantidades de basura fresca, el ayuntamiento declaró: "No le permitiremos que produzca polvo, humo ni olores; pero puede disponer de 12 hectáreas de nuestro basurero para que haga allí lo que pueda".

Al cabo de varios años de trabajo, Pierson y Furlow construyeron su primera pequeña fábrica y fundaron una compañía: Naturizer, Inc. Vendieron acciones, apoyados más que nada por el vigor de sus convicciones. Con frecuencia trabajaron sin sueldo, o por lo suficiente apenas para sostener a sus familias, y no tardaron en consumir en la empresa medio millón de dólares... ajenos en su mayor parte. No obstante, comenzaron a producir el abono con regularidad y a venderlo a razón de 15 dólares la tonelada. Al principio, el público lo compraba por sacos, pues resultaba provechoso para sus flores y hortalizas, mas pronto comenzó a adquirirlo por carretadas. ¡La cosa marchaba!

He aquí el procedimiento: La basura se introduce primero en una máquina que la desmenuza y la mezcla. En tanto que el ama de casa se preocupa por envolver cuidadosamente los desperdicios, la máquina procede a despedazarlos.

La máquina se encarga también de empaparlo todo en agua y pasarlo a una trituradora que lo hace trizas. Esta operación es esencial para exponer a la acción de las bacterias una superficie mayor.

La basura, sin embargo, es algo terrible de moler. Todo va a parar en ella tarde o temprano: cuadros de bicicleta, libros, animales muertos, clavos, bombillas eléctricas, juguetes, herramientas, motores, pinturas, colchones, ladrillos, alambre, ropas... todo, en fin.

Antes de triturar la basura, es fácil sacar de entre ella los objetos metálicos de gran tamaño y los neumáticos de automóvil para venderlos por lo que puedan valer; en todo caso, Pierson llegó a la conclusión de que tendría que proyectar y construir su propia trituradora... de suficiente potencia para moler cuanto pueda encontrarse en la basura.

Una vez molida la basura, la mezcla mojada pasa por trasportadores a la parte superior del edificio, donde hay seis enormes tolvas, en cada una de las cuales reposa la basura durante 24 horas. Allí bacterias, hongos y mohos se ponen a la obra. Se opera un cambio en el olor, que ahora se asemeja al de la levadura; un nuevo cambio sucede al primero. El olor no resulta desagradable. Al propio tiempo, la masa comienza a calentarse, con el bacteriano calor que en los almiares húmedos es causa de combustión espontánea. Pero aquí el calor bacteriano está regulado y se conserva

entre los 60 y 75 grados centígrados. Esto higieniza la basura y acelera su descomposición para convertirla en abono.

Al cabo de tres días, la mezcla pasa de nuevo por una desmenuzadora. Para entonces incluso la madera está tan descompuesta por los hongos que se desmenuza fácilmente. En seis días todo se ha convertido en abono, y resulta imposible determinar lo que antes fuera cada uno de sus componentes, salvo en el caso de algunas minúsculas virutas de material plástico. Huele ligeramente a mantillo, lo cual no es de sorprender, porque, según Furlow, la basura ha sido sometida al mismo proceso a que la somete la naturaleza.

A este punto habían llegado los empresarios de Naturizer cuando descubrieron la existencia del sistema danés: ¡la fábrica de Sacramento y las demás del extranjero! El golpe fue duro: después de tantos esfuerzos ¿habían inventado acaso algo que ya existía? Pero se halló que los dos sistemas no tenían en común sino el básico proceso bacteriano. He aquí un buen ejemplo de lo que puede lograr el esfuerzo múltiple: dos diferentes grupos de inventores resuelven el mismo problema de dos maneras distintas, y con ello el mundo sale ganando.

El aparato llamado Dano Bio-Stabilizer del sistema danés, parece una enorme hormigonera: es un tambor de 30 metros de largo por 3,5 de diámetro que gira lentamente día y noche. Aquí también,



"AL ESTE DEL PARAISO"

Steinbeck

NOBEL DE LITERATURA 1962

descontentos"

"LOS DESCONTENTOS" es una obra maestra con pasajes de crudo realismo, un trabajo avasallador, perturbante, en el que Steinbeck ataca sin clemencia, algunas de las más falsas actitudes respecto a la honestidad y el éxito.

Los aterradores fingimientos de una sociedad de individuos bien nacidos y adinerados; respaldados por larga tradición integrada por hombres envilecidos, sin escrúpulos, carentes de toda decencia y mujeres particularmente conmovedoras. UN SERIO PROBLEMA SOCIAL QUE A TODOS INTERESA, desmenuzado valientemente y relatado con la habilidad, sentimiento y calidad humana, que es característica excepcional de todo trabajo literario de John Steinbeck.



Lea y Juzgue!

ENVIE ESTE CUPON AHORA MISMO

CIRCULO LITERARIO - Lavalle 1454 - T.E. 40-36

Sírvanse anotarme como suscriptor del Circu Literario y enviarme como mi primera Selecci "LOS DESCONTENTOS" por John Steinbec por el cual abonaré $ 198.-

Nombre..........

Calle y No..........

Localidad.......... F. C..........

Firma.......... T. E..........



NUEVO

Kolynos AZUL con FLUORURO

"¡Tac!... ¡Tac!..." Claro. Ella puede permitírselo... ¡Su dentadura es sana! ¡Sus dientes lucen limpios, lindos, brillantes!... gracias a una buena higiene dental. Haga como ella. Cuide la belleza de sus dientes... Cepíllelos diariamente con el NUEVO KOLYNOS AZUL, que contiene FLUORURO.

Kolynos AZUL
Kolynos
CON FLUORURO

SOLO SU DENTISTA PUEDE CUIDAR MEJOR SUS DIENTES.

la basura primero se muele, luego se mezcla, se pica y se humedece; también aquí se produce calor bacteriano. Pero en la instalación Dano de Sacramento, el producto final está listo en sólo 24 horas. Ya para entonces se halla higienizado y en avanzado estado de limpia y aireada descomposición, así como repleto de las bacterias más beneficiosas para el suelo. Se deja en pilas por uno o dos meses para que acabe de curarse por sí solo; si mete uno la mano en una de las pilas, el intenso calor le indica que la actividad bacteriana prosigue todavía. Un grupo de hombres de negocios acaba de inaugurar la primera instalación comercial Dano en Phoenix (Arizona), y los funcionarios públicos de otras municipalidades la estarán observando con atención.

¿Y en qué paró Naturizer? Pierson y Furlow siguieron trabajando con empeño. Finalmente se encontraron con John Gentile, millonario de Los Ángeles, quien se inició en el negocio de los desperdicios en 1950, con 15 dólares y un camión prestado, y hoy tiene una docena de compañías.

Gentile, que trabajaba para la Lockheed Aircraft Corp., buscaba la manera de eliminar la basura de alguna manera más eficiente. Éstos y aquéllos unieron ingenio y recursos, y Lockheed construyó una instalación del Sistema Naturizer en San Fernando. Después Lockheed vendió la instalación a la General Conversion Systems Corp., una compañía dirigida por Gentile y que tiene actualmente la concesión para construir y vender instalaciones Naturizer en todo el mundo y se brinda a construirlas o manejarlas a solicitud de quien las quiera: municipios o compañías particulares. Pierson y Furlow y su compañía Naturizer todavía son dueños de las patentes, reciben un canon y siguen trabajando en la parte técnica.

En la actualidad, Gentile está especialmente interesado en el material recuperable que contiene la basura. Una lata vacía no tiene valor alguno; 50.000 latas vacías al día, valen más que una mina de oro. La basura pasa por una correa trasportadora y, tanto en la instalación de Sacramento como en la de San Fernando, bajo potentes imanes. Todas las latas (que en realidad son de acero) son recogidas por los imanes y pasan a una tolva. Otras cosas también tienen valor como material recuperable si se obtienen en grandes cantidades: el papel, cartón, trapos, hierro, materiales plásticos, aluminio, vidrio, madera, caucho, etcétera.

Hoy, tanto en las instalaciones de Dano como en las de Naturizer, obreros provistos de ganchos y guantes recogen a mano tales materiales. El vidrio se funde de nuevo para volverlo a usar, y lo mismo se hace con el metal. Gentile viene recuperando tanto desecho de aluminio en hojas que él mismo funde sus propios lingotes; el aluminio vale más en esa forma. Los materiales plásticos vuelven al caldero químico. El papel, cartón y trapos

se reducen a la fibra básica para hacerlos útiles de nuevo. A la larga, esta idea de volver a usar el material desechado afecta la tierra. Ahora derribamos árboles para hacer bolsas de papel. La mayoría de éstas sirven sólo una vez y se queman o entierran; deberían servir veinte veces.

Así pues, la gigantesca limpia cobra ímpetu. El principal motivo es que produce beneficios. En Los Ángeles, el abono Naturizer se vende (a 14 dólares la tonelada) tan pronto como sale de la fábrica porque da rápidos resultados que no se podrían obtener a ningún precio. Extendido sobre las laderas quemadas, renueva la vegetación prontamente; dispuesto a las orillas de los caminos abiertos entre colinas, protege los taludes contra la erosión y promueve el rápido crecimiento de las plantas. La fábrica de San Fernando ideó un método sencillo para aplicar el abono, que ahorra trabajo: valiéndose de un enorme pulverizador de presión, se rocía una mezcla de abono, agua y semillas.

Cierto es que estas aplicaciones especiales son, desde el punto de vista económico, totalmente distintas de las agrícolas. Pero en el mundo hay millares de hectáreas que necesitan renovarse. Y los empresarios de Dano hablan —claro está que para un futuro, pero de grandes perspectivas— de despachar su abono algún día a países como Grecia, que en la antigüedad perdió mucho de su mantillo, para repetir allí el milagro operado en las tierras mineras de Sacramento.



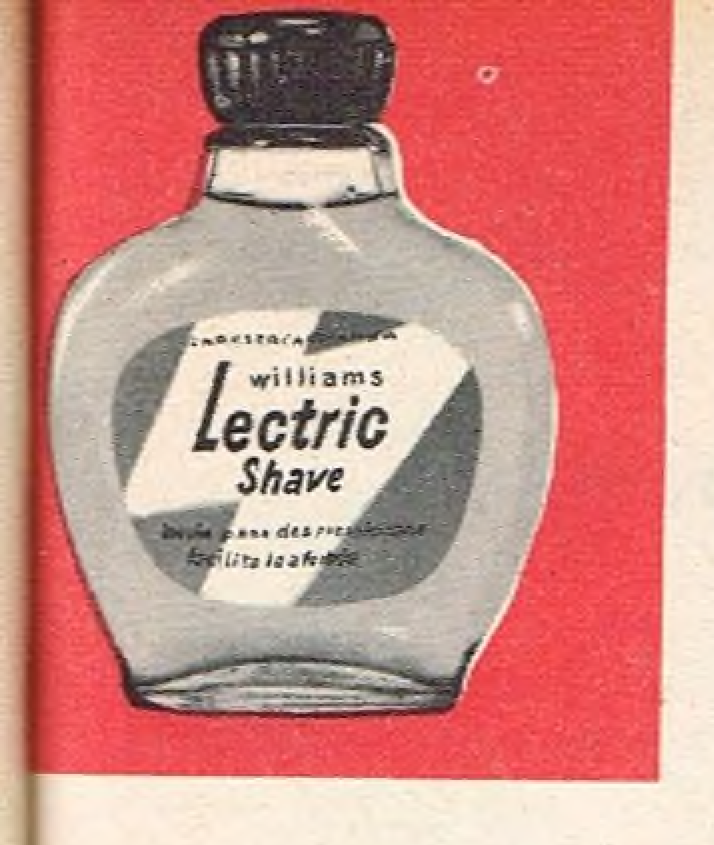
Caricaturas

LA EMPLEADA de una gran tienda a un caballero de edad madura que busca un regalo: "Pues francamente; según me pinta usted a esa señora, yo le aconsejaría que comprara algo para otra persona".
— Galbraith

UN AMIGO a otro, mientras comen un asado al aire libre: "Sí, tienes razón: sabe a carbón asado en las brasas". — Brother Juniper

EL PAPÁ, examinando las notas escolares del hijo: "Lástima que no den calificaciones por valor. A ti te darían sobresaliente por atreverte a traer esto a casa". — D. T.

EL TURISTA cargado de compras, a la esposa: "Bueno, ya que has logrado poner a Francia en camino de la recuperación económica, ¿qué te parece si seguimos a España?" — Ruge



AHORA!
para
afeitadora
eléctrica...

Afeitadas sin tirones

con williams Lectric Shave

ANTES DE AFEITARSE:

- Lectric Shave evapora la transpiración, permitiendo así afeitadas más suaves.
- Estira la piel y endereza la barba para lograr afeitadas más a ras.
- Lubrica la piel haciendo las afeitadas más cómodas y mucho más rápidas.

Jean Frêne parecía ser un muchacho campesino común y corriente hasta que maravilló a toda Francia con sus notas en las pruebas militares de inteligencia



EL GENIO MODESTO

POR JHAN ROBBINS

Condensado de "Redbook"

UNA MAÑANA de marzo de 1961, en la gran ciudad industrial francesa de Lyon, se sometió a 90 jóvenes a la serie de pruebas que el ejército aplica para determinar el grado de instrucción y de inteligencia de los reclutas.

Los exámenes duraron seis horas y, después, fueron calificados por medio de máquinas electrónicas. Al día siguiente las correspondientes tarjetas perforadas llegaban al escritorio del jefe del Centro Sicotécnico Militar, teniente coronel René Glises de la Rivière. Éste echó un vistazo al resumen que acompañaba al resultado de las pruebas y se quedó atónito.

Uno de los nuevos soldados había obtenido notas, no sólo excepcionales, sino superiores a todas las que él había visto jamás. Se llamaba Jean Frêne. El coronel pidió que le trajeran su expediente personal y al leerlo, exclamó:

—¡Hijo de campesinos! El muchacho cuenta 19 años y sólo ha recibido instrucción primaria. Sin

duda se ha cometido un error; la máquina calificadora debe haber funcionado mal.

Un siquiatra militar llamado con urgencia, se declaró inclinado a coincidir con esa opinión. Jean, un muchacho moreno y delgadito, recibió órdenes de someterse de nuevo a las pruebas, y sus compañeros de cuartel le hicieron objeto de bromas.

—Tal vez hayas obtenido notas tan bajas que has roto la máquina —comentó uno de ellos.

Jean hizo de buena gana toda una nueva serie de pruebas, inclusive las reservadas a los candidatos a oficiales, que consisten en veinte citas de sabios y filósofos como Bacon, Bergson, Darwin y Descartes. Por ellas se mide, en una escala hasta de 20 puntos, la aptitud para comprender y explicar conceptos abstractos, usar el vocabulario y vincular métodos de razonamiento relacionados entre sí. El promedio alcanzado por los aspirantes a oficiales es de 11 o 12 puntos y son pocos los que llegan a 15, pero Jean obtuvo 17 puntos y, puesto a prueba de nuevo, ¡llegó a los 19!

—Comprendimos que nos hallábamos ante un muchacho extraordinario— me declaró recientemente el coronel de la Rivière—. Pero, ¿qué hacer con él?

Envió su informe y las recomendaciones del siquiatra al Ministerio de Fuerzas Armadas, con la proposición de que se licenciara a Jean Frêne del ejército y se le enviara a una escuela por cuenta del Estado. Cuando se adoptó en París una resolución favorable, nadie pudo encontrar el formulario apropiado para trasmitir la orden, pues nunca se había adoptado una medida semejante. Se comunicó a Jean que debía presentarse en la Escuela Normal de Lyon. "Me alegré mucho", él mismo me dijo recientemente, "pues ello significaba que podría ir a casa de vez en cuando para ayudar en las tareas de la granja".

El muchacho había dejado la escuela a los 14 años para poder trabajar todo el día en la modesta granja que en la aldehuela de Longes tenía su padre, descendiente de veinte generaciones de campesinos, granja que no le rendía lo suficiente para mantener a la familia, a pesar de que siete de sus once hijos se habían casado y vivían aparte. Por ello se había resignado a trabajar en una fundición cercana, donde recibía un salario rayano en 500 nuevos francos mensuales, mientras Jean se dedicaba a arar, ordeñar, plantar y cosechar patatas y atender la viña.

La noticia de que un recluta había sido eximido del servicio militar porque era "demasiado inteligente para ser soldado", causó sensación. Un enjambre de reporteros descendió sobre la granja, y pronto los fotógrafos de prensa y las cámaras de televisión se encargaron de que todo francés conociera a la familia Frêne. Desconcertado y aturdido, Jean recibió centenares de cartas de admiradores, entre ellas más de una docena

de serias propuestas matrimoniales, y se vio asediado por periodistas resueltos a denunciarlo como un impostor o ponerlo a la altura de Leonardo da Vinci.

Cuando visité a Jean Frêne lo hallé a todas luces asombrado por la revelación de su singular inteligencia; no obstante, dista mucho de ser un palurdo. Aparentemente, su vida careció hasta tal grado de estímulos intelectuales que ignoraba sinceramente su capacidad mental.

—No creo que fuese yo un inadaptado —dice—. Me sentía completamente satisfecho con mi condición. Al salir del ejército pensé que podría tal vez estudiar mecánica. Ahora es probable que siga la carrera de física.

En la Escuela Normal, Jean concluyó en seis meses cursos que llevan cinco o seis años a los buenos estudiantes. Sus calificaciones iban de "muy bueno" a "excelente". Al mismo tiempo estudiaba seis horas diarias con profesores del Centro de Investigaciones Nucleares de Lyon, uno de los cuales declara:

—Frêne tiene la mentalidad más notable que he conocido. Salta de una cumbre a otra, mientras los demás tenemos que avanzar trabajosamente por la pendiente de una montaña, cruzar el valle y trepar por la cuesta de la montaña opuesta hasta llegar a la conclusión definitiva. Una vez allí descubrimos que Jean Frêne ya nos aguardaba desde hacía algún tiempo.

El joven cree que su formación rural le ha permitido vivir en un ambiente de cordiales relaciones humanas.

—Desde que se hicieron aquellas pruebas en el ejército —dice— mucha gente considera que es una pena que yo no haya nacido en la ciudad, donde podría haber tenido acceso a la cultura y las ideas intelectuales desde niño, pero yo no estoy de acuerdo. Aunque en el campo puede uno sentir aburrimiento y se instruye más lentamente, en cambio tiene más oportunidades de cultivar el espíritu.

Cuando niño, Jean era muy estimado por sus condiscípulos, mientras sus diez hermanos y hermanas tan pronto se aprovechaban de su menor tamaño como lo mimaban o le gastaban bromas. Y declara convencido:

—La familia lo es todo. La existencia carece de interés para quien no la tiene. Mi madre ha trabajado de modo increíble toda su vida, pero nunca le ha faltado tiempo para hablar con cada uno de nosotros, para escuchar nuestras dificultades y tratar de resolverlas, para querernos y darnos motes cariñosos. A mí me llama Jeannot.

Fui con él a la región en que creció. Encontramos carros tirados por caballos en los caminos, y en los campos bueyes uncidos al arado. La aldea de Longes es poco más que una encrucijada, con su iglesia, la oficina de correos, una panadería, un pequeño café, una escuela de dos aulas y un puñado de casitas; no hay farmacia, librería, biblioteca ni médico. Los Frêne

viven cerca del templo en una casa de piedra, cuyo techo de tejas rojas pide a gritos ser reparado.

Madame Frêne, que tiene 61 años, revolvía la sopa que hervía en una olla, sobre la gran cocina de hierro. Era una mujer corpulenta, de ojos oscuros y penetrantes; su negra cabellera, recogida en moño, estaba cubierta en parte por un pañuelo, y llevaba puesta una bata sobre el vestido negro de tosca lana. El padre de Jean, fornido y canoso, que estaba a punto de salir para la fábrica, me presentó a su hijo René, de 18 años, y a su hija Ann-Marie, de 15, una colegiala tímida de risita traviesa.

Los Frêne son atrayentes y poseen ojos negros de brillo poco común. Era evidente que habían decidido que su madre hablara por todos.

—Yo no creo eso de que Jean sea un genio —declaró con firmeza—. Apenas tendría cuatro años cuando desarmó el único reloj que teníamos; al ver todas las piezas esparcidas por el piso, casi me desmayé, pues como la guerra acababa de terminar sabía lo difícil que era repararlo. Jean me dijo: "no te preocupes, mamá, yo lo volveré a armar". Le respondí que más le valdría, pues de lo contrario le daría de azotes. Lo armó de nuevo, y el reloj funciona todavía. Pero, ¿acaso revela eso alguna inteligencia? En mi opinión sólo demuestra que Jean era un niño obediente y sabía lo que le convenía.

En el hogar de los Frêne, la disciplina la administraba, cuando era necesario, la madre, que tenía siempre a su alcance una vara de mimbre.

—Nunca he castigado a mis hijos a sangre fría —manifiesta— pero, si se pesca a un niño en el momento de hacer algo malo, ¡zas!, y el problema está resuelto, por lo general para siempre.

La mayoría de sus hijos comenzaron a andar a los doce o trece meses y a hablar a los quince o al año y medio, pero ella creía recordar que "Jeannot era un poco más lerdo que los demás", y agregó:

—En la escuela no era de los mejores alumnos. Yo pensaba que habría podido obtener mejores calificaciones si se hubiera interesado más por los estudios.

Todos los hermanos se ayudaban en los deberes escolares. Cierta vez René llevó a casa un problema matemático y la familia entera se pasó la mitad de la noche buscando la solución: uno tras otro, avergonzados, se dieron por vencidos; sólo Jean siguió empeñado en resolverlo y al final concluyó:

—No tiene solución. La proposición es errónea.

Estaba en lo cierto. Se había cometido un error en la exposición del problema.

La madre de Jean lanzó un hondo suspiro cuando hablé de la posibilidad de que éste se casara, y dijo:

—Ahora quizás sea difícil encontrar una chica de aldea que se case con Jeannot... Todo esto ha suce-

dido a causa de los libros. ¡Son la enfermedad de la familia! Los chicos tienen la nariz metida todo el día en los libros, y yo también. Bien sabe Dios que nunca he tenido tiempo para leer, pero de algún modo me las apaño, y a menudo leo ya entrada la noche. Mas ninguno de nosotros devora los libros como Jean. La biblioteca más próxima está a diez kilómetros pero siempre nos las arreglamos para llegar allí. Y tenemos algunos libros de nuestra propiedad.

El hecho de que el porvenir de Jean Frêne esté preñado de posibilidades no es motivo de satisfacción para su familia.

—Ustedes los periodistas me preguntan constantemente si me siento feliz y agradecida porque el ejército francés haya descubierto que mi hijo tiene talento —agregó su madre—. Pues, sí, estoy orgullosa de él, pero no me siento feliz. El mundo lo arrancará de nuestro lado; tendrá que abrirse camino entre extraños y cuando finalmente se haga lugar, habrá vuelto la espalda para siempre a Longes y a su familia. ¡Estoy ganando un profesor y perdiendo un hijo!

Lágrimas de recelo asomaron a sus ojos oscuros. También Jean está preocupado. En octubre último ingresó al Instituto Nacional de Ciencias Aplicadas, de Lyon; los profesores, después de someterlo a diversas pruebas, le aconsejaron que se hiciera ingeniero en física.

—La gente espera grandes cosas de mí —observa él—. ¿Qué pasará si no las logro? Acaso no pase yo de ser una rareza estadística.

Es posible. Un sicólogo ha planteado así la cuestión: "Es demasiado frecuente en nuestra cultura el triste espectáculo de hombres y mujeres que, aun careciendo de inteligencia o de talento, logran escalar la cima del éxito y la fama merced a su decidida ambición y su despiadada agresividad. En Jean Frêne, y tal vez en muchísimos otros como él, tenemos el caso, más raro todavía, de un hombre contento y tranquilo, tan satisfecho de sí y del mundo en que ha nacido que posiblemente nunca se sienta impelido a emplear sus grandes dotes por entero. Pero si las emplea, ¡quizá encontremos en él otro Einstein!

¿Qué piensa Jean de su futuro... y de su celebridad?

—A mis padres y a otras personas, y aun a mí mismo, nos acosa el temor de que pueda yo perder la cabeza —me dijo—; por mi parte bien sé que sólo Dios es perfecto y por lo tanto para Él deben ser todas las alabanzas y la gloria. Muchos filósofos franceses lo han dicho, pero sigue siendo válido por mucho que se repita: El hombre, por más hazañas que realice, es siempre imperfecto y necesita ayuda. Son tantas las necesidades de la humanidad que no podemos malgastar tiempo en tonterías. Debemos apresurarnos. La fama y los halagos no son buenos para el hombre, porque lo corrompen. Que se dejen de lisonjearme. Yo sólo quiero trabajar.

Chasis de gran solidez

Los chasis de las unidades Mercedes-Benz, son construidos con materiales de alta calidad y proverbial solidez, en base a los amplios conocimientos adquiridos en el transcurso de años de experiencia en vehículos de transporte en todo el mundo. Esta solidez de construcción, unida a las altas cualidades de sus potentes y económicos motores diesel, hacen que las unidades Mercedes-Benz se adapten a una infinidad de tipos de carrocería, camiones, colectivos, volcadores, acoplados, remolques, jaulas, etc. Por ello día a día, aumenta el número de unidades Mercedes-Benz que circulan en todo el mundo, aplicadas a las más duras y variadas tareas.



MERCEDES-BENZ





EL PERRITO DE JUGUETE

Historia de una patrulla aérea

Condensado del libro de* WILLIAM WHITE

Los aviadores del Mando Aéreo Estratégico (SAC) cuya misión es patrullar los cielos, mantienen una vigilancia tan solitaria como peligrosa. Quizá su desvelo sólo sea superado por el de sus esposas, que esperan mientras ellos vuelan. He aquí la historia de una patrulla del SAC que nunca regresó a su base, compuesta de hombres que prefirieron perder la vida antes que el honor, de hombres cuyo valor y fortaleza no pudieron quebrantar las pruebas a que fueron sometidos por sus aprehensores rusos, y la de sus esposas que los aguardaron contando los días.

William White, autor de varios libros famosos sobre la segunda guerra mundial, relata este drama de la guerra fría con toda la maestría que distingue sus mejores obras.



CUANDO Constance McKone oyó que llamaban a la puerta, esperaba que sólo fuera el chico mandadero. Había pasado el día muy atareada y en ese momento, con el pelo hecho un revoltijo, doblaba ropa en medio del piso de la sala.

Mas los visitantes eran el capitán Samuel Pizzo y su esposa Mary, que pasaron sin ser invitados, cosa curiosa, ya que no eran amigos de tanta confianza y la hora poco apropiada para una visita sin anunciarse.

—Siéntese usted —le dijo Pizzo—. Y tú, Mary, ve a cuidar a los niños.

¡Extraño modo de hablar en casa ajena! Cuando Mary salió, el capitán le dijo:

—Constance, acabamos de saber que el avión en que iba John se ha perdido; lo más probable es que haya caído sobre el mar de Barentz.

—¡Dios mío, esa es una región helada! —exclamó Constance que, como buena esposa de un oficial del Mando Aéreo Estratégico, sabía bastante de geografía.

—Eso es todo lo que sabemos —siguió diciendo el capitán Pizzo—. Vinimos inmediatamente para adelantarnos a las noticias que se darán por radio a las ocho.

En esos precisos momentos otros tres oficiales se presentaban en otras tantas casas de los alrededores de la base aérea de Forbes, en Topeka (Kansas), y les decían poco más o menos lo mismo a otras jóvenes esposas de aviadores cuyos maridos pertenecían a la tripulación del avión de John McKone.

Gail, esposa de Bruce Olmstead, el copiloto, vivía con su hijita Karen en la casa de sus padres situada en Plainfield (Nueva Jersey). Cuando se hallaba en servicio de patrulla en

•"The Little Toy Dog", © 1962 por los editores: E. P. Dutton & Co., Inc., 300 Park Ave. S. Nueva York 10, N. Y. Precio del ejemplar en inglés: $5,75.

ultramar, su marido tardaba a veces tres meses en regresar y por eso era preferible aguardar en compañía de sus padres. Pero Gail tenía otro motivo: poco antes de salir Bruce había presentido la llegada de un nuevo bebé; no se lo había dicho porque entonces no estaba bien segura. Ahora pensaba en la manera de explicárselo en su próxima carta.

Cuando dieron con su paradero ya hacía seis horas que el avión estaba perdido y proseguía la búsqueda aérea sobre el mar de Barentz. Nada más se sabía hasta entonces; ya le comunicarían nuevas noticias tan pronto como las tuvieran.

Nadine, la esposa del piloto Willard Palm, no creyó que el avión se hubiera estrellado cuando le informaron del posible desastre. Tenía fe ciega en la habilidad de su marido y por eso nunca se preocupaba. Le decía el corazón que los rusos tenían algo que ver con todo aquello... y su presentimiento era acertado.

Un extraño a la derecha

El capitán Bruce Olmstead fue el primero que divisó el caza ruso. Como copiloto del avión de reconocimiento RB-47 de la fuerza aérea norteamericana, le incumbía estar alerta para comunicar al piloto la presencia de otros aviones. Cuando advirtió en la lejanía una estela de *jet* paralela a su trayectoria anunció por el interfono:

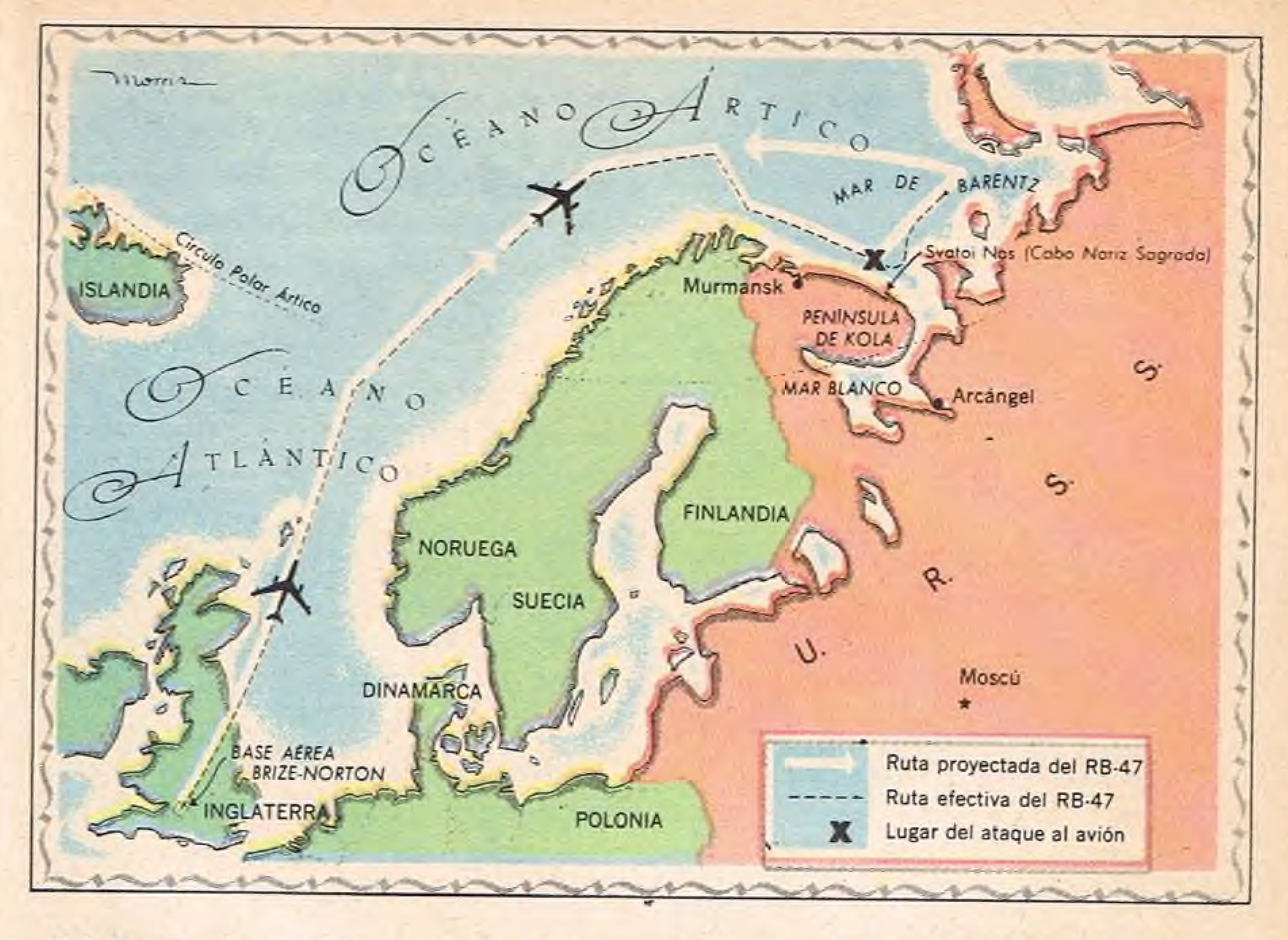
—Bill; tenemos un extraño a la derecha.

—No le quites el ojo de encima —le respondió lacónicamente el piloto Palm. Volaban sobre el mar, a corta distancia de la costa ártica soviética, y no era raro encontrar "escolta" por esos contornos.

Por algún tiempo el avión soviético mantuvo un rumbo constante, volando primero a la derecha y después a la izquierda del RB-47. Por fin viró y desapareció por debajo de él. Entonces la tripulación se consagró de nuevo a la tarea específica, y en extremo exigente, que se le había encomendado.

Su avión era una reproducción modificada del bombardero B-47 de seis chorros, de cuyo interior se habían retirado las bombas para colocar las "cajas negras" y las antenas del equipo electrónico. En la parte posterior, a la cual se llegaba andando a gatas por un pasadizo colmado de aparatos y accesorios, estaba el compartimiento de los "cuervos" o sea los especialistas que manipulaban las cajas negras (el mayor Eugene Posa, el capitán Oscar Goforth, y el capitán Dean Phillips). Ellos y su aparejo eran la única razón de ese vuelo que se efectuó el 1º de julio de 1960.

Al igual que los aviones, pesqueros y submarinos rusos que constantemente escudriñan las defensas fronterizas de los Estados Unidos, el RB-47 maniobraba con toda legalidad sobre aguas internacionales. Sobre una mesita de la cabina de proa el navegante, capitán John McKone, conectó el radar para tomar la posición exacta. A las 2:57, hora de Zulu (que rige las operaciones



del SAC en todo el mundo), el indicador del radar señalaba la costa soviética a 80 kilómetros de distancia de su ala derecha. Adelante, a lo largo de la misma costa, se divisaba el contorno inconfundible del cabo *Svatoi Nos* (Nariz Sagrada), su próximo punto de comprobación, que estaba fuera del alcance de los 100 kilómetros que abarcaba el radar. El RB-47 se hallaba a la distancia exacta que se había propuesto mantener de la costa soviética. Otros medidores mostraban que la altitud era de 10.000 metros y la velocidad 425 nudos. De un momento a otro sería tiempo de que el navegante John McKone ordenara cambiar de curso, virar a la izquierda y hacer rumbo hacia la fría inmensidad del mar de Barentz apartándose así de la costa soviética.

Poco antes de oír la orden del cambio de curso, Bruce Olmstead miró por la ventanilla y se quedó asombrado al ver un rechoncho MIG (¿sería el mismo que divisó anteriormente?) volando muy orondo como a quince metros de la punta del ala derecha, tan cerca que podía ver al piloto.

—¡Atención, atención, atención, ala derecha! —gritó por el interfono.

—¿De dónde diablos salió ese tío? —comentó el comandante Palm, e inmediatamente procedió a ejecutar la orden que había dado el navegante. No fue una maniobra brusca sino una vuelta metódica en la cual gastaría dos minutos poco más o menos.

Cuando el RB-47 comenzó a ladearse, el MIG viró hacia la costa para volver en seguida y acercársele por detrás. De pronto vio Bruce Olmstead que el MIG disparaba su cañón contra los motores del ala izquierda; inmediatamente trató de devolver el fuego apuntando su cañón de 20 mm. por radar. Pero el MIG estaba tan cerca que llenaba toda la pantalla del instrumento; y cuando quiso hacer la puntería visual su avión entraba en barrena y dos de los tres motores de la izquierda escupían llamas.

Trató entonces de ayudar al piloto a recobrar el dominio del avión, y ya casi lo lograba cuando oyeron el traquido de una segunda andanada que duró 20 segundos, y en seguida la voz del mayor Palm:

—¡Alistarse, alistarse! —era la primera parte de la orden de saltar en paracaídas.

Unos 10 segundos más, piloto y copiloto lucharon por regularizar el mecanismo de mando y al cabo Olmstead y McKone oyeron gritar a Palm:

—¡Saltar! ¡Saltar!

Una misión crucial

¿Por qué razón se mandaba a ese avión de la fuerza aérea norteamericana a patrullar una región tan remota en la cima del mundo?

Para darse cuenta de la urgencia de estos vuelos de reconocimiento es preciso visitar el puesto de mando del centro de operaciones del SAC, situado en las inmediaciones de Omaha, en Nebraska. Allí está el teléfono rojo, único instrumento por el que puede llegar a los aviones norteamericanos la orden presidencial de atacar objetivos enemigos.

Pero ¿cuáles son esos objetivos y cómo pueden alcanzarse? Esto hay que saberlo antes de que suene el teléfono rojo; de otra manera todas las vidas que han dado y las que están dispuestos a dar los aviadores del SAC serían sacrificios inútiles.

En los Estados Unidos se trabaja con desventaja. Cualquier agente enemigo puede llegar al cabo Cañaveral o acercarse a la base aérea de Vandenberg a observar los proyectiles, en tanto que quizá no hay norteamericano que haya visto jamás las plataformas de lanzamiento instaladas en el Asia central. Por tanto, es preciso hacer grandes esfuerzos y correr muchos riesgos para saber lo poco que se sabe acerca de tales objetivos.

Además, por ambas partes existe gran interés por conocer los sistemas de radar con que los contrarios advierten la presencia de aviones enemigos y señalan la posición a las defensas y baterías antiaéreas. Con este objeto la Unión Soviética hace recorrer a sus aviones los cielos de Alaska y la región ártica canadiense. Aunque los vigías norteamericanos han contado centenares de estos vuelos (que son legales) y los Estados Unidos han protestado contra algunos de ellos que se aproximaron demasiado a sus aguas territoriales, nunca se ha disparado un tiro para derribar un avión.

En contraste, 75 aviadores norte-

Vieja Lavanda Fulton

La exquisita calidad
y la deliciosa
fragancia de las creaciones
Vieja Lavanda Fulton
encierran una fresca y vibrante
sensación de inseparable primavera...



americanos han perdido la vida en un período de diez años, en incidentes aéreos cerca de la frontera soviética. —W.L.W.*

El hecho de arrostrar estos peligros, hace del Mando Aéreo Estratégico la *élite* de la Secretaría de Defensa. Para las mujeres de los aviadores que lo constituyen, es una pesadilla, ya que saben que el SAC será la primera arma del contraataque; que sus esposos tendrán que soportar el fuego mortífero que el enemigo abrirá sobre ellos para impedir que lleguen a sus objetivos; saben también que la misión ha de cumplirse, pero cada una de ellas abriga la esperanza de que no le toque a su esposo; y aunque el temor no las abandona nunca, viven orgullosas tanto del SAC como de sus pilotos.

Ciertamente, Nadine Palm, Constance McKone y Gail Olmstead, tenían razón de sentirse orgullosas de sus maridos. Poco antes de salir de los Estados Unidos para Inglaterra, donde servirían temporalmente, habían conquistado los puestos más altos de su escuadrilla, la 55 de Reconocimiento. Para celebrar el acontecimiento, los Palm habían dado una fiestecita. Su hijita de 11 años, Michelle Marie, adornó la casa con festones de papel y fabricó un primoroso envoltorio para un perrito de plástico que le habían regalado a su padre como recuerdo las familias de sus colegas.

El mayor Palm tenía aún el perrito en el bolsillo cuando bregaba con los mandos del avión inválido sobre las olas espumosas del mar de Barentz.

En el mar

Bruce Olmstead esperó que se repitiera la orden de "saltar", que no había podido creer la primera vez, antes de tirar del anillo que hacía funcionar su asiento eyector. Una carga explosiva lo disparó hacia arriba con la fuerza de un proyectil de 75 mm., y el impacto con la corriente retrógrada del aire le dislocó la duodécima vértebra. Había perdido el conocimiento cuando comenzó a descender sobre el mar de Barentz, ocho kilómetros abajo.

El asiento eyector de John McKone, que explotó hacia abajo con una fuerza nueve veces mayor que la de la gravedad, también lo hizo perder el sentido temporalmente. El aviador descendió como una bala durante casi dos minutos hasta que, a los 4600 metros, el paracaídas se abrió automáticamente. Debajo de él flotaban en el aire dos paracaídas más, y a la distancia, sobre el mar, una llamarada dejaba un rastro de humo negro.

Al acercarse al mar McKone soltó la balsa de goma de inflación automática y el saco de provisiones

---

*Este libro presenta problemas especiales, ya que gran parte del material proviene de dos miembros de las fuerzas armadas y porque trata algunos asuntos de seguridad nacional. Queda por tanto entendido que, las opiniones que se expresan en los párrafos en bastardilla y señalados con mis iniciales, son propias; y que los datos correspondientes no fueron suministrados por los capitanes Olmstead y McKone ni por ninguna otra fuente oficial. — William L. White

que pendían de una cuerda de nilón por debajo de él. La balsa era indispensable, pues sabía que un hombre sumergido en las heladas aguas del mar de Barentz solamente alcanzaría a vivir 18 minutos. Apenas tocó la superficie del agua fue cobrando la cuerda hasta llegar a la balsita anaranjada y se metió en ella. Por el momento, al menos, estaba a salvo.

El paracaídas de Olmstead también se abrió oportunamente, a los 4600 metros; el dolor en la columna vertebral se hizo insoportable cuando se redujo repentinamente la velocidad de la caída, de 200 a 20 kilómetros por hora. Volvió a desmayarse, pero se repuso a tiempo de soltar el equipo salvavidas. Cuando ya tocaba el agua advirtió que otro de sus compañeros también caía en el mar a cierta distancia.

A pesar de su espalda lastimada, Olmstead logró abordar la balsa. En la confusión dejó caer al mar el aparato de radio, que hubiera podido servirle para pedir socorro, mas no había tiempo de preocuparse por eso, ya que el mordiente frío del agua comenzaba a debilitarlo. Debía achicar la balsa antes de que el entumecimiento le impidiese moverse y el único utensilio que pudo encontrar para sacar el agua fue un par de calcetines que empapaba y luego escurría en el mar. Era un proceso lento y penoso y al cabo de poco tiempo volvió a desmayarse.

Por varias horas se mantuvo en esas alternativas de lucidez y desmayo. En los momentos conscientes se aterraba del frío que sentía, de lo débil que estaba, de la lentitud con que le latía el corazón. Pensó que no le quedaba mucho tiempo de vida. Después tuvo un breve respiro: entre sus provisiones halló un trocito de alcohol sólido y unos fósforos dentro de una cajita impermeable. Acomodó el encerado a modo de tienda y encendió el alcohol para calentar el aire del interior. Volvió el entumecimiento.

Despertó al fin con los gritos que daba uno de sus compañeros en otra balsa haciendo señas a un barco lejano que venía hacia ellos. Olmstead se quitó el encerado, lo sacudió furiosamente en el aire y llamó a gritos al barco y a un avión verde que apareció en esos momentos sobre su cabeza y movió ligeramente las alas.

Pocos minutos después lo izaban a bordo de un barco pesquero ruso y lo llevaban al caluroso cuarto de calderas. Una mujer, que al parecer era el médico del barco, le dio un sedativo para calmarle el dolor.

Después de acomodarlo lo mejor posible, los marineros rusos le indicaron por señas que habían pescado a otro hombre del mar. Por los ademanes descriptivos, Olmstead comprendió que se trataba de John McKone. (También McKone había sido rescatado por los pescadores quienes le hicieron entrar en calor en el cuarto de calderas, le dieron té, lo acostaron en una litera y lo cubrieron con sus pellizas. Aunque la tripulación se mostraba amistosa, siempre había dos o más marineros que le tenían puesto el ojo mientras

jugaban cartas con una vieja baraja.)

Con destino a Moscú

Por cerca de seis horas los aviadores sintieron que navegaban describiendo caprichosos círculos, quizá buscando a otros sobrevivientes. Luego siguieron un curso recto durante otras seis al cabo de las cuales el pesquero se detuvo y se ordenó a los dos náufragos que salieran de sus distintos camarotes y subieran a cubierta. Al verse las caras comprendieron que probablemente eran los únicos sobrevivientes de los seis tripulantes del avión.

Un guardacostas había llegado hasta el costado del barco de pesca y a él se les hizo trasbordar. La tripulación de éste también se mostró afable, mas cuando McKone pidió que lo comunicaran con el agregado de aviación en la embajada norteamericana en Moscú, le respondieron que para eso era preciso orden superior. Por un subteniente que hablaba inglés se enteraron de que habían estado volando sobre algún lugar indebido. Olmstead y McKone comprendieron entonces que estaban en seria dificultad.

Al fin atracó el guardacostas en un muelle bastante desolado, donde no había más que una camioneta guardada por dos marineros rusos armados. A Olmstead lo hicieron subir adelante, junto al marinero que la guiaba. McKone se sentó atrás, en medio de dos oficiales del guardacostas.

¿En dónde estaban, a dónde habían llegado? Los rusos se encogieron de hombros. Aquel lugar no tenía nombre.

"Sabemos que ustedes mienten"

Del muelle los llevaron a una pista de aviación y de allí volaron hasta el aeródromo de una gran ciudad, probablemente Arcángel, el mayor puerto aéreo de la Unión Soviética en la región ártica. Allí los interrogaron brevemente, por turnos, tres oficiales navales; a uno de ellos le daban el tratamiento de *kommissar*.

Según cuenta John McKone, el interrogatorio se caracterizó por "esa soberana arrogancia que llegaría a sernos tan familiar". A pesar de su insistencia en negar que el avión se hubiese hallado en ningún momento cerca del mar Blanco, los inquisidores sacaron un mapa naval y señalaron en él el punto del accidente bien adentro de sus aguas. (Más tarde, en Moscú, otros indagadores le enseñarían mapas diferentes en los cuales habían marcado otros presuntos sitios del desastre, todos dentro de aguas territoriales soviéticas, pero por lo menos a 70 kilómetros de distancia.)

Cuando McKone pidió que informaran al agregado de aviación de la embajada norteamericana en Moscú que él y Olmstead estaban vivos, le respondieron: "eso lo veremos más adelante". La misma respuesta obtuvo cuando pidió un médico que atendiera a su compañero lesionado en la espalda.

Finalmente los despacharon en

POR PLANES DE AHORRO Y PRESTAMO



Porque nuestro sistema de AMORTIZACION COMPENSADA, que somos los primeros en implantar en el país, es mucho más conveniente para el suscriptor que las operaciones "con reajuste" o "sin reajuste". Su deuda disminuye permanentemente, los gastos e intereses son menores, los plazos de espera se acortan y usted tiene, siempre, el respaldo de una empresa de tradicional SERIEDAD, notoria SOLVENCIA y la SEGURIDAD de recibir un préstamo de hasta el 75 % del valor de su vivienda pagadero hasta en 159 mensualidades.

GIRALT VIVIENDAS S.A.

SOCIEDAD DE AHORRO Y PRESTAMO PARA LA VIVIENDA (e. f.)

MAIPU 509 - 1er. piso Tel. 32-8418 - 5162 - 8363 BUENOS AIRES

ALBATROS

EJEMPLO DE UNA OPERACION
DE $ 1.000.000

SE PAGA
N REAJUSTE.. $ 3.411.294,57
CON REAJUSTE $ 1.766.487,55
CON AMORTIZACION COMPENSADA
$ 1.371.891,37

CON NUESTRO SISTEMA UD. ECONOMIZA HASTA $ 2.039.403,20

SEL I

VISITENOS

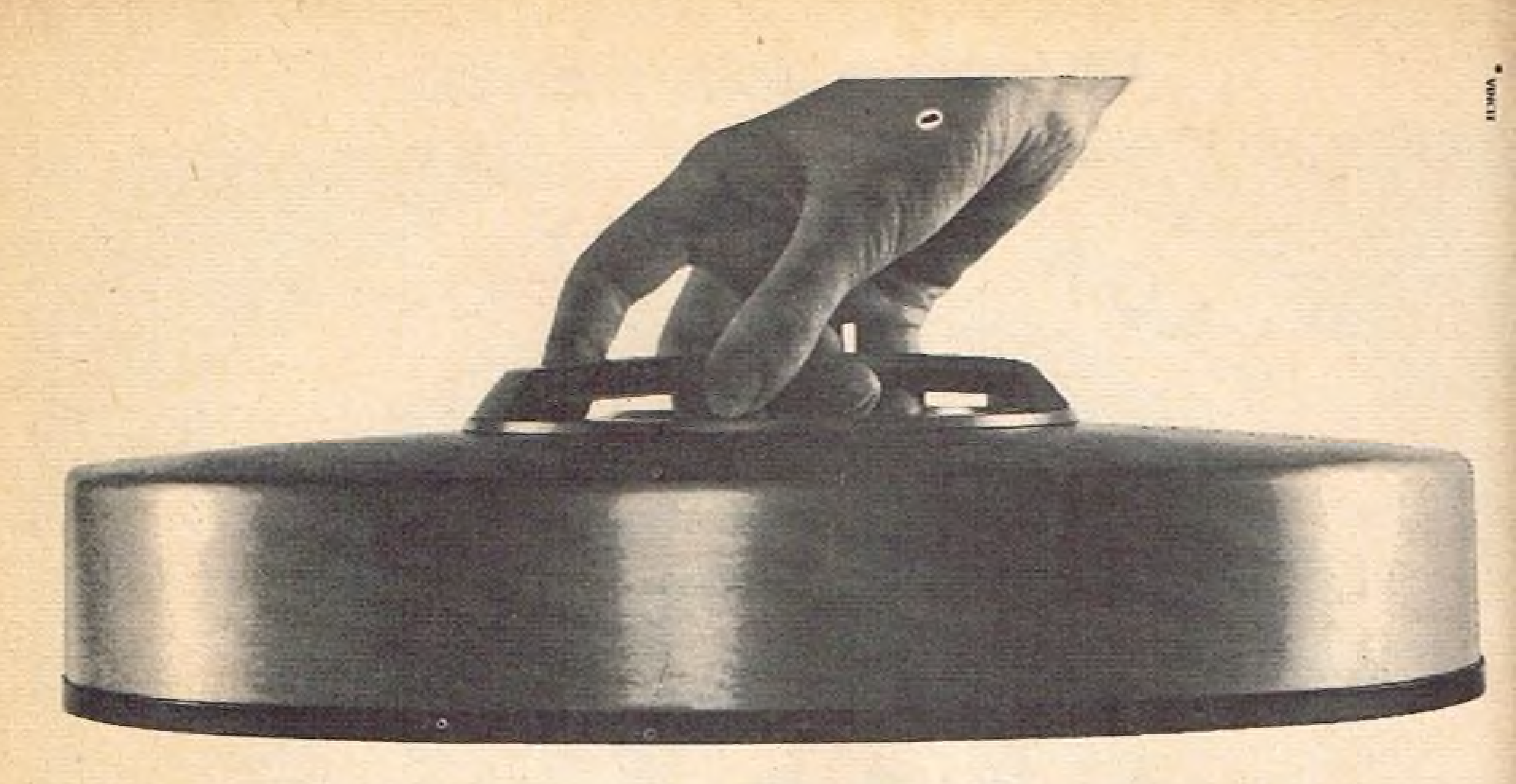
o solicite informes enviando este cupón:

NOMBRE ....

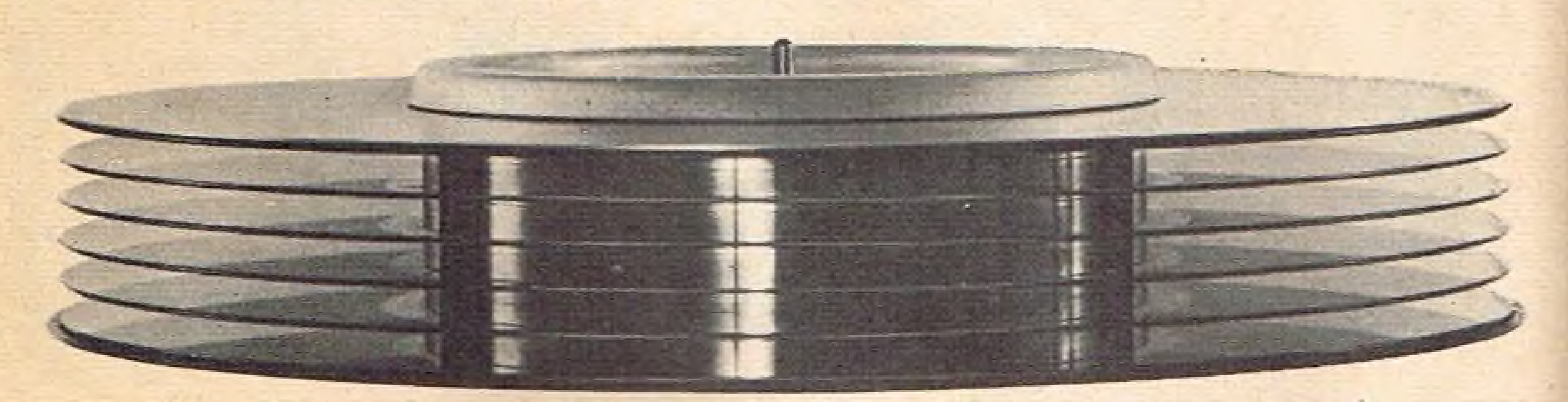
DIRECCION ....

LOCALIDAD ....

TELEFONO ....



En la nueva computadora electrónica IBM, este juego de discos reemplaza a 25.000 tarjetas perforadas



La diferencia está en el juego intercambiable de discos.

Parecido a un juego de discos fonográficos, reemplaza a 25.000 tarjetas perforadas y se puede cambiar fácilmente en 50 segundos.

De ahí nació la nueva IBM 1440, una computadora de bajo costo, muy accesible hasta para las empresas de menor volumen, que es capaz de realizar los mismos trabajos básicos que efectúan las más grandes computadoras y que contesta consultas de la Gerencia, no ya en días, sino en muy pocos minutos.

La IBM 1440 es un equipo *completo* de Sistematización de Datos. Donde terminan los equipos convencionales a tarjetas perforadas, empieza el equipo IBM 1440. Resuelve rápidamente las tareas rutinarias de la contabilidad. En un minuto o dos, cambia de un trabajo a otro distinto. Inclusive, puede hasta pasar momentáneamente de un tipo de sistematización a otro y volver repetidas veces al anterior.

La IBM 1440 prepara informes especiales para colaborar en la dirección de su negocio.

Le brinda exactamente aquellas informaciones que usted necesita en el preciso momento que usted las pide. Pone al día simultáneamente todos los registros relacionados entre sí en cuanto se produce un cambio en uno cualquiera de ellos. Localiza e imprime cualquier dato en pocos segundos. Avisa al instante si un inventario ha llegado a su nivel crítico. Advierte acerca de cuentas morosas y vencimientos atrasados, así como de otras situaciones irregulares o extraordinarias. Todo ello instantánea y automáticamente.

"Memoriza" magnéticamente, en cada juego de discos, 2.000.000 o más caracteres de información, o sea, el contenido de 25.000 tarjetas *totalmente perforadas*. Los juegos de discos son intercambiables.

¿Será la IBM 1440 su primera computadora? Bien puede serlo.



un avión rumbo a Moscú. Ya no les quedaba la menor duda de la verdadera situación en que se hallaban. En el aeropuerto de la capital los aguardaba un coche que en 30 minutos los llevó a una prisión provisional, lo cual acabó de confirmarles que estaban en serias dificultades. Pero cuando los separaron para meterlos en celdas distintas no se figuraron que esa era la última vez que se verían... en muchos meses.

Para practicarle el primer interrogatorio extenso en Moscú, Olmstead fue llevado entre dos guardias a un salón donde lo esperaban sentados cinco funcionarios rusos. Le ordenaron que se pusiera de pie contra la pared y durante cinco minutos no hicieron más que mirarlo fijamente. Él también los miraba. Al cabo, uno de ellos dijo algo en ruso y otro de los cinco —que resultó ser el intérprete, llamado Pushkayov— tradujo en inglés.

—Tenga la bondad de sentarse. ¿Sabe usted por qué razón fue derribado su avión?

—No.

—Lo derribó un caza soviético porque violaron el espacio soviético.

—No creo que violáramos el espacio soviético.

En ese momento, un individuo corpulento, como de unos 55 años, en apariencia el mayor en edad y dignidad del grupo, se agachó sonriente, ofreció a Olmstead un paquete de cigarrillos y dijo algo en ruso. El intérprete explicó:

—El coronel Pankratov me pide que le diga que nosotros sabemos que usted miente, pero no importa. Tenemos tiempo suficiente.

(Pankratov, funcionario de la policía secreta, fue probablemente el encargado de interrogar a Francis Gary Powers, el piloto del U-2 que fue sometido a una inquisitoria similar en ese mismo tiempo.)

Continuó el interrogatorio:

—Díganos usted los nombres de sus compañeros de tripulación.

Bruce Olmstead comprendió que se estaba metiendo en terreno peligroso. Como oficial del SAC ¿le sería lícito divulgar esos nombres, incluso los de los Cuervos? Él no sabía que dos días antes, tan pronto como se supo la pérdida del avión, los periódicos, las radioemisoras y las estaciones de televisión de los Estados Unidos habían trompeteado a los cuatro vientos los nombres, los grados y las señas de los seis aviadores y, naturalmente, la agencia soviética de noticias Tass ya los sabía. Lo más probable era que el coronel Pankratov tuviera esos seis nombres apuntados en un papel sobre su mesa.

Bruce Olmstead solamente mencionó a John McKone... y también al mayor Willard Palm, pensando que tal vez este último aún viviera y así lo seguirían buscando.

—¿Ésos son todos?

—Antes de seguir contestando, les suplico que me pongan en comunicación con la embajada norteamericana.

—¿Qué misión llevaba su avión?

—Como oficial norteamericano, no me está permitido hablar de lo

que hacíamos. Pero si me ponen en contacto con el embajador de mi país aquí, él podrá explicar el asunto, o bien autorizarme a mí para hacerlo.

El coronel Pankratov frunció el entrecejo y le dijo algo al intérprete.

—No sé si se da usted cuenta, pero el caso es que está detenido por un cargo muy grave y los servicios de su embajada *no* estarán a su disposición.

El resto del interrogatorio, que duró media hora, se pasó en discusiones acerca de si Bruce Olmstead tenía o no derecho de consultar con la embajada antes de seguir contestando preguntas.

Al final, el coronel Pankratov preguntó (ésta iba a ser invariable costumbre suya) si tenía algo que pedir.

—Sí. Me parece que tengo dislocada la espalda; quiero que me examine alguien.

—Está bien; le mandaremos un médico.

Búsqueda infructuosa

Al otro lado del Atlántico las seis esposas de los tripulantes no daban paz a sus radiorreceptores. Pero no había noticias del avión perdido. En verdad, es probable que ni el mismo Nikita Kruschef se hubiera enterado aún del incidente, pues se hallaba por entonces con su comitiva en misión de "buena voluntad" socialista por las provincias de Austria. El 3 de julio un reportero norteamericano interrogó a Kruschef en Salzburgo acerca del RB-47.

—No sé absolutamente nada de ese asunto —respondió.

Sus subordinados parecían igualmente ignorantes.

Pero tres días después, las cosas cambiaron de pronto. Se suspendió misteriosamente el programa del día. Los líderes soviéticos permanecieron encerrados en su hotel, en tanto que los reporteros norteamericanos informaban que sus secretarios "corrían de aquí para allá". Kruschef hizo acto de presencia para anunciar que había decidido interrumpir sus vacaciones en Austria.

—¿Por qué hacía eso?

—Me siento cansado —explicó Nikita a la prensa. Mientras tanto, en el piso alto del hotel, los dignatarios soviéticos de menor cuantía hacían a toda prisa las maletas para regresar a Moscú.

Para las seis esposas y sus familias que todavía esperaban arracimadas en torno de sus radios en los Estados Unidos, lo peor estaba por venir.

El 7 de julio, una semana después de saberse la caída del avión, anunciaban que se había suspendido la búsqueda en el mar de Barentz. No habían encontrado nada.

Continúan los interrogatorios

Bruce Olmstead y John McKone son dos oficiales típicos del Mando Aéreo Estratégico. Ambos se enamoraron de las que son hoy sus esposas siendo aún estudiantes y se casaron casi inmediatamente; ambos tuvieron que trabajar o tomar dine-



WIDE WORLD

El capitán Bruce Olmstead y el capitán John McKone

ro prestado para la terminación de sus estudios. Pero son muy diferentes en temperamento. John McKone es el hombre "imperturbable", cualidad inestimable en un navegante cuyo oficio, algo así como el de un contador estratosférico, está lleno de quebraderos de cabeza.

Bruce Olmstead, por otra parte, es el tipo del "arrojado", característica que lo llevó al puesto de copiloto. A diferencia de McKone, que nunca ha vacilado desde que escogió la fuerza aérea como carrera, a Olmstead lo atrae todavía el ministerio de la secta episcopal. Con todo, ambos se dan perfecta cuenta de la importancia de sus trabajos respectivos y, sin ser beatos, son profundamente religiosos.

Pronto iban a necesitar ambos todas sus reservas de carácter. Durante las siguientes semanas fueron interrogados por lo menos tres veces al día, en sesiones que bien podían durar media hora como tres. Cada vez que se trataba de algún asunto peliagudo aparecía el coronel Pankratov.

—¿Sabe usted cuál es el castigo que merece su delito? —le preguntó a John McKone la primera vez que lo interrogó oficialmente.

—No conozco su código penal. ¿De qué se me acusa?

—El espionaje lo castigamos aquí con pena de muerte, fusilamiento. Bruce Olmstead se da cuenta y por eso es más tratable. ¿Qué le pasa a usted?

Olmstead, a quien se le hacían las mismas preguntas, dice que ese tipo de insinuaciones, encaminadas a que pelearan el uno contra el otro, comenzaron desde el primer día. En la segunda sesión un general le dijo:

—¿Por qué no quiere usted darnos los nombres de sus compañeros? McKone nos lo ha dicho ya todo. Por su parte la investigación está ya casi completa.

—¿Podría hablar con él u oír su declaración?

—De ninguna manera.

Cada uno de ellos confiaba implícitamente en el otro, así que la técnica de "contrapunteo" no les surtía efecto a los rusos. Más desconcertante para los prisioneros era otra treta soviética: la de darles ciertos informes para tratar de sacarles más. Les decían, por ejemplo, que ya sabían que su avión había despegado el primero de julio a las 10 de la mañana de Brize-Norton, en Inglaterra, que habían tomado combustible en las costas de Noruega y que su jefe en Forbes era el coronel William Kyle. Todos estos detalles eran desconcertantemente exactos. Lo que no sabía ninguno de los dos prisioneros, incomunicados en sus celdas, era que la mayor parte de la información había sido publicada en la prensa norteamericana.

Al cabo de dos semanas los pasaron a Lubyanka, la prisión más famosa de Rusia para reos políticos. La mudanza escasamente interrumpió la inexorable rutina de los interrogatorios diarios.

Los aviadores no sabían cuáles preguntas contestar. Como guía general solamente tenían en la memoria el código de conducta de los prisioneros de guerra, según el cual únicamente les estaba permitido revelar su nombre, su grado y el número de serie.

¿Significaba esto que debían callarse como una ostra? Eso no era sensato, pues si no respondían a ciertas preguntas ¿cómo podrían convencer a sus acusadores de la falsedad del cargo de haber cruzado la frontera rusa?

Pero los investigadores les hacían otra clase de preguntas con las cuales trataban de extraerles informes secretos y datos técnicos relativos a su equipo, al avión y a los procedimientos del Mando Aéreo Estratégico . . . cosas que no deben comentarse ni con las mismas esposas.

Afortunadamente, en este campo estaban ambos protegidos por el mismo sistema de la fuerza aérea, que no confía a nadie, por mucha confianza que le inspire, secretos que puedan divulgarse accidentalmente, e informa o enseña a cada individuo únicamente lo que necesita saber para el desempeño de su oficio especial.

Fuera de ese terreno peligroso, no había mal alguno, y quizá fuese hasta benéfico para su causa, admitir hechos que sabían eran ya conocidos de Pankratov, o que éste podía averiguar fácilmente. No obstante, si sospechaban que el inquisidor trataba de "pescar algo", pretendiendo conocer lo que apenas imaginaba, entonces un simple "no sé", era la

respuesta más adecuada que podían darle. Eso era como un juego de tenis: cuando disparaban la pregunta por encima de la red, había que devolver la respuesta sin titubeos y en forma que fuera provechosa para alcanzar la libertad, sin traicionar a la patria.

Los rusos "protestan"

El 11 de julio anunció Moscú que habían encontrado dos sobrevivientes del avión RB-47 y que estaban detenidos. En boletín subsiguiente daba sus nombres: Bruce Olmstead y John McKone. También dijeron los rusos que habían encontrado "un cadáver".

Nadine Palm pensó inmediatamente: "Ese es Bill", pues por tradición el comandante es el último que abandona la nave. Por fin llegó la confirmación del nombre del muerto: Willard Palm.

"Todo el mundo en la base donde habíamos vivido siete años se esforzaba por consolarme", dice Nadine Palm. ¿Pero qué se puede hacer cuando un gran capítulo de la vida se cierra para siempre?

Todas las esposas se encontraron de pronto bajo una gran tensión. Constance McKone recuerda que comenzaron a llegar reporteros como si brotaran de la tierra; venían de Kansas, de Nueva York y hasta de Londres, haciendo toda clase de preguntas y pidiendo toda clase de declaraciones y opiniones. "Nosotras no quisimos decir nada por no perjudicar a nuestros maridos. Al cabo de algunos días nos atrevimos a darles algunos datos biográficos. Nadie nos aconsejó lo que debíamos decir o callar. Ojalá alguien lo hubiera hecho".

En Washington se presentó también un nuevo problema. El gobierno de los Estados Unidos tenía que responder a una violenta nota de protesta soviética en la cual se acusaba al RB-47 de haber "violado las fronteras de la URSS, 22 kilómetros al norte del cabo Nariz Sagrada". A pesar de las señales que le había hecho un vigía ruso —decía la nota— el intruso se había internado aún más en el espacio aéreo soviético y, por tanto, se habían visto obligados a derribarlo sobre aguas territoriales rusas.

Y continuaba así: "Teniendo en consideración el hecho de que la violación de la frontera fue reprimida en su etapa inicial, el gobierno de la URSS se ha limitado a destruir el avión intruso y a someter a juicio a los sobrevivientes de la tripulación sobre quienes hará caer todo el rigor de la ley soviética".

Después de dar al público estas notas, Kruschef contestó en Moscú las preguntas que le hicieron más de 200 corresponsales, durante dos horas, pero no llegó nunca a decir en qué punto exacto había sido interceptado el avión norteamericano; en cambio, anunció que el piloto que lo derribó, capitán Vasily Polyakov, de 28 años, sería condecorado.

La respuesta del Occidente fue estrepitosa: Washington calificó la

nota soviética de "falsa y mal intencionada interpretación y exposición de los hechos, ya que en ningún momento el avión se había aproximado a la costa soviética a una distancia menor de 50 kilómetros. Su misión era la de efectuar uno de tantos vuelos de investigación electromagnética que, con el conocimiento del gobierno soviético, se venían llevando a cabo durante un período de 10 años a buena distancia del espacio aéreo de la Unión Soviética".

El gobierno norteamericano pidió "la libertad de los dos oficiales de la fuerza aérea" (que no les fue concedida) y "que se permitiera a un representante de la embajada de los Estados Unidos verlos sin dilación" (cosa que tampoco se obtuvo); también se reservó el derecho (que aún no ha ejercido) "de pedir completa indemnización ..." Finalmente pidió "que el cadáver del capitán Palm fuera puesto inmediatamente bajo la custodia norteamericana". Únicamente esto se logró. Agregaron de Washington que estaban listos a ponerse de acuerdo con el gobierno soviético y algunos neutrales aceptables con el propósito de efectuar una investigación del incidente sobre el terreno. De esto último los rusos hicieron caso omiso.

Intervienen las Naciones Unidas

Ni un leve rumor de semejante alboroto internacional alcanzaba a penetrar en las celdas de los dos prisioneros que sufrían en la cárcel moscovita - sus tres interrogatorios diarios. El 11 de julio sus inquisidores les dijeron, como de paso, que ya sus familias habían sido informadas de que estaban vivos. Olmstead se sorprendió de que no se lo hubieran dicho inmediatamente. ¿No sería una trampa de los interrogadores? ¿Por qué no recibían cartas si sabían que estaban vivos?

Por entonces Olmstead tenía la pierna derecha rígida e inútil. Al principio lo habían curado superficialmente, pero el día 16 al fin le tomaron radiografías y lo pusieron en aparatos de tracción en su cama de la celda; al parecer los rusos se habían dado cuenta de la gravedad del caso, porque dejaron pasar toda una semana sin interrogarlo.

Luego lo llevaron a una oficina administrativa donde un coronel le leyó los cargos por los cuales estaba detenido y le explicó que, según la ley soviética, podían detenerlo hasta por nueve meses sin ver a un abogado, sin fianza, sin que se le siguiera juicio, sin hábeas corpus y sin posibilidad de apelación. Además, bajo el sistema soviético, quienes realmente establecían la culpabilidad o la inocencia del acusado eran quienes lo interrogaban antes del juicio; el proceso que seguía después era apenas la ratificación formal, por parte de un tribunal sin jurado, de las conclusiones a que ellos hubieran llegado; la verdadera función del juez era la de imponer la pena y dictar la sentencia adecuada.

Después de oír tal explicación, ninguno de los dos acusados quería firmar siquiera la declaración de que había entendido los cargos que se le hacían. Pero cuando les dijeron que serían detenidos de todos modos y que la única manera de alcanzar alguna forma de juicio era firmar esa declaración, accedieron. Les pareció además que ésa era su única esperanza de hacer saber al mundo que estaban vivos.

No obstante, en la tercera semana de julio informaron a Olmstead que la Unión Soviética protestaría ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas contra esos "vuelos agresivos".

¿Sería una simple protesta formal, o se promovería algún debate mayúsculo en el cual saliera a la luz el hecho de que estaban presos por cargos infundados? Los dos hombres, privados de todo contacto con el mundo exterior, no tenían cómo saberlo.

Lodge lanza una bomba

Cuando las esposas de los aviadores supieron que el caso iba a ventilarse ante el Consejo de Seguridad de la ONU, quisieron, como es natural, asistir a las sesiones. Mas la ciudad de Topeka, en Kansas, que era donde vivían casi todas, está muy lejos de la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York. ¿No sería posible que la fuerza aérea les proporcionara el trasporte?

Todos los reglamentos estaban en su contra: como civiles que eran no podrían viajar en los aviones de la fuerza aérea sin autorización de la Secretaría de Defensa. Los aviadores tuvieron que resolver el problema a su manera: hicieron una colecta entre el personal de la escuadrilla 55 del RB-47, y en poco tiempo recogieron lo suficiente para comprar los pasajes de ida y vuelta.

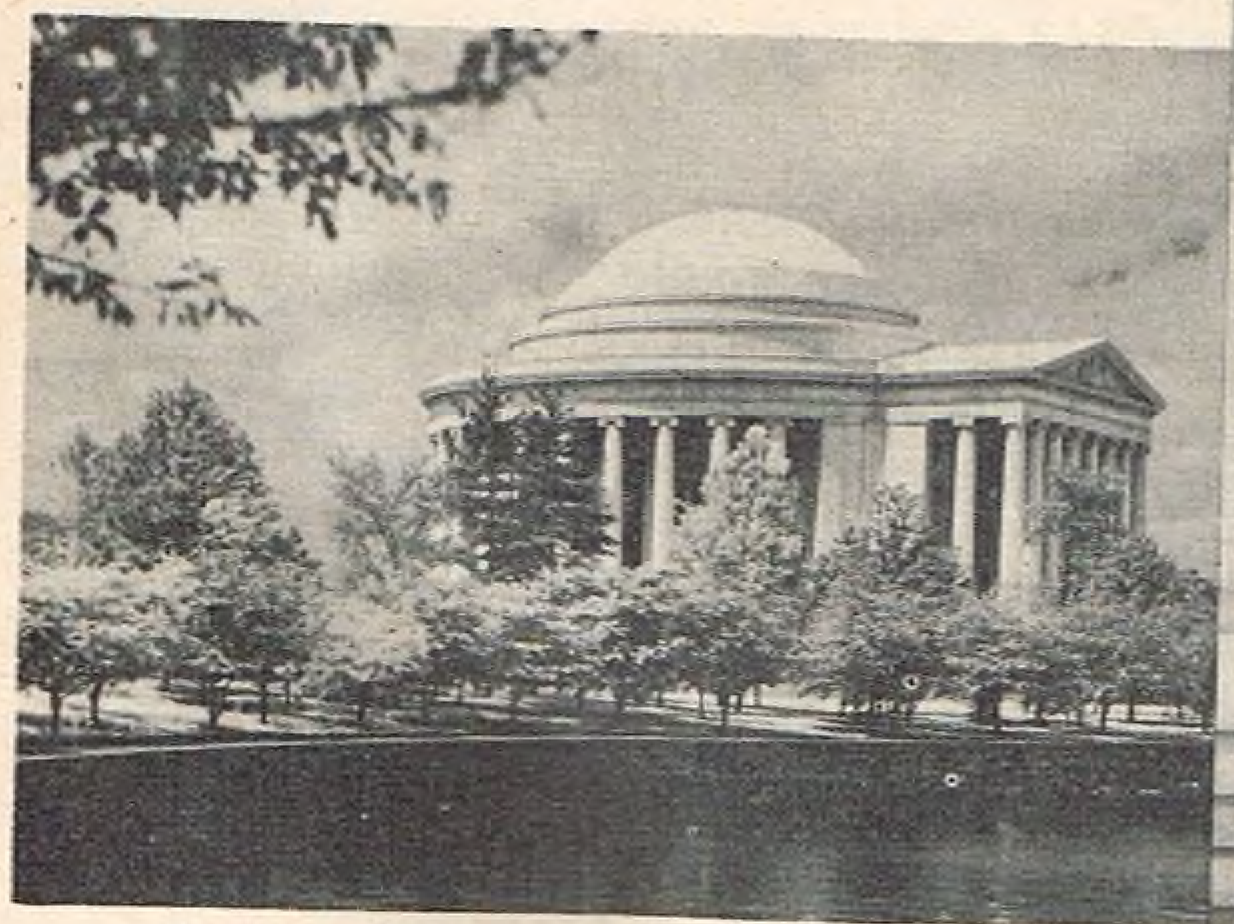
"Quince millones de periodistas cayeron sobre nosotras", dice Constance McKone, "pero nos abstuvimos de hacer declaraciones por temor de decir algo que pudiera perjudicar a nuestros maridos".

A pesar de toda su entereza, una chica reportera logró acorralar a Constance McKone en Nueva York, con la esperanza de sacarle una entrevista conmovedora.

—¿Cree usted que los aviones norteamericanos deben volar tan cerca de la frontera rusa? —le preguntó.

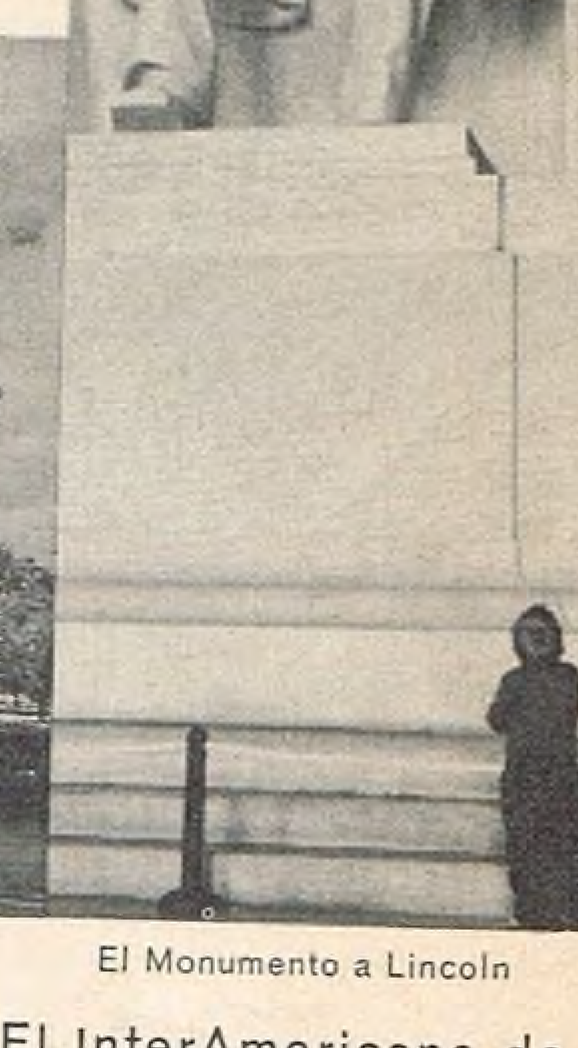
—No es solamente necesario sino indispensable —le respondió Constance echando lumbre por los ojos.

Al día siguiente, al comenzar la sesión en las Naciones Unidas, Vasily Kuznetsov, jefe de la delegación soviética, se levantó a presentar la denuncia. Dijo que se había convocado el Consejo de Seguridad para que considerara "nuevos actos de agresión" de los Estados Unidos y en seguida pasó a relatar la manoseada versión soviética del vuelo y abatimiento del RB-47. El avión, dijo, era uno de los que patrullaban constantemente las regiones árticas, "cargados de bombas atómicas y de hidrógeno". No había hecho caso





Vea más en Wáshington—El Monumento a Jefferson



El Monumento a Lincoln



El Capitolio de los E. U. A.

de la orden de aterrizar y continuó volando rumbo a la ciudad de Arcángel. Se refirió a la petición norteamericana relativa a llevar a cabo una investigación internacional sobre el terreno, pero la rechazó alegando que su gobierno ya había "presentado todas las pruebas necesarias".

Luego, mirando a las jóvenes esposas dijo: "Mientras los aviadores norteamericanos son sacrificados por causa de esta política de agresión, los verdaderos responsables de estos vuelos exhiben una inquietud farisaica por la suerte de los pilotos, vertiendo lágrimas de cocodrilo". Las seis muchachas escuchaban inmóviles en la galería, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

Aunque ya era tarde cuando terminó de hablar Kuznetsov, el embajador Henry Cabot Lodge se levantó y le respondió brevemente:

"La verdad es que, en el momento en que, según dice la Unión Soviética, nuestro avión fue derribado sobre sus aguas territoriales, éste se hallaba a 80 kilómetros de distancia de la costa soviética". Ésa era exactamente la posición que alegaban McKone y Olmstead, pero ¿cómo podría Cabot Lodge estar seguro de ella?

Entonces soltó una bomba que hubiera sorprendido aun a McKone y Olmstead. Con mirada penetrante y fija en la delegación rusa, continuó: "El avión estaba todavía en el aire 20 minutos después, sobre el mar abierto, a 300 kilómetros del

punto alegado por la Unión Soviética, volando en dirección nordeste".

¿Cómo podía saberlo?

"El personal norteamericano que seguía el curso del vuelo por medio de dispositivos científicos podía precisar constantemente su posición exacta", explicó Lodge.

Aunque la índole precisa de tales dispositivos no podía revelarse por constituir un secreto militar, el mundo supo entonces por primera vez lo que ni John McKone ni Bruce Olmstead habían sabido antes, es decir, que mientras volaban sobre la península de Kola, ojos amigos velaban sobre ellos, llevando una cuidadosa minuta de su trayectoria. Mostraba ésta que a las 3:03, hora de Zulu, el avión se hallaba a más de 80 kilómetros de distancia del cabo Nariz Sagrada, que era exactamente lo que John McKone había visto en la pantalla de su radar.

Lo que los ojos amigos no habían podido ver a tan gran distancia, habían sido los proyectiles del cañón con que el caza soviético destrozó los motores del RB-47 un minuto después. Pero sí vieron el avión, que seguía un curso errático semicircular, y al caza ruso que se apartaba de él, quizá porque ya estaba escaso de combustible. (Más tarde el piloto soviético confirmó la aserción de Cabot Lodge.)

¿Qué le pasó entonces al RB-47? Lo más probable es que Palm continuara volando con el fin de dar tiempo a los tres "Cuervos" de saltar en paracaídas. La razón de que él mismo no saltara nunca se sabrá.

Cualquiera que ésta fuese, el hecho confirmado es que el RB-47 describió un amplio círculo durante 20 minutos más y después, bamboleándose hasta adoptar su curso original, se perdió de vista y probablemente descendió sobre el mar. Eso ocurrió a las 15:22 hora de Zulu, y a unos 300 kilómetros al nordeste del punto en que John McKone y Bruce Olmstead achicaban en esos momentos sus balsas de goma. (Cómo encontraron los rusos el cadáver de Palm es otra cosa que nunca se sabrá.)

Cabot Lodge continuó diciendo que la tripulación del RB-47 formaba parte del personal militar de los Estados Unidos, que efectuaba un vuelo legal sobre aguas internacionales, y que el gobierno soviético no había creído conveniente aceptar la propuesta de que se practicara un reconocimiento sobre el terreno. ¿No denotaba esa actitud el más claro reconocimiento de su culpa? En seguida presentó un proyecto de resolución para que se encargara a una comisión internacional "de la inspección del sitio, el examen de los restos del avión que pudieran localizarse, y el interrogatorio de los sobrevivientes y otros testigos", para que de esta manera quedaran saldadas las diferencias soviético-norteamericanas.

La resolución de Lodge se abstenía de criticar a la Unión Soviética; ni siquiera afirmaba que los Estados Unidos tuvieran la razón, ya que únicamente la investigación podría determinarlo.

Hubo más discursos por parte de miembros del Consejo (solamente Polonia respaldó la posición soviética) y luego vino la votación. La Unión Soviética tuvo que apelar al veto (el Nº 88) para impedir que pasara la resolución de Lodge y otra vez (el Nº 89) para derrotar una resolución propuesta por Italia pidiendo que se permitiera a la Cruz Roja entrevistar a McKone y a Olmstead.

Las seis jóvenes en la galería (dos esposas y cuatro viudas) se pusieron de pie y se retiraron. Aquellos señores graves, pulcramente vestidos con trajes oscuros, nada podían restituir a las viudas; de ellas, solamente Nadine Palm tendría al menos la satisfacción de presenciar el funeral de su esposo con todos los honores militares.

"¿Censura? . . . claro que no"

Al parecer, los rusos llegaron a la conclusión de que no era sensato hacer caso omiso de la opinión mundial, pues al cabo de una semana, Constance McKone y Gail Olmstead recibían sendas comunicaciones de la embajada soviética en Washington. Decían simplemente:

"Señora: La presente tiene por objeto informar a usted que su marido ha obtenido permiso de sostener correspondencia con sus parientes y allegados".

Ambas escribieron al punto. En Moscú también autorizaron a McKone y Olmstead para escribir a sus casas.

—Pero . . . antes de escribir la car-

ta debemos tener una idea de lo que usted va a decir en ella —dijo a Olmstead su interrogador.

—¿Censura?

—Claro que no . . . sólo que algunas de las cosas que usted tiene que decir son: primero, que está en perfecta salud (lo de sus heridas ya lo contará después); segundo, que está arrepentido de lo que ha hecho; tercero, que le parece que, en bien de la paz mundial, los aviones norteamericanos no deben volver a cruzar las fronteras soviéticas.

—¿Por qué no me deja escribir a mí la carta? —dijo Olmstead—. Después, si no les gusta, tal vez se pueda arreglar.

—Le daremos unos cuantos días para que tenga tiempo de pensar en lo que debe escribir.

Al cabo de seis días, el 8 de agosto, volvió el carcelero con pluma, papel y tinta, y después de insistir en sus tres puntos añadió:

—Nosotros no vamos a ordenarle lo que debe decir; solamente le diremos lo que no debe escribir.

Bruce Olmstead comenzó la carta y siguió adelante hasta que llegó a la parte delicada: "No tengo idea de cómo pasó todo esto", escribió. "Posiblemente se debió a algún error de navegación (y luego con letras gruesas) o quizás a otras cosas que han podido suceder".

"Pero los rusos no se tragaron esa", dice Olmstead. "Querían que escribiera: *En cuanto a cómo cruzamos la frontera soviética, no sé qué decir*, lo que equivalía a una confesión de que habíamos violado la frontera. Yo no accedí. También me tacharon un párrafo en que había copiado una plegaria, alegando que ellos no entendían eso. El 12 de agosto volví a escribir la carta y puse en ella algunas de las frases que me dictaron, con la esperanza de que Gail comprendiera que habían sido escritas bajo coacción".

Los rusos leyeron esta nueva versión, y a pesar de que había en ella frases dictadas por ellos mismos, al pie de la letra, todavía exigieron más cambios. Olmstead no quiso hacerlos y entonces se llevaron la carta, meneando la cabeza con gran solemnidad. El 30 de agosto volvieron a presentársela para que le hiciera las modificaciones pedidas.

—Lo siento mucho, pero no la cambio. Si les parece mándenla así, o si no, no la manden.

Al cabo de una semana le anunciaron que la habían echado al correo.

John McKone, en su celda, sostuvo otra batalla parecida con su primera carta. Dudaba de que hubieran despachado alguna de las que escribió y no sabía si su familia llegaría a enterarse algún día que estaba vivo. Si Constance lo sabía ¿por qué no había escrito? ¿Cuál era la causa de que en su patria no hubiesen hecho gestiones para ponerlo en libertad? Sabiendo que el primer deber del sobreviviente de una catástrofe era el de hacer conocer su existencia y el punto en que se hallaba, aceptó el dictado de los rusos en los primeros párrafos de su carta.

"John McKone a Constance
3 de agosto
Carta No. 1

Mi adorada Connie e hijitos:

Esta es la primera carta que les escribo. Los rusos tuvieron la bondad de permitirme enviársela.

Voy a tratar de explicarles lo que ocurrió el primero de julio de 1960. Volábamos a lo largo del litoral de la Unión Soviética en la región de la península de Kola y tan pronto como nuestro avión traspasó la frontera marítima de Rusia fue derribado. Yo salté en paracaídas y más tarde me recogió un barco soviético. Estaba transido de frío y los rusos cuidaron de mí y me curaron solícitamente. El mar es muy frío en esas altas latitudes".

Al hacer hincapié en lo de "altas latitudes", esperaba que su mujer entendiera que en realidad no habían cruzado la frontera marítima rusa sino que habían sido derribados mucho más al norte. Así lo entendió, no solamente ella, sino también la fuerza aérea.

"Pude distinguir perfectamente cuáles eran realmente los párrafos de John", dice Constance McKone, "y cuáles habían sido escritos bajo coacción: las frases dictadas eran pomposas, de un estilo muy diferente al suyo. A veces, si en una carta o en una posdata abundaba el dictado, él me ayudaba a descubrirlo firmando al final, no *John*, como siempre lo hace, sino *John R. McKone*. Comprendíamos que esas frases eran el precio que le exigían por dejarle enviar la carta".

La correspondencia llegó a convertirse en un cuidadoso dechado de frases convencionales. No obstante, opinaba Olmstead que era "preferible recibir cartas que decían muy poco a no recibir nada. Gail me escribía una vez a la semana... y sin embargo, no me entregaron cinco de sus primeras cartas. Como sabían ellos que la correspondencia era un factor moral importante, me entregaban el correo cada dos semanas, siempre al comienzo de los interrogatorios. Después de leídas se las llevaban, de modo que tenía que contestarlas de memoria".

El ambiguo testimonio del capitán Polyakov

CIERTO DÍA de fines de agosto llevaron a John McKone a un cuarto lleno de caras nuevas. Allí conoció a un oficial de la fuerza aérea rusa que lucía sobre su uniforme la medalla de la Orden de la Bandera Roja: era el capitán Vasily Polyakov, de quien McKone no había oído hablar siquiera, y que no se dignó mirarlo cuando se lo presentaron.

Le informaron que el capitán Polyakov era quien los había derribado a cañonazos. El capitán, sin quitar la vista del oficial superior de la fuerza aérea que se hallaba presente, comenzó a recitar ceremoniosamente:

"Despegué de mi base con órdenes de efectuar un vuelo de identificación; volé paralelamente al avión intruso, en espacio soviético; podía divisar la costa fácilmente". (Ésta fue su primera mentira, dice John



SOVFOTO

El capitán Vasily Ambrosievitch Polyakov, piloto soviético que derribó el avión norteamericano el 1º de julio de 1960.

McKone, porque cuando fueron puestos en libertad, Bruce Olmstead le aseguró que, desde su cabina, donde la visibilidad era perfecta, él no alcanzaba a divisar tierra alguna.)

"Mientras volaba paralelamente al avión intruso, antes de que éste cruzara nuestra frontera", continuó Polyakov, "recibí una llamada de nuestra estación de radar para ordenarme que aprestara mi armamento. Una vez que el avión intruso hubo entrado en espacio soviético y pasó sobre el cabo Nariz Sagrada en la península de Kola, en dirección a Arcángel, me acerqué a él y le hice señas de que me siguiera. En vez de obedecer, el intruso comenzó a apartarse de la frontera soviética, hacia la izquierda. Como no había hecho caso de mis instrucciones lo derribé. Después, hallándome escaso de combustible, regresé a mi base".

Sacaron luego un mapa en que estaban marcadas las rutas de los dos aviones. Se le preguntó a Polyakov si eran correctas y él respondió que sí. En seguida invitaron a McKone a examinarlas.

No queriendo discutir, por el momento, acerca de la exactitud del mapa, McKone se limitó a preguntar a Polyakov por medio de su intérprete:

—¿Qué clase de señal nos hizo usted?

—Moví las alas de un lado a otro —respondió Polyakov.

Para cualquier aviador experto esto significaba que, si en verdad Polyakov había hecho alguna señal, ésta no era la correcta. Cuando un caza quiere ordenar a otro avión que lo siga para aterrizar, la señal internacional consiste en volar a su lado, a plena vista del otro piloto, y disparar una andanada de aviso; cosa que no hizo Polyakov.

Aquella noche, como muchas otras después, John McKone no pudo conciliar el sueño. En su memoria repasaba una y otra vez todos los detalles del incidente.

¿Quién tendría la razón acerca de la posición: él o Polyakov? En cualquier fuerza aérea, la tripulación de un bombardero debe saber exactamente, en todo momento, dónde se encuentra, dentro de un perímetro de kilómetro y medio poco más o menos; en cambio, el mejor piloto

de un caza puede cometer fácilmente un error de 80 kilómetros, ya que en el caza, un solo hombre debe hacerlo todo, y lleva únicamente una brújula magnética que en la región comprendida entre el polo norte y el círculo polar ártico es casi inútil. El piloto del avión de combate depende en gran parte del enorme aparato de radar de su base, que le indica en qué lugar se encuentra y dónde está su objetivo. Así, un caza que no esté en contacto con su base puede extraviarse fácilmente. En cambio, un RB-47 lleva dos brújulas magnéticas y tres giroscópicas y su aparato de radar permite a sus navegantes tomar la posición exacta de puntos costeros a centenares de kilómetros de distancia.

¿Estaba Polyakov en contacto con su base en el momento en que los derribó? ¿Le comunicaron su posición? ¿Le dieron desde allá la orden de disparar? Ninguno de los altos oficiales rusos le había hecho estas preguntas.

McKone ansiaba tener otro encuentro con Polyakov.

Polyakov cambia de tono

El 10 de octubre citaron a John McKone a un segundo careo con el capitán Polyakov.

Esta vez presidía la sesión un nuevo personaje, un mayor general de la procuraduría militar. "No trató de hacerme admitir cosas que no habían ocurrido ni me hizo preguntas de carácter político. Claramente se veía al militar que procuraba concretarse a los hechos. Era la primera vez que me sucedía esto. Las preguntas que le hacía a Polyakov eran tan claras y difíciles como las que me dirigía a mí. Comencé a pensar que se habían convencido de que todo aquello podía ser un error y que ahora se proponían averiguar de qué magnitud.

"Para comenzar, Polyakov volvió a recitar su discursillo, pero con una variación. En el primer interrogatorio conjunto había figurado un mapa que Polyakov juró entonces era correcto. En él se indicaba su trayectoria, desde Murmansk hasta muy adentro de las aguas internacionales, cuando vino a practicar lo que él llamaba un vuelo de identificación; pero en esta segunda sesión no hubo mapa, y Polyakov juró que en ningún momento había salido del espacio ruso. Interesante cambio de actitud, por cierto. No obstante, al mayor general, que no había asistido al careo previo, no le llamó la atención esta modificación. Cuando Polyakov terminó su recitación el general se volvió a mí.

—¿Tiene usted conocimiento, como navegante del RB-47, de haber cruzado la frontera soviética?

—Si lo hubiéramos hecho habría sido accidentalmente. Pero estoy seguro de que no lo hicimos.

John McKone expuso en seguida las razones por las cuales sabía exactamente en donde estaba: mencionó sus dos brújulas magnéticas y tres giroscópicas, su radar de precisión, el calculador que marcaba la situación del avión (longitud y

latitud) con punteros que se movían sobre dos cuadrantes a medida que proseguía el vuelo y que también compensaba las posibles variaciones por causa del viento y el magnetismo. El general soviético lo escuchaba atentamente.

"No me fue preciso hacerles notar que Polyakov no disponía de equipo de navegación que se pudiera comparar con el mío. Ellos lo sabían".

Cuando terminó de hablar, el general le preguntó:

—¿Desea usted hacerle alguna pregunta al capitán Polyakov?

Al fin le llegaba la deseada oportunidad.

—Sí. El capitán Polyakov ha dicho que estuvo en contacto con su estación de tierra. Mi pregunta es ésta: ¿Estuvo en contacto con esa estación, cuyo radar lo orientaba, en el *momento exacto* en que disparó sobre nosotros?

Polyakov respondió, dirigiéndose, como siempre, al general ruso y no a McKone:

—No, no lo estaba. Precisamente un momento antes que el avión intruso cruzara nuestra frontera hubo una interferencia en mis aparatos de radio y no recibía mensajes.

Se hizo un largo silencio durante el cual el general soviético se quedó mirando a Polyakov sin decir palabra mientras éste tenía la mirada perdida en la distancia. Después se levantó, dando a entender que había concluido este segundo y último careo; los demás lo imitaron y salieron del cuarto detrás de él.

Claro de luna y rosas

Hacia fines del otoño, la posición soviética en el caso McKone y Olmstead era bien deslucida. En el pasado mes de julio los superiores del capitán Polyakov habían dado crédito a sus declaraciones y sobre esas bases Kruschef prometió al mundo someter a los aviadores norteamericanos a un proceso público "con todo el rigor de la ley soviética". Se creía entonces que los acusados confesarían su delito en pocas semanas.

Mas ahora ¿qué harían? Como Olmstead y McKone sostenían insistentemente que los habían derribado sobre aguas internacionales y se negabán a censurar a sus jefes y los vuelos, un proceso público podía ser desastroso. El problema soviético consistía en evitar el proceso con el menor desprestigio posible.

Comenzó entonces para los norteamericanos un período de calculada bienandanza. Disminuyeron los interrogatorios ... ya sólo les hacían uno a la semana y generalmente se reducían a charlas sin importancia. "Me preguntaban acerca de las costumbres norteamericanas y luego me contaban lo que se hacía en la Unión Soviética", recuerda Olmstead. "Yo encaminaba la conversación hacia la educación y la literatura para conocer sus puntos de vista. Me parecieron inteligentes y al mismo tiempo curiosamente restringidos, ya que todos sus conceptos tenían que pender de la armazón marxista. Si algo no cabía en ella ...

nunca habían oído hablar de eso, o no lo creían".

La religión era tabú. Cuando quiera que escribían una oración en las cartas para su casa, los rusos la tachaban diciendo: "Nosotros no entendemos eso y no podemos dejar pasar cosas que no entendemos". Bruce Olmstead, que todavía pensaba seriamente hacerse ministro episcopal, les pidió varias veces una Biblia, mas los soviéticos hicieron caso omiso de tan sencilla solicitud durante meses.

No obstante, la llama de la fe no se había extinguido del todo en Rusia. Cierta vez, la vieja fregona que le llevaba la comida a Olmstead a su celda, alcanzó a ver un crucifijo que éste había hecho con palillos de fósforos. La vieja se santiguó y miró al preso inquisitivamente. Él le hizo una seña afirmativa con la cabeza y a ella se le iluminó el rostro decrépito, se puso la mano sobre el corazón con una expresión de fe inconfundible y volvió a santiguarse.

En diciembre los sacaron a pasear por Moscú y los llevaron al cine. A cada uno por separado.

Cuenta John McKone que, como todo prisionero, él también soñó muchas veces con la fuga y que trataba de imaginar el número de guardias con que tendría que tropezar. Luego llegó a averiguar que una patrulla armada de ametralladoras ligeras custodiaba cada una de las ocho puertas acerrojadas por las que hubiera tenido que pasar. La fuga habría sido imposible. Además, durante los paseos por la ciudad los seguía siempre un automóvil lleno de guardias en traje de paisanos.

Mas, a pesar de la estricta vigilancia, el trato que les daban continuó mejorando. La víspera de Navidad los sacaron de sus celdas, no para interrogarlos, sino para concederles una hora de conversación entre sí. Aunque sólo les permitieron hablar de sus familias, mientras los rusos discutían, ellos se las apañaron para cuchichear un poco . . . especialmente acerca del día en que los pondrían en libertad, que no debía de estar muy lejano, ya que les toleraban esta clase de reuniones.

"Buena voluntad" al estilo del Kremlin

El 21 de enero, un día después de la toma de posesión del nuevo presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, Nikita Kruschef citó a su despacho del Kremlin al embajador norteamericano, Llewellyn Thompson, para tratar del caso Olmstead y McKone. Aunque eran culpables, le dijo, él estaba dispuesto a soltarlos como un gesto de buena voluntad, si tuviera la certeza de que la nueva administración lo entendería así. En seguida abordó el asunto de futuros vuelos.

El embajador Thompson estaba preparado para informarle sobre este punto. La administración de Kennedy había resuelto ya continuar la suspensión de los vuelos impuesta por el presidente Eisenhower a raíz del desastre del avión de reconocimiento U-2 de Francis Po-

wers sobre territorio soviético. Entonces comenzaron a cruzarse los cables a través del Atlántico, para que el entendimiento fuese completo.

Washington, naturalmente, no explotaría lo que Moscú consideraba un gesto amistoso. El anuncio se haría simultáneamente en las dos ciudades y probablemente coincidiría con una conferencia de prensa presidencial. Washington tomó nota del punto de vista de Moscú acerca de la culpabilidad de John McKone y Bruce Olmstead, pero hizo constar su discrepancia con él. (Técnicamente, aun bajo el procedimiento legal soviético, no se había logrado probar esa culpabilidad.)

La tarde del 23 de enero, se informó a los prisioneros, por separado, que serían puestos en libertad "muy pronto". A poco se abrieron las puertas de sus celdas y al salir John McKone de la suya, se quedó sorprendido al ver que Bruce Olmstead salía de otra que apenas distaba unos cuatro pasos en la misma hilera.

Se quedaron charlando un minuto. Luego los rusos les pidieron que siguieran por el corredor hasta un salón en donde podrían pasar el rato viendo televisión.

—Y podéis hablar de todo cuanto queráis —les dijo el guardia—. Ya no nos importa.

Fue un encuentro feliz; hasta los mismos rusos parecían contentos de que hubiera terminado el largo período de tirantez. Probablemente al principio habían creído en la culpabilidad de sus prisioneros; mas al ver que los interrogatorios no los hacían flaquear y que los careos sacaban a la luz más hechos, no pudieron menos que convencerse de que se había cometido una injusticia.

Esa noche John McKone no pudo dormir pensando en el regreso al hogar. Recuerda que nunca se había sentido tan feliz. Al día siguiente les informaron oficialmente que los pondrían en libertad. Les entregaron ropas nuevas y una maleta de viaje llena de paquetes de cartas de sus parientes, muchas de las cuales no se les había permitido ver antes. Fuera de esto recibieron también centenares de tarjetas de Navidad y de cartas dirigidas a ellos por personas extrañas, de todas partes del mundo.

Luego, en un corredor de la prisión de Lubyanka, estrecharon por última vez la mano de sus intérpretes y sus interrogadores. No fue esto una mera fórmula por llenar las apariencias; pues quien pasa siete meses en una cárcel, tratando apenas unas cuantas personas, no puede evitar que éstas se entren hondamente en su vida... como él en las suyas. Hasta los guardias, generalmente indiferentes, les sonreían.

Acompañados por dos funcionarios de la oficina de relaciones exteriores, salieron de Lubyanka y tomaron un coche negro que a poco andar hizo alto frente a la embajada norteamericana. Allí se firmaron unos documentos en los cuales



se certificaba que ese día, 24 de enero, el gobierno soviético entregaba al gobierno norteamericano las personas de John McKone y Bruce Olmstead. Cuando salieron los rusos con sus recibos firmados siguió una alegre charla con los agregados militares de la embajada, el embajador Thompson les dio la bienvenida, y pronto llegó la hora de salir para el aeropuerto... rumbo a casa.

"Habla el presidente Kennedy"

Ese mismo día en Topeka, a eso de las cinco menos cuarto de la tarde, Constance McKone y Gail Olmstead recibían una llamada telefónica de Washington. Las llamadas se sucedieron con un minuto de diferencia, poco más o menos, y eran idénticas:

"Le habla el coronel McHugh. Tengo muy buenas noticias que darle. A las cinco el Presidente anunciará al pueblo norteamericano que su esposo está ya en camino para su tierra. Soy el edecán de aviación del presidente Kennedy; él desea hacer saber a usted por mi conducto que comparte con usted su felicidad. Tenga la bondad de no decir nada de esto mientras el Presidente no haya hecho el anuncio oficial".

Las dos chicas no se apartaron de sus respectivos televisores en espera de la primera conferencia de prensa del joven Presidente. Mientras Kennedy daba la noticia, los teletipos de las agencias de prensa recibían este despacho de Moscú:

"Como resultado de un intercambio de opiniones, y con el sincero deseo de echar las bases de un nuevo estado de relaciones, el gobierno soviético ha pedido al presidium de la URSS que exonere de responsabilidad criminal a estos dos aviadores".

Cinco minutos después de la radiodifusión del Presidente, Gail Olmstead oyó en su teléfono esa misma voz.

—Le habla el presidente Kennedy. Quiero que sepa que todos aquí compartimos su felicidad por el regreso de su esposo. Tendré mucho gusto de verla a usted cuando venga a Washington.

Un momento después Constance McKone recibía dos llamadas, una de ultramar y otra de Washington. La primera de su marido, la otra del Presidente.

—¿Con quién quiere que la comunique primero? —preguntó la telefonista.

—Con John.

—¿John Kennedy o John McKone?

—Con John Kennedy... supongo —respondió ella por cortesía.

Cuando terminó de hablar el Presidente, dijo como la cosa más natural del mundo: "Bueno, nos veremos mañana".

"Aquello me sonó como si dijera *ya nos veremos*. Yo no tenía idea de que saldría a recibir a John y a Bruce al aeropuerto, ni que Gail y yo íbamos a estar también presentes".

Cuando se logró efectuar de nue-

vo la comunicación telefónica con ultramar, ya había partido el avión en que viajaba John McKone.

La suerte del perrito de juguete

AL ATERRIZAR en Washington, John McKone fue el primero que salió del avión. Le sorprendió ver al Presidente con la cabeza descubierta esperándolos al pie de las escalerillas. McKone lo saludó militarmente y luego le estrechó la mano... sin quitar los ojos del sitio en que se hallaba su esposa. En seguida salió Olmstead. "Yo le dije, buenos días señor Presidente... pero olvidé el saludo militar por estar mirando a mi mujer, ataviada en un vestido negro de maternidad, y a mis padres". En seguida, según los fotógrafos le contaron más tarde a Constance, hubo el beso más largo jamás registrado en televisión.

Vino luego la recepción en la Casa Blanca, donde el Presidente departió con los dos capitanes de la fuerza aérea; díjoles cuán alegre estaba por su regreso y les recomendó que tomaran unas merecidas vacaciones. Poco después, cuando llegó más gente a darles la bienvenida, comenzaron a darse cuenta del vacío que esos siete meses habían dejado en sus vidas. ¿Cuándo los dejarían solos con sus esposas para poder llenar ese vacío? Todavía no, pues los dos departamentos que les habían reservado en la base aérea de Andrews

El presidente Kennedy y su señora con el vicepresidente Johnson reciben a los dos oficiales de aviación y sus esposas en el Salón Rojo de la Casa Blanca.

WIDE WORLD



estaban colmados de gente: oficiales de alta graduación, parientes y amigos.

Además, tenían un triste deber que cumplir: las cuatro viudas de los camaradas desaparecidos estaban ansiosas de saber cómo habían sido los últimos momentos de sus esposos sobre el mar de Barentz; qué habían hecho, qué habían dicho, cualquier detalle que fuese como la pincelada final del retrato que cada una de ellas guardaba del hombre que ya nunca regresaría.

"Todavía no sabía yo lo ocurrido, o las últimas cosas que se hablaron en el momento de ser derribado el avión... ellos podrían contarme por lo menos algo de lo que deseaba saber", dice Nadine Palm.

"Muy difícil es explicarles todo esto a los niños. La mayorcita, Michelle Marie, cuando supo que John y Bruce habían sido puestos en libertad me preguntó:

—¿Por qué hizo eso Kruschef, mamá?

—Por complacer al presidente Kennedy.

—Pero... ¿por qué lo hace después de haber condecorado al hombre que mató a papá?

"¿Qué dice usted? ¿A quién se puede culpar? ¿Al Mando Aéreo Estratégico? No. ¿Al presidente Eisenhower? No. ¿Al piloto ruso? Quizás no hacía más que obedecer una orden.

"Mi único consuelo es pensar que mi esposo sabía lo que hacía, que tenía conocimiento de la importancia de su misión y que no hubiera procedido de otra manera. Pero a veces hago mal en hablar de ello. El otro día hablé con uno de los aviadores que, al día siguiente, iba a salir a efectuar posiblemente el mismo vuelo que hizo mi marido sobre el mar de Barentz, y lo preocupé mucho. Todo cuanto le dije fue: "Cuando pases por ese lugar, no olvides encomendarlo a Dios".

¿Y POR QUÉ razón habría de escoger el autor un título tan poco llamativo para una narración colmada de sufrimientos, heroísmos y muertes violentas?

Cuando un hombre muere en el servicio de su patria, sus coterráneos no perdonan esfuerzo alguno por conservar los recuerdos de su presencia en esta vida. Se ha dado razón de todos los efectos personales del mayor Willard Palm, menos de uno: del perrito de juguete que su chiquilla de 11 años le envolvió tan cuidadosamente poco antes de salir en su último vuelo.

El perrito nunca tuvo gran valor intrínseco. Se presume que hoy reposa, y que reposará para siempre en completa oscuridad, bajo cien brazas de las aguas indiferentes del mar de Barentz. El recuerdo de su existencia se desvanecerá con el tiempo... mas no para la hija del mayor Palm, ni para su esposa, ni para los sobrevivientes de la tripulación que voló bajo su mando.

ANTÍDOTO CONTRA EL MIEDO, a cinco kilómetros de altura



POR STEPHEN COWAN, DE MONTREAL

Gerente de Producción (División de Fomento Químico) de la Dominion Tar and Chemical Company

VOLÁBAMOS al oeste de Ottawa, a 5000 metros de altura, una noche clara y fría de invierno, cuando supimos por el piloto que algo andaba mal en el avión. El tren izquierdo de aterrizaje no funcionaba bien.

Lo que hice entonces parecerá bastante extraño, pero es verdad: seguí leyendo el READER'S DIGEST que había comprado en el aeropuerto de Toronto.

Estábamos ya sobre Ottawa y los mensajes iban y venían entre nuestro moderno avión de chorro y la tierra helada. Hubo que descartar el aterrizaje allí y seguimos hacia la base principal de la línea aérea, en Montreal.

Los artículos del READER'S DIGEST corrían frente a mis ojos: sobre los esquimales, sobre las posibilidades de unión europea, el amor romántico *versus* la atracción de los sentidos, los vuelos espaciales y el espíritu del hombre . . . Dentro del aparato, el espíritu del hombre era excelente. Ninguna de las 49 personas que iban a bordo daba el menor indicio de terror y, al evocar la escena hoy, me asombro de lo tranquilos que nos mostrábamos. Quizá todos sentían, lo mismo que yo, que de cualquier modo nada podíamos hacer, y que el pánico, por el contrario, sería lo que menos nos ayudaría.

Ya nos encontrábamos sobre el aeropuerto de Montreal. Comenzamos a dar vueltas y más vueltas en el aire, para consumir el combustible, mientras en tierra las autoridades reunían todas las ambulancias y los vehículos de auxilio disponibles, para prepararse a lo peor. El piloto, capitán Kenworthy, y los demás tripulantes, nos daban instrucciones sobre los procedimientos que se siguen en un aterrizaje forzoso.

Así pasó media hora más, mientras yo seguía con la vista y el pensamiento clavados en el READER'S DIGEST: cómo ganar un millón de dólares, lo que era el mundo hace cuarenta años cuando nació la revista, la manera . . .

Descendíamos con sólo dos de las tres ruedas. Hacia el oeste podía ver las luces del suburbio en que vivo. Al tocar tierra, el ala izquierda dio un tumbo y golpeó contra el suelo; el avión giró sobre sí mismo, como si estuviese mareado, y nos detuvimos en un banco de nieve. Ya la gente empezaba a salir por una ventanilla, con temor de que estallara un incendio, pero en calma. Fue sólo entonces, al salir al frío de la noche en aquel momento tan reconfortante para mí, cuando comprendí el riesgo corrido. Me sentí débil, pero a la vez lleno de vida y de gratitud.

Todavía conservo aquel ejemplar del READER'S DIGEST. Es un afectuoso amigo y un hermoso recuerdo para mí.

m$n. 25.— Enero de 1963

Selecciones del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

Cubierta: "Los Reyes Magos", por J. Millar Watt